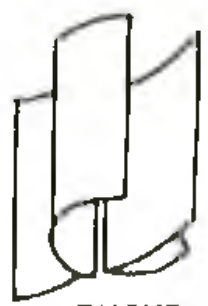
MUERTOS UTILES



nueva
narrativa

Edición al cuidado de María Magdalena Browne
y Jaime Quezada

© Malvine Vogelfänger de Rosenrauch, 1989
© Pehuén Editores, 1989
María Luisa Santander 537, Santiago
Inscripción Nº 46.298
ISBN 956-16-01914

Derechos reservados para todos los
países de lengua castellana

Foto portada de Ignacio Arrate
Diseño de portada Marcela López
Composición y diagramación: Cran Ltda.
Primera edición, Editorial del Pacífico, 1977
Segunda edición, julio de 1989

Impreso en los talleres de
Editorial Universitaria
San Francisco 454, Santiago

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ERICH ROSENRAUCH V.

MUERTOS UTILES

pehuén

LIBRO PROHIBIDO

Jefatura de Zona de Estado de Emergencia VII y VIII Regiones.
Concepción, 26 de agosto de 1977.
Bando Nº 109.

Vistos:
Las facultades que me confiere la ley Nº 12.927 art. 34, letras ll, h y n, atento además lo prevenido en el bando Nº 107 emitido por esta jefatura en Estado de Emergencia.
Resolvemos:
1º Suspéndase a contar de esta fecha y mientras dure el Estado de Emergencia, la impresión, distribución, venta y circulación del libro titulado "Muertos Utiles" del autor Erich Rosenrauch.
2º Requísese y retírese de la circulación e incáutese del poder de quien se encuentre la indicada obra, facultándose allanamiento u (sic) descerrajamiento en caso necesario.
3º El presente bando será cumplido por efectivos de Carabineros e Investigaciones de inmediato, debiendo notificarse por escrito la respectiva diligencia, dejando constancia de la hora.

ANOTESE COMUNIQUESE Y PUBLIQUESE, TRANSCRIBASE A LOS DELEGADOS DE ESTA JEFATURA

Fdo.: Rigoberto Rubio Ramírez, General de Brigada, Jefe de Zona en Estado de Emergencia de VII y VIII Regiones con excepción de las comunas de Talcahuano y Tomé. Cristian Storaker Pozo, Contraalmirante, Jefe de Zona en Estado de Emergencia de las comunas de Talcahuano y Tomé.

PROLOGO

Considerado un autor de excepción por su singularísima obra, el novelista austríaco-chileno Erich Rosenrauch (1931-1978) acuñó un estilo que no tiene antecedentes en nuestro medio. Su nombre estuvo casi siempre más cerca del mito y de la leyenda que de la rica expresividad verbal de su lenguaje. Parecía destinado a ser un escritor de minorías. Y su vida personal misma, la de un solitario que buscó en la música y en la literatura su realidad de oficio y de belleza plena.

Erich Rosenrauch nació en Viena, el 19 de septiembre de 1931. Su infancia será violentada por el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial. A los siete años de edad llegó a Chile, navegando en un barco de bandera italiana. Sus padres abandonan Austria, el país natal, tras las persecución a los judíos por las invasiones nazis. A un campo de concentración había sido destinado su padre, y la familia despojada de sus bienes. El viaje salva milagrosamente riesgos y vidas.

La ciudad de Concepción será, ahora, su nueva patria.

Aquí inicia y completa su ciclo educacional. Estudia en el colegio Saint John School, en el Liceo Enrique Molina y en la Universidad de Concepción. En 1957 se recibe de químico-farmacéutico con una tesis titulada El latirismo y sus probables causas. *Nunca ejercerá, sin embargo, su profesión universitaria. Le importa la literatura, y el escribir ocupará vocacionalmente su tiempo.*

A los 25 años ya había publicado su primer libro: Tres Dramas *(1956). Desde entonces se suceden novela tras novela en una bibliografía que, por sus temas y estilos, va a sorprender a exigentes críticos nacionales. Así ocurre con* Noche sin gloria *(1962),* La casa contigua *(1968),* Los poderosos *(1970),* Salvaguardia *(1974),* Clima de optimismo *(1974),* Muertos útiles *(1977),* La burra *(1978). En junio de 1978, mientras realizaba un viaje por Europa, muere en Londres, víctima de un ataque a la coronaria. Tenía 47 años y dejaba aún a medio terminar su novela* El señor alcalde.

La significativa calidad novelística de Erich Rosenrauch ha sido reconocida también por Carlos Droguett, Alfredo Lefebvre, Hernán Díaz Arrieta —Alone—, Juan Loveluck, Jaime Concha, Luis Sánchez Latorre y otros importantes escritores y ensayistas chilenos.

Jaime Quezada

EL AISLACIONISMO DE Osmania, contravenido de ordinario sólo por fútiles protocolos diplomáticos, había logrado resistir hasta hoy los embates del mundo moderno sin ninguna necesidad de faltar a su básica intransigencia. País marginado de las grandes rutas internacionales, su papel en el contexto de la civilización contemporánea no había sido sino turístico y limitábase, dentro de cierta irreductible insularidad, a recrear metódicamente a viajeros pudientes. Todo el extranjero acostumbraba restringirse para los osmanianos a un laxo flujo de artículos de uso o consumo diario, los que, llegasen como maquinarias, superproducciones cinematográficas, revistas obscenas, perfumes rebuscados o afuerinos fáciles de esquilmar, rara vez se exceptuaban de una cómoda mecánica de aprovechamiento y desecho.

El vasto orbe extendido allende las fronteras patrias era, a juicio de ellos, un heterogéneo raudal de suministros que, no registrando nunca cortes bruscos, les posibilitaba disfrutarlo sibaríticamente y al mismo tiempo abrigar, respecto del resto del planeta, una sensación de independencia maciza y pertinaz. El denso contrapunto de los estados coetáneos se patentizaba allí únicamente a guisa de una corriente continua de materiales que ellos comían, bebían, contemplaban, olían o manoseaban en aproblemática utilización, no incompatible, al fondo, con cierta sorda xenofobia. Y cuando, al fragor de los estallidos periódicos del globo —estallidos de los que Osmania se sustrajera siempre tanto como de la auténtica cultura, ciencia o industrialización—, todos esos abastecimientos ingresaban a ella mezclados con imágenes apocalípticas, ni siquiera entonces alterábase en la ciudadanía el ritmo calmo al cual acostumbraba gozarlos.

La actitud de los osmanianos durante tales eventos no difería de la de los asiduos de un cenadero quienes, habituados a degustar en él platos variadísimos, constatasen de improviso que los familiares placeres de su manducación se complementaran con los de un gigantesco espectáculo. Ellos se comportaban a la sazón como la concurrencia de un refectorio cuyo director hubiese resuelto añadir a sus funciones alimentarias las de un monstruoso circo, y donde, sin dejar de masticar con lenta voluptuosidad, podrían, por ende, ser simultáneamente refinados comensales de un rito gastronómico e impasible público de escenas sangrientas. La intervención de los aborígenes en tamañas he-

catombes se circunscribía a saborear de éstas las profesionales síntesis que les brindaban los órganos noticiosos, jamás reacios a dimensionar para ellos el colapso de sociedades íntegras en amenas crónicas, sesudos comentarios y ágiles secuelas fílmicas.

Innúmeros muertos y metrópolis enteras hechas añicos no repercutían en Osmania sino como un sentador matiz agregado a las especies que recibía de lejanos ámbitos y que, al hallar ahora entre los nativos su aplicación rutinaria, ofrecíanles, por los menos a ratos, un contenido estético análogo al de herrumbrosas gestas. Beneficiarios de las riquezas de reinos cuya estructura amenazaba saltar en pedazos, su parsimoniosa y desafecta absorción de aquéllas solía indicar, como único compromiso con los inmolados, un interés no muy disímil del que hubiese podido suscitarles una vibrante página homérica. Y concluido el holocausto, su retorno a la normalidad no dejaba de evocar, pues, a adeptos del teatro cruento que abandonan las butacas y salen a la calle, presas aún de ese grato calofrío en virtud del cual una carnicería atroz tiende a adquirir ribetes de depurada epopeya.

La posición recoleta de Osmania favorecía a Anastasio, su presidente vitalicio, del mismo modo en que la frugalidad suele conjugarse con la tisis o el desaseo con la sarna. Idéntico a todos los dictadores originados en países como Osmania con la misma espontaneidad que bananos o cocoteros, su medra se edificaba, sin embargo, sobre bases mucho menos frágiles, consistentes en la apatía

bestial del grueso de la población y la obsecuencia de oligarcas autóctonos no refractarios al papel de untuosos palaciegos. Dado su arraigo en el tren osmaniano y la completa ausencia de sombras en su inmediato porvenir, Anastasio era, igual que sus predecesores, sólo uno de los incontables fenómenos climáticos característicos de esa zona, y el cuestionamiento de su administración resultaba casi tan ilógico como el de los vientos o lluvias vernaculares. Hecho según molde afín al de la mayoría de los tiranuelos de repúblicas vecinas, divergía, empero, de aquéllos por cierta indolente y desvitalizada lenidad, hija no de alguna prestancia intrínseca, sino de la simple falta de amenazas a la subsistencia de su régimen. A disimilitud de sus siniestros colegas, proclives a la crueldad por constituir ella el método más eficaz de desbaratar conjuras y cábalas, su inmisericordia innata, exenta de razones concretas para volcarse contra los aborígenes, prefería no eclosionar y se prestaba de buen grado a que los observadores la confundiesen con una patriarcal y beatífica molicie.

En un país en que toda la oposición se restringía a algazaras estudiantiles, acalladas rápidamente con agua o terapéuticas zumbas, poco costábale a un gobernante ocultar su connatural implacabilidad, otorgando a ésta la apariencia de una bonhomía cuyos rigores nunca excedían el plano de gruñonas reprimendas. En una colectividad donde el disfrute del poder constreñía al estadista de turno a encarcelar, torturar o ajusticiar a sus conciudadanos sólo muy de tarde en tarde, el rol de plácido mentor nacional era una

postura que a menudo le tocaba asumir hasta el fin, sin llegar a revelar cuán fácilmente hubiese ella derivado hacia la más mortífera y arrasadora violencia. El comportamiento de Anastasio era, pues, tan engañoso como el de un tigre al cual empachasen a diario con opíparos costillares y que, no reducido sino a bostezar o regoldar en una ahíta modorra, podría incluso mover a considerar sus garras y colmillos al margen de funciones de franca destructividad. Semejante a un animal feroz siempre al borde del hartazgo, Anastasio cabeceaba en Osmania como en un cubil al que saturase del vaho de su satisfecho cuerpo, durmiente de una siesta cuyo dulzor acabara por asimilarse, en el criterio de sus súbditos, a cierta errónea idea de abulia e insulsez. Quienquiera que acechara, de consiguiente, el desempeño oficial de sus actividades y palpara la forma cómo ellas se insertaban en el marco del soporoso existir lugareño, no evitaría descubrir el nexo casi orgánico establecido entre el mandatario y todo ese inánime dintorno. El rebaño amorfo de los osmanianos, a través de su docilidad, cachaza y apatía, determinaba la política linfática del conspicuo prócer según relación no diversa de la que uniría a un mar idílico con el aire cálido y pesante acumulado sobre aquél.

No bien examinaba uno a los indígenas y tomaba nota del compás lánguido al cual se ceñían, había de inferir que, a despecho de ser tal atributo la quintaesencia de la pasividad y la inoperancia, la peculiar gestión de Anastasio estaba tan requerida de él como si fuese su directriz máxima. Del mismo modo en que la suculenta dieta consumida por un tejido se encuentra en estrecha vinculación

con sus adiposidades, el letargo común a la entera rutina nacional acusaba respecto de la floja línea gubernativa un lazo no menos íntimo. Tantas nubes de mercaderes, empleadillos y rentistas, estagnadas por doquier en blandos copos insípidos, significaban para Anastasio lo que las carnes y la grasa de una rolliza humanidad representarían para los desplazamientos normales de ésta, no condicionándose el estilo del egregio dignatario sino a una quieta y fláccida proliferación. Y en el momento en que esa sedativa pauta diese paso a las purgas típicas de países colindantes, sería, por ende, como si una violenta gimnasia combustionara toda aquella manteca y dejara en su lugar únicamente filudas, huesosas y patéticas aristas.

A la vera de Anastasio o de cualquier mandamás cortado del mismo paño, se diría que la sesudez carecía de toda admisibilidad y que sus manifestaciones resultarían tan extemporáneas como el auspicio de las bellas artes en una tribu de cavernícolas. Sin embargo, Críspulo, uno de los consejeros del jerarca, había logrado, a punta de destreza, flexibilidad o zalamería, superar esas vallas formidables y, dentro de los límites impuestos por el egocentrismo de su amo, de cuando en cuando hacer resonar en oídos de aquél la oportuna voz de la cordura y la ponderación. Estos instantes eran, en algún modo, un no desdeñable sucedáneo de la asaz ausente religiosidad osmaniana, y comportaban una clara reminiscencia de los fugaces más decidores lapsos en que hirsutos castellanos, interrumpiendo diversiones bárbaras, saldaban sus cuentas con el Altísimo. La

paquidermia del cacique exhibía a veces, como grietas efímeras en un adoquín, tenues resquicios por los cuales Críspulo apresurábase a deslizar su sensato mensaje, en perita y veloz intervención recordatoria de las treguas que aprovecha el buen Dios para reafirmar en almas turbulentas las verdades eternas. Al filo de tamañas circunstancias, Críspulo siempre estaba sublime y, diligentemente inclinado sobre un patrono que eructaba su alcohol o babeaba desvaídas rabietas, investíase de una majestad fundamental no dispar a la de los primitivos apóstoles. Si, por ejemplo, su bestial señor acariciaba la idea de recluir a algún gacetillero y luego ordenar que lo molieran a golpes, Críspulo, en todo rato apto para abordar a Anastasio sin demasiado riesgo de seguir un camino idéntico al de la futura víctima, no desperciaba oportunidad de intentar disuadirle. Suave, anheloso y sugerente, rondaba entonces a su superior y, jamás a salvo de optar así a una paliza propinada por los guardaespaldas de Anastasio o por la propia y bastante pesada mano presidencial, abocábase a desgranar, con insistencia rayana en la intrepidez, sus atinadísimos argumentos.

Los fantasmas de unísonas protestas foráneas, boicoteos compactos o catastróficas represalias crediticias eran esgrimidos por él en hábil juego, análogo al de un domador quien, al enseñar a bailar a un oso, procurara al mismo tiempo ajustarle a cierto ritmo y evitar sorpresivos zarpazos. Su empeño no dejaba de lucir el mérito de sumar a la defensa de la racionalidad y la moderación un desafío al rigor ingénito de Anastasio; actitud que de continuo le

exponía a purgar su apego al pensamiento correcto con el ingreso a la nómina —breve, mas nunca cerrada en definitiva— de mártires de la política interna del país. Amén de erigirse a la sazón en apologeta de la equidad y el humanitarismo, valores por los cuales libraba junto a Anastasio corteses y tensas batallas, él emprendía también otra lid que estribaba sólo en orillar los deslindes donde la tolerancia del déspota no viraría aún hacia el enfado o la cólera. El practicaba en esos trances un peligroso deporte que, referido a grandes rasgos a la defensa de una causa noble, no le planteaba, empero, como únicos requisitos, la facundia, el ingenio y el tesón, y le exigía asimismo saber calcular el punto exacto en el cual la receptividad de Anastasio a su verba empezaría a desvanecerse. Necesitaba allí cierta especie de ciencia infusa cuyas leyes, además de indicar cuándo Anastasio encontrábase llano a escucharlo, le permitieran impedir que este talante propicio, comúnmente reflejado en una vegetal inercia o una socarrona campechanía, deviniese un nimbo originador de descargas fulmíneas. Críspulo se hallaba en la particular situación de quien, vuelto paladín de una cauta y atinada filosofía gubernamental, debía atender no sólo a la vigencia de aquélla, sino al límite preciso a que le cabría llevar esa abogacía sin ver amagados su libertad, sus bienes o su vida misma. Y en caso de serle dado desovillar su alegato en ausencia de sobresaltos fuertes, no eludía sentirse, pues, como el héroe de una odisea que, al cabo de ésta, conquistase doble recompensa: el orgullo de haber hecho primar frente a Anastasio conceptos positivos, y el alivio de emerger de tal

prueba en condiciones de módica indemnidad.

Pero el parentesco de sus buenos oficios con los influjos de naturaleza religiosa no se circunscribía a encuadrar al inclemente estadista dentro del marco de los principios edificantes. La semejanza que Críspulo, al asumir ese papel moralizador, guardaba con el Todopoderoso acentuábase aún más, en efecto, si se constataba cómo, al igual que aquél, solía conformarle un mero acatamiento temporario a sus dictámenes. De la misma manera en que Dios no demanda de asesinos y truhanes sino rápidos contactos con la excelsitud celestial, contactos allende los cuales les otorga amplio margen para continuar delinquiendo, Críspulo quedaba complacido cuando sus laboriosas exhortaciones inducían en Anastasio un momentáneo y esfumado eco. Análogamente al Supremo Hacedor, que, a trueque de obtener de un aristócrata feudal débiles ademanes contritos, le faculta para quemar cosechas, profanar conventos o pasar a cuchillo villorrios enteros, y rara vez experimenta en el ínterin mucho apremio por aniquilarlo, Críspulo, apenas detectaba en Anastasio la menor acogida a sus palabras, estimaba sus tareas de preceptista como llevadas a buen término.

Mientras su hórrido jefe mostrara a su dialéctica una permeabilidad mínima, nunca su asesoría se le antojaba estéril ni absurda, y las múltiples tropelías con que Anastasio pudiese desvirtuar luego esos éxitos sutiles no borrarían en él tan oronda convicción. Aunque el escriba a quien anhelaba preservar se secara a la postre en un calabozo, o su patrocinio de un régimen sobrio tuviese como solo

corolario nuevos excesos gubernativos, él permanecía a cubierto de todo desánimo si Anastasio recibíale primero y, entre uno y otro flato, no negábase a oír sus sanas recomendaciones. En dicho aspecto, Críspulo asemejábase ostensiblemente a un presbítero que, destacado en un reformatorio, se envaneciera de sus clases de elevación espiritual hasta el extremo de ni siquiera turbar su ufanía la proclividad de no pocos de sus exalumnos a reincidir en el crimen. Impávido ante tantas evidencias, a cuya luz su ministerio probaría ser gratuito y él mismo se perfilaría como un chapucero y un mixtificador, ese clérigo eligiría siempre ignorar sus frustraciones y embelesarse en exterioridades de su menester que, por cierto brillo superficialísimo, le autorizasen a seguir aherrojado en una satisfecha miopía.

Un vaivén alígero de sus blancas manos, una pía entonación de su voz, una frase excepcionalmente feliz o cualquier otro elemento decorativo unido al ejercicio sacerdotal cobraría a ojos del citado vicario un relieve mayor que sus logros genuinos, y la morosa y extática remembranza de ello jamás fallaría en cegarle a su categórica ineptitud. Y Críspulo, no disímil del casto varón, se obstinaba en el culto de las minucias inherentes a su específico cargo, buscando sobre todo deleitarse con aquellas que poseyesen la rutilancia adecuada para prestar a su esencial improductividad visos halagüeños y realzadores. Su peculiar consejería no cesaba de evocar, por ende, cierta proeza de equilibrismo en que, dentro de espacio muy exiguo, él describiera piruetas orientadas tanto a obviar la malque-

rencia de Anastasio como a desentenderse de la básica ociosidad de casi todos sus afanes.

A modo de un extraño saltimbanqui, parecía danzar y contorsionarse en un área estrechísima donde tales gimnasias insinuaban no tener cabida, y en que el menor movimiento en falso amenazaría rendirle ora a la filuda maquinaria de la acerbidad estatal, ora a la conciencia lancinante de su propio fiasco. Su oficio compelíale a ejecutar cotidianas hazañas malabares entre dos grandes polos, dados respectivamente por las inclinaciones atroces de Anastasio y por la no remota perspectiva de que él mismo, en un relámpago de lucidez implacable, llegare a enrostrarse su parasitario e infructífero tren. Tan inexorablemente como las cachiporras de los esbirros presidenciales, se cernían sobre él las proyecciones de una psiquis que, serena hoy, podría, empero, encresparse mañana y asumir, con no escaso fundamento, el rol de un acusador vitriólico. De inmisericordia igual a la de los más diestros rompehuesos del séquito de Anastasio, en las reconditeces de su ser acechábanle compunciones futuras que, desestimadas por él con un leve encogimiento, acreditaban, sin embargo, una eficacia aplastadora a través de onerosas tasas de edecanes gubernativos suicidas. Y su sosiego al comer, beber, dormir y asistir a veladas de gala no erradicaba, de consiguiente, el riesgo de que, como una violenta ola surgida de un océano muerto, su dispensabilidad le golpease de súbito y le moviese a engrosar la pléyade de coadjutores autoeliminados a cuyo sepelio enviaba Anastasio hermosas coronas florales.

Tal como Críspulo, por no carecer de cierta agudeza, estaba sujeto a crisis íntimas que podrían culminar quizás en una tragedia, Pancracio, otro consejero de Anastasio, se hallaba, gracias a la falta de ese mismo atributo, completamente a salvo de dicha eventualidad. Bajo su amo, el aparato estatal se había hecho tan singular, que su estulticia, al parecer no apta sino para acarrearle primero malas notas escolares y luego estrecheces, chascos y vejámenes, le calificaba inequívocamente como un sólido funcionario público. Exento de la mínima perspicacia que, obligándole a reparar en el anquilosamiento y la insensatez del régimen, le hubiese vuelto un espíritu titubeante y atormentado, esta chatedad, en otros ámbitos sólo causal segura de descalabros, conferíale en las altas esferas vernáculas toda la prestancia de un secretario modelo. Para que el desempeño de un dignatario nativo exhibiese la necesaria donosura, él requería sugerir un carro blindado, impenetrable a los múltiples venenos sutiles propensos a corroer sus piezas y capaz de traquetear, lento y compacto, en medio de ellos hasta inutilizarse, a la postre, con un estampido seco.

Osmania exigía de cada jerarca indígena no esas dotes consustanciales al ser humano y que implican siempre una lógica vulnerabilidad, sino caracteres inorgánicos por los cuales él pudiera oponer a un dintorno alterativo cierto impertérrito cuadro de macicez, espesor y dureza. En lugar de un intelecto alerto, virtud excesivamente contigua al desamparo último de todo lo viviente, el suelo osmaniano reclamaba de los próceres autóctonos que se identificaran al máximo con objetos inánimes y nunca dejasen, pues, de

ofrecer a sus disociadores enzimos la yerta indestructibilidad de una piedra o un metal. Y el entero existir de Pancracio insinuaba no estribar sino en un subliminal esfuerzo por cumplir con tamaños requisitos; en un afán de testimoniar, al peso de una presencia terrosa y gris, que los frecuentes resquemos, dudas o desazones apareados a su cartera sólo recordaban, en cuanto a él atañía, a gérmenes dispersos en la desnudez de alguno de los innúmeros arenales nativos. En lo concerniente a la mecánica misma de tanta impasibilidad, no pocos observadores figurábansela como una suerte de bien calibrada báscula, donde se equipararan, por un lado, las zozobras propias de la administración de un sistema inicuo y, por el otro, los agasajos y prebendas adjuntos a los altos sitiales de aquél.

Quizás Pancracio, a despecho de algunos criticones, distase de estar tan ciego como parecía frente a los estigmas del régimen, y su imperturbabilidad fuese, en el fondo, únicamente un largo estremecimiento contrarrestado por los halagos que, mientras no cayeran aún, colmaban siempre a los favoritos de su amo. Lejos de reaccionar a los desmanes gubernamentales con inercia igual a la de la greda de los eriazos patrios, él sufriría a la vista de estos atropellos un iracundo y pertinaz dolor, cuyas vibraciones, para no llegar a patentizarse, precisarían ser neutralizadas bajo avalanchas de continuas regalías. En vez de lucir ante los desbordes oficialistas una sensibilidad análoga a la del ripio de los caminos, diariamente él se encontraría próximo a condenar aquéllos en un bronco grito, no ahogado dentro de su garganta sino con un ininterrumpido caudal de gran-

jerías fabulosas. Más que un apático subalterno, listo para acatar los designios de Anastasio con el mismo frío y expedito profesionalismo con el cual un músico ejecutaría obras extrañas a su propia estética, Pancracio sería un rebelde en quien el gesto insurreccional no alcanzaba a eclosionar, desvanecido al contacto de flujos de inagotable opulencia. El no diferiría de un enfermo que, presa de cierta irritación vecina a la tortura, recibiese, a guisa de analgésico apto para trocar su agónico rictus en desdibujados esguinces, fuertes dosis periódicas de bonanza material. Presunto adalid del orden instituido, al cual semejaba propugnar con toda la firmeza implícita en un bloque de arcilla, él hermanaríase, empero, a los que, desde la cárcel o el exilio, denostaban a la autoridad, y su ingreso a tan ralo y virulento coro no sobrevendría sino al par de las primeras suspensiones de esa masiva terapia. Su inmutabilidad de acólito, recordatoria de la mortecina obstinación de la gleba aborigen, se condicionaría, sin embargo, a un nutrido suministro de bienestar físico, y, susceptible de revelar contingencias al menor cese de aquél, derivaría entonces hacia diatribas no disímiles a las del opositor más rencoroso o afiebrado.

Silueta lacayuna anclada a la sombra de Anastasio, su opaca adhesión, modificable en apariencia sólo al embate de terroríficos cataclismos, ni siquiera resistiese acaso minúsculas anomalías del cotidiano y suntuario manantial convergente en ella. Y no obstante sugerir arraigos a un substrato de estabilidad granítica, esa sumisión amenazaría desleírse, pues, el día menos pensado, metamorfosean-

do sus rastreras venias y sonrisillas en áspero ademán de desafío. Pero Pancracio no exhaustaba en este punto las hipótesis acerca de su comportamiento, el que, amén de la anterior, aun prestábase a lucubraciones de otro jaez. Resultaba admisible, en efecto, asociar tal actitud con una grave distorsión óptica, no muy diferente de la que llama a glorificar soberanos cuyas espectaculares hazañas bélicas ocultan a menudo un reinado desastroso. Así como un monarca inepto, por diezmar en bullada campaña a tribus desvalidas, se erige ya en héroe nacional e invita a olvidar su arrogancia, sus despilfarros y su mentecatez, el esplendor de los ceremoniales gubernativos induciría en Pancracio idéntica compensación.

Cuando, a la vera de Anastasio, revistaba las tropas, concurría a un Te Deum o mascullaba inflamadas arengas, estos intrínsecamente fútiles ritos despedirían, con todo, una fragancia tan embriagadora que siempre abstraeríanle de las miserias de su jacarandoso señor. Le tocara apadrinar en representación de su jefe a algún crío anónimo o recibir a hornadas de nuevos diplomáticos, esos protocolos, por maquinales y vacíos que fueran, situaríanlo como en una cocina donde sazonasen manjares exquisitos, el aroma de los cuales nunca fallaría en trocar sus cuestionamientos al régimen en rendido y untuoso acato. Las solemnidades connaturales a la cosa pública serían para Pancracio una especie de restorán proveedor de un condumio riquísimo; condumio cuyo adobo expelería un tufo que él no podría renunciar a aspirar, desentendiéndose entre salivaciones golosas de todos los escrúpulos originados en

el intertanto por su sentido común. Osmania sería, en tal aspecto, simplemente un cenadero que le excitara con el perfume emanado del aderezo de selectas viandas, y que promoviérale, de consiguiente, un fruitivo e inacabable olisqueo en el cual el matonaje, las azotinas y las cárceles diluirían pronto su impacto íntegro.

Por extraño que parezca, la férrea tiranía establecida en la corte de Anastasio toleraba predicamentos contrarios a la ortodoxia gobiernista, de acuerdo a la misma paradoja en virtud de la cual los lenocinios suelen abrirse a símbolos devotos y los clubes pugilísticos a no escasos amantes de la poesía. En verdad, la estadía de Plutarco en el palacio presidencial señalaba en Anastasio unas miras amplias que, a primera vista, nadie le hubiese reconocido y obedecía quizás a la misma propaganda cifrada en exhibir a rosáceos y gordiflones bebés en brazos de un genocida. La transigencia del mandatario no rebasaba, por otra parte, límites asaz estrechos, ya que Plutarco, individuo de personalidad casi inasible, dominaba el arte de disentir de Anastasio sin nunca inspirarle deseos de ensayar en él su demoledor aparato represivo.

Tanto por su esmirriada traza como por su conducta huraña, Plutarco tenía la suerte de encarnar la única clase de desaprobación viable a ojos de su superior: cierta amalgama de mutismo, reticencia e inescrutabilidad que, gracias a lo fantasmal, podía prevalecer al lado de Anastasio con un riesgo mínimo de llegar a encolerizarle. El solo tipo de antagonismo admitido por Anastasio debía ser suma-

mente lacónico, y conformarse con mezclar su voz a amplios silencios que facultasen al déspota para considerarlo como algún material pregrabado al cual él no atendería sino cuando más se le antojara. Ese espíritu discrepante, de pretender existir, había de alternar con las múltiples incidencias configuradoras de la rutina del autócrata y restringirse al momento justo en que no despertara en aquél su pertinaz sed de sangre. Animo polémico y conflictivo, en sus manifestaciones precisaba ser de una matemática oportunidad, eligiendo nada más que esas raras coyunturas en las cuales Anastasio y los enunciados del libre pensamiento no amenazasen chocar apenas se encontraran.

Condenado a un estadio larvario roto sólo a rápidos intervalos, érale menester, antes de eclosionar, cerciorarse, a través de cuidadoso tanteo, de la disposición circunstancial de Anastasio, que no podría entonces sino recordar a la de un racista excepcionalmente propicio a la apología de los pueblos de color o a la de un vegetariano receptivo a las reclames del bife de vacuno. Por mostrar aun los temperamentos más duros algunos esporádicos rasgos benévolos, esa alma contenciosa requería explotar aquella versatilidad de modo tal que, entre los profusos y variados trasuntos de sí mismo a los cuales Anastasio podría enfrentarla, se contactara exclusivamente con los de mayor inclinación democrática. Esta controversial mentalidad debía buscar, día a día, el lapso cuando la recibiese un Anastasio que, idéntico casi a sus innúmeras plasmaciones habituales, le brindara, en vez de latigazos, la perspectiva de un diálogo adulto, y se amoldara a examinar, sin arranques homicidas,

recetas para la problemática indígena no equivalentes a las suministradas por su propio magín. Emanación insólita, ella corporificaría a un Anastasio listo para barajar fórmulas abiertas a la posibilidad de que su liderazgo no fuese el mejor del mundo; y la caza de tan escurridiza silueta exigía, en estrictez, cierta perserverancia igual a la de quien, mientras acecha a una familia de rinocerontes, confía en individuar un espécimen propenso a aproximársele retozando grácil y afectuosamente.

Pero amén del don de no ser nunca extemporáneos, el tirano demandaba de todos los disidentes otra peculiaridad, que consistía en saber cómo ocupar junto a él un espacio minúsculo. Uno de los muchos requisitos que necesitaban cumplir los contrarios de Anastasio para poder obviar el rigor presidencial era una extrema pequeñez, la cual, además de los específicos planteos permitidos a ellos, había de caracterizar también su aspecto mismo. Anastasio admitía, al parecer, únicamente esos opositores menudos que, en el acto de apersonársele y patentizar su discrepancia, originasen, merced a su exigua talla, la ilusión de acudir hacia él no erguidos, sino de hinojos o a gatas. Resultaba perentorio que, en tanto prestara audiencia a súbditos descontentos, la inferioridad de éstos se evidenciase, aparte de la indumentaria, el lenguaje o el vuelo intelectual, en un menguado exterior, apto para sumar la ceremonia íntegra a las cristalizaciones de su infinita gracia. Era imperioso que, al par de la majestad inherente a su cargo, Anastasio se destacara en medio de sus interlocutores a base de su mayor estatura. y que tal impresión, poco susceptible de

aflorar sin el enanismo de aquéllos, insinuara en él un poderío llano a coexistir con fuerzas ínfimas cuyo desbaratamiento le hubiese sido facilísimo. Le urgía señalar cómo, pese a sobrarle recursos para pulverizar a tales rezongones, él no les escatimaba su condescendencia; y si ésta pretendía alcanzar óptimo realce, devenía insoslayable que el mezquino porte de quienes en dichas circunstancias confluían a su alrededor complementara, asaz simbólicamente, los bíceps de sus custodios y la lobreguez de sus mazmorras.

No obstante, las cualidades citadas distaban de delinear al enemigo que contara con su aceptación y, de paso, eximiera al erario nacional del subsidio a los correspondientes deudos. Lejos de terminar ahí las limitaciones impuestas a los adversarios del gobierno, Anastasio se esmeraba, por añadidura, en reglar, con criterio no muy diferente al de un meticuloso orquestador, el tono especial en que ellos consignábanle sus reparos. Todas esas frases desaprobatorias se habían refundido, en la perceptividad del estadista, a la compleja y cotidiana resonancia indisociable de su trajín oficial, y, dentro de éste, le gustaba restringirlas a un plano cuidadosamente normado, idéntico al que en una página sinfónica gradúa los timbres de un particular instrumento. Las altas funciones de Anastasio le arrebujaban, según su distintivo son, en una suerte de vasto concierto donde los discursos, los desfiles o los ágapes hermanábanse al mismo eco típico que en un conjunto de músicos singulariza al tambor o a la trompeta, y en el cual, para no desafinar, la palabra de connacionales insatis-

fechos habría de estar regida por análoga rigurosidad. Así como las peroratas rugidas en grandes efemérides necesitaban no perturbar las imágenes sádicas u obscenas en que entonces solía mecerse, y el ajetreo consustancial a las comilonas protocolares requería no ser tan abrumador como para malograr su goce de algún bocado delicioso, nunca las censuras a su gestión podrían desbordar el justo nivel allende el cual interferirían la linfática somnolencia del grueso de su jornada. Tal como, durante los ensayos, un director estalla en injurias al descollar en exceso los bronces en un pasaje que no les compete sino colorear ligeramente, a Anastasio le enfadaba toda prominencia por cuya obra rompíase la íntima armonía creada entre esos testimonios de disconformidad y su ánimo para soportarlos.

El país estaba obligado a girar en torno suyo de manera que no le incomodase cuando digería, dormitaba o hacía el amor, y aquella implícita ordenanza, vigente también para la oposición, reducía a ésta a murmullos a los cuales jamás dejaríaseles adquirir un volumen capaz de alterar el ritmo de su sibarítica vida. Bastaba en las protestas un acento algo insistente o un vocablo desafortunado para empujarlas a franquear los lindes que separaban el antagonismo lícito de la irreverencia subversiva; y en cuanto Anastasio husmeaba tamaña transgresión, su aire patriarcal no tardaba, pues, en dar paso al de un sacerdote prehistórico, impaciente por ofrecer a los dioses una pródiga cuota de vísceras humanas. Y Plutarco, taciturno, diminuto y casi etéreo, llevaba a pensar, en consecuencia, en el ganador de un estrictamente selectivo concurso cuya meta última fuese

no un diploma, una medalla o un empleo, sino la facultad de rehuir, quizás por muy dilatado tiempo, el ávido portón de las penitenciarías estatales. Su indemnidad a la vera de Anastasio cimentábase en la misma evanescencia por la cual cobra impacto la dramaturgia de temática sobrenatural, que, movilizando espectros y demonios sólo mientras aún interesen, se apresura a disiparlos no bien insinúan devenir una fuente de tedio. El largo y antipático rol de Plutarco se explicaba a la luz de una intangibilidad que, en vez de estamparle lógico sello grávido, le posibilitaba flotar en derredor de Anastasio, junto a todo su quejoso bagaje, como un cúmulo de nubes no reacias a disolución velocísima.

Plutarco ejercía un tipo de impugnación pronto a otorgar a quienes afectaba el don de ver en él algún producto vaporoso que semejara un copo de espuma o una leve fetidez; siempre desvanecíase antes de que el deseo de suprimirlo tomase consistencia auténtica. Rápido, volátil e indefinible, él sabía emparentar su trabajo con punzadas no diversas a las de una superficial caries dentaria; y cuando Anastasio, al borde de la ira, empezase a idear expedientes adecuados para combatirlo, nunca dejaría de constatar cómo esa molestia —si efectivamente era tal— ya había desaparecido. Sin embargo, el arraigo de Plutarco en los círculos gubernativos aún cabía ser interpretado desde otro ángulo: la certidumbre inconfesa de Anastasio de contemplar en él a una emanación de su propia conciencia. El déspota, a quien los excesos no inmunizaran a escrúpulos o remordimientos, habría descubierto una cómoda manera de objetivar aquéllos a través de ese hostigador extraño,

cuya proximidad resultaríale mucho más llevadera que las mil contritas visiones ocultas al fondo de su alma. Los principios morales, aparentemente abolidos por su política inmisericorde y que dentro de él conservaban, empero, cierta esporádica validez, en ausencia de Plutarco le hubiesen expuesto, sin duda, a no infrecuentes crisis, recónditas y demoledoras. De no mediar Plutarco, las turbias remembranzas inherentes a su mandato le hubieran hecho blanco de periódicos asaltos, en que los muertos, los tullidos, las viudas o los huérfanos pronto hubiesen arrojado en él un copioso saldo de úlceras gástricas y noches desveladas. No obstante, la cercanía de Plutarco le eximía, a guisa de accidente feliz, de las alternancias de tamaño martirio, calificándole para eliminar de su sistema todas sus tensiones secretas y transferirlas, asaz confortablemente, a un utilísimo elemento externo.

A fin de no someter tantas compunciones a la inestabilidad de su psiquis y evitar que, como traicionera ráfaga, ellas le embistiesen desde oscuros entresijos, Anastasio las habría mudado hacia la persona de Plutarco, donde, casi estáticas, jamás podrían herirlo a mansalva. Antes que sentirlas acecharle en su interior como una larvaria conmoción, presta a emerger a modo de pesadillas, vinagreras o raptos de cólera, él las preferiría solidificadas en una presencia ajena, frente a la cual, al resguardo de sorpresas, no le correspondería esperarlas sino a lo largo de unos pocos ademanes, desvaídos, anodinos y patéticos. Temeroso de que las proyeccciones íntimas de sus actos le encarasen como sombras ingobernables, surgidas de improviso de

subliminales repliegues, él habría optado por fijarlas en Plutarco y, libre ya, observarlas incorporadas tranquilizadoramente a esa figura minúscula. Anastasio habría elegido, en síntesis, una conciencia que divergiera al máximo de las arquetípicas y careciese, pues, de la posibilidad de asumir junto a él formas intempestivas y espectrales. Trataríase de una conciencia a la cual un azar propicio redujera a las dimensiones de ese hombrecillo insignificante y que, en caso de pretender atormentarle, nunca le cogería desprevenido; conciencia que, pese a todo cuanto se afanara, en ningún momento desarrollaría en contra suya iniciativas no neutralizables por el velo aplastador de sus cancerberos.

Pero además del respeto de Anastasio a las disparidades ideológicas y del tacto con que Plutarco aprovechaba tal franquicia, aún procedería ponderar la singular fortuna de este último al claror de su don de nutrir en el tirano un subrepticio espanto. Inerme ante los pistoleros presidenciales, con quienes ni él ni sus ralos seguidores hubieran atinado a protagonizar siquiera un conato de lucha, Plutarco se impondría, sin embargo, a Anastasio por mecanismos de los que no estaría excluido cierto persistente e irracional terror. Aquella curiosa actitud del autócrata en relación a oponente tan indefenso no dejaría de evocar la indulgencia que a menudo mostraran príncipes antiguos hacia visionarios cuyo exterminio les hubiese exigido sólo un escuetísimo gesto. Así como esos potentados, feroces e incontrastables, aceptaran de tiempo en tiempo los denuestos de uno u otro teómano desvalido, esclavos de móviles

capaces de desarmar su proverbial inexorabilidad, Anastasio, en lo concerniente a Plutarco, funcionaría con arreglo a resortes no menos misteriosos e ilógicos. El meollo de tan intrigadora postura radicaría quizás en las vislumbres abismales que cada individuo posee de su propia contingencia, y que empujan hasta a los residentes de las grandes cimas a buscar, como contrapartida, alguna clase de sana supeditación. Habitualmente identificado con un mayor poderío terreno, un credo o el culto de talentos excepcionales, este vasallaje, en la específica situación de Anastasio, resultaría, empero, de una aplicabilidad bastante más problemática.

Dadas la comparativa autarquía e insularidad de Osmania, el país se hallaba exento, en efecto, de las presiones de bloques hegemónicos, que, contentándose allí con meros despliegues de buena crianza, raramente alcanzaban a fomentar en Anastasio dudas serias acerca de la solidez de sus privilegios. También debía desestimarse la Iglesia, en que si llegaba a surgir un presbítero joven y batallador, luego era vencido por la rutina nativa y obligado a marcar el paso a imitación de sus cofrades, círculo acomodaticio donde primaba una zalamería no distinta a la de las viejísimas cortes monárquicas. Y respecto de la compensatoria veneración a hierofantes de disciplinas superiores, su práctica carecía, asimismo, de asideros en un ámbito cuya estrechez, grisedad y chatura no tardaban en expatriar a todos los aborígenes de magín despejado.

El único camino de Anastasio para restablecer el equilibrio y entregarse a las mortificaciones indispensables a su

salud mental, estribaría, en consecuencia, en ese mismo subordinamiento por el que los reyes accedieran a escuchar los apóstrofes de místicos energúmenos de quienes fácilmente hubiese dado cuenta el hacha o el garrote. Plutarco constituiría, en tal contexto, el utensilio de una básica profilaxis de la cual Anastasio nunca podría prescindir y que, a la vera de aquél, investiríale de fuerzas desconcertadoras, no comprensibles sino en la hondura de umbrías fosas del alma. Lo supiera o no, Plutarco se había erigido en el instrumento de una sistemática higiene intestina cuya parte capital eran sus dicterios y en la que, mientras continuase lanzándolos, su desamparo no cesaría de anudarse a cierta turbia y sutil invulnerabilidad. El déspota necesitaría los testimonios de su repudio como los materiales de un aseo profundo para los que no existía en el país sucedáneo inmediato; y a condición de conservar esta índole singular, Plutarco se aferraría, por ende, a una especie de impalpable baluarte donde las manazas de los rufianes gobiernistas jamás lograrían atenacearle.

Propensos a mirar el resto del orbe desde un plano de cortés distanciamiento, los osmanianos asumían, con una desaprensión avalada por usanzas seculares, que nada alteraría el bucolismo de semejante cuadro. Empero, el mundo contemporáneo parecía desenvolverse bajo el designio de que ningún grupo humano escapara a sus convulsiones, y negaba hasta a las colectividades más pacíficas el derecho de contemplarlo a modo de incomprometidos espectadores. Aunque los osmanianos, gracias a su peculiar situa-

ción geográfica, no requerían morir como héroes en el campo de honor ni saltar en pedazos durante algún atentado terrorista, las crisis de la época poseían, sin embargo, impacto suficiente para amenazar su confort e incluso llevarles a cuestionar la firmeza del suelo en el cual edificaran sus plácidas vidas. Protegidos del hambre por la feracidad de vastos labrantíos y capaces de conjurar la recesión turística con paisajes siempre verdes y mujeres experimentadas y aquiescentes, se diría, no obstante, que les espiaba un demonio ansioso de ubicar en ellos cierto punto donde su garra pudiese lastimarlos al máximo. Imposibilitado de desabastecer sus despensas, cuya riqueza se esmeraba en describir curvaturas ufanas en el busto de las señoras y el abdomen de los caballeros, ese nefario espíritu habría descubierto, con todo, una característica del terruño patrio que facultábale para ocasionar ahí estropicios considerables. Pues si bien la gleba indígena no se cansaba de producir cosechas fabulosas y muchachas de invitadoras ancas, en sus capas recónditas tal opulencia veíase contrastada por una escasez que pronto llegaría quizás a ser trágica: la de los hidrocarburos naturales.

La corteza terrestre en que Osmania asentaba su esplendor tendía a jugarle, en los estratos internos, una malísima pasada, y no reacia a obsequiar a los aborígenes con periódicos sismos, se resistía a suministrarles, en cambio, la energía necesaria a un óptimo avance industrial. Afectos a vocear su independencia económica y a respaldar este predicamento en banquetes pantagruélicos u hornadas de robustos especímenes, los osmanianos nunca librábanse,

por ende, del riesgo de sufrir un desmentido categórico a través de la subitánea parálisis de casi todo su complejo fabril. Orgullosos de resaltar la índole autosuficiente del país, ello no quitaba que bajo sus pies les acechase un peligro igual al que hubiérales comportado una camarilla de traidores o la brusca medra de un vecino prolífico y beligerante. Ese enemigo que, al filo de las inevitables prospecciones, no patentizábase en el codiciado chorro negro sino en meros raudales de agua, dibujaba imágenes ruinosas a las cuales los osmanianos no atinaban a alejar definitivamente, y ensombrecía siempre sus festines con el fantasma de urbes y campiñas reducidas a abrupta inmovilidad.

Los ubérrimos huertos vernáculos, prestos de continuo a entregar monumentales lechugas y coles, se mostraban asaz mezquinos con quienes sondearan sus profundidades, y sólo ofrecíanles, en vez del precioso elemento, un atisbo de largas y melancólicas hileras de motores detenidos. Era como si pretéritos panoramas, razas y civilizaciones rehusaran desintegrarse, en las entrañas del globo, de acuerdo a las urgencias de la época actual, y dispuestos a reaflorar a guisa de sabrosos y caloríferos productos agropecuarios, declinasen hacerlo en forma de combustible apto a mecanismos modernos. Cuando alguien descendía, de consiguiente, a un pique y escrutaba la tiniebla, entre las innumerables señas por las cuales aquélla podía manifestársele figuraba a menudo un vaho pútrido, rezago de una eternidad que, al par de las glorias históricas, tradiciones y sabiduría, se trasustanciaba asimismo en penetrantes y

matizados hedores. También cabríale hallar, en didáctica actitud, fósiles casi incólumes, los cuales semejarían aguardarle en esa excavación como si pulcros y pacientes estudiosos los hubiesen armado allí con meticulosidades no inferiores a las que se estilan en altos centros paleontológicos. Y ni siquiera procedería descartar la eventualidad de que el audaz zapador contactárase entonces con criaturas amorfas e ignotas, y que ellas, mientras se arrastrasen pesadamente, le revelasen cómo las nutridas risas que arriba eclosionaban al sol jamás cesarían de enraizar a una noche de fauces ávidas y ojos feroces. Sin embargo, la detección de petróleo permanecía marginada de tantos descubrimientos potenciales; ausencia que, originando un curioso efecto de pobreza dentro de la abundancia, no pocas veces sugería una deslumbradora ceremonia cuyos asistentes, todos de punta en blanco, se obstinasen en exhibir mangas raídas, encías desnudas o híspidas barbas.

Cuando los vuelcos de la política internacional afectaron a Osmania con las primeras fallas en la proveeduría de carburantes, los estados responsables de la medida asumieron, en relación a Anastasio, un papel que, no hacía mucho, era aún privativo del Padre Eterno. Habituado a que la mayoría de los sucesos capitales del país aconteciesen por obra de su voluntad, el mandatario, frente a tan drástica suspensión, no evitaba resquemos análogos a los de cierto sátrapa quien viese bajo la peste un villorrio cuyo azote máximo fuera anteriormente sólo él mismo. Ese horrendo señor, nimbado siempre de la chillería connatural a masacres, despojos, tundas, violaciones y sacrilegios, e

imbuido, pues, de la oscura certidumbre de ser indisociable de cuanto infortunio golpease a sus súbditos, habría de sentir junto a aquella castigada grey una penetrante y lógica zozobra, fruto de la evidencia de que su propia destructividad encontrara en el cielo un rápido, eficaz y acaso excesivo complemento. Por largo tiempo la maldición de su comarca, tal jerarca debería comprobar, perplejo e inquieto, que había hallado un coadjutor en Dios, y que éste, reforzando con acucia desmedida su personal máquina de exterminio, quizás la privara luego de todo el material al cual solía aplicarse. Le gustara o no, el funesto dignatario encararía la paradoja de que, al menos en lo relativo a diezmar a sus vasallos, el Altísimo se había erigido en su celoso edecán, y que la expedición de aquél, por sobrepasar ampliamente la suya, no podría sino augurarle una veloz caducidad. Y el citado acaecimiento le llevaría a asemejarse, por ende, a un zorro que, tras asolar un gallinero a lo largo de varias generaciones, hubiera de contemplar cómo las llamas de un incendio gigantesco redujesen ahí sus colmillos a repentina obsolescencia.

Anastasio, por su parte, al devenir involuntario circunstante de la detención de su país, tampoco se sustraía a la peculiar idea de que él, en su calidad de motivo principal de las congojas de los osmanianos, sufriera un inesperado y rotundo eclipse. Su dilatada estadía en el gobierno le había hecho adquirir, a la par de costumbres crueles y un notorio apego a la molicie, una perceptividad especial que estribaba en reconocer, aun a través de los reflejos más atípicos, los temores, tiranteces y aprensiones provocados

en la ciudadanía por su presencia. Así como, gracias a una extensa rutina profesional, la meretriz aquilata a posibles parroquianos en ciertos sujetos reservados y adustos, y el agente viajero olfatea a eventuales compradores hasta en quienes le hablan de vuelos interplanetarios, Anastasio sabía medir el azoramiento que su persona causaba a los aborígenes incluso en los gestos aparentemente menos unidos a tal reacción. En los múltiples protocolos apareados a su investidura, él captaba al instante, con singular agudeza, los mil estremecimientos secretos que, como trémula ramificación, inervaban todos esos ritos y no dejaban de vincular las más complejas y esmeradas fórmulas al simple miedo primario de perder la libertad, el patrimonio o la vida.

Al presidir festejos, recepciones y encuentros futbolísticos, nunca abandonábale la conciencia de que quienes sugerían estar inmersos en floridos discursos, exquisitas viandas o entusiastas carreras no procuraban sino diversificar un solo y trágico acto, consistente en el empeño común de evadir su inmisericordia. El propendía, en consecuencia, a mirar a Osmania como a un vasto tinglado donde se contorsionaban fantoches cuyo aire jovial o fúnebre, enérgico o abúlico, duro o gentil, hacendoso o displicente, no cesaba de subordinarse, a despecho de cuán arraigado pareciera, al horror de que un oculto titiritero los retirase de las tablas. Pánico viejo, los años lo habían inveterado en la gran mayoría de los pobladores, adaptándolo, sin restarle vigencia, a sus temperamentos y trazas y haciendo que todos lo ostentaran, a la postre, con la inexpre-

siva naturalidad inherente a zapatos o sombreros de prolongadísimo uso. Mas, confundida con el tren cotidiano hasta llegar a insinuar cierto desleimiento, tal angustia conservaba plena inmediatez; y a menudo evocaba, por ello, esa banalidad que, estilada en los contactos diplomáticos entre regímenes hostiles y capaz a ratos de acreditarse allí como el auténtico elemento prioritario, de tarde en tarde no rehúye traslucir su categoría de mero vehículo de compulsiones brutales y arrolladoras.

Hoy, sin embargo, la entera perspectiva se había alterado, y Anastasio, en lugar de mostrarse como el artífice de un mundillo cuyas desgracias nacían casi todas de su propia mano, emergía como testigo inoperante de ellas y no muy problemática víctima futura. Timonel de una colectividad donde nada de cuanto aconteciera estaba desligado de su arbitrio, la nueva crisis, amén de aproximarle a sus coterráneos en aflicción íntegramente compartida, determinaba que él se sintiera como si alguien le invadiese atributos a los cuales sólo ayer consideraba exclusivos e inalienables. El drama de un país conducido a un punto muerto, si bien heríale —como al grueso de los osmanianos— en su orgullo de miembro de una sociedad floreciente, también le remecía, por añadidura, otra fibra más íntima, que era la certeza de su ingerencia en todos los avatares significativos registrados a su alrededor. En lo tocante a él, el actual desastre no divergía mucho de una sutil, mas efectiva mutilación, que, sin privarle de los órganos necesarios para dañar a sus connacionales y, al impacto del estropicio, reafirmar su preeminencia, le despojaba, em-

pero, de su antigua calidad de factor clave en el destino de Osmania.

Aún en posesión irrestricta de los poderes por los cuales, de antojársele, introducía el espanto y el desconsuelo en no pocos hogares autóctonos, la catástrofe que ogaño se abatía sobre su patria le relegaba, exactamente como si le hubiesen cercenado alguna parte imprecisable del cuerpo, al plano de un indefenso y ocioso espectador. Pese a conservar sus espías una acuidad pasmosa, y romper sus polizontes tantos huesos como otrora, tamaño colapso le tullía inexplicablemente y, a la vera de servicios esenciales análogos a desfallecidos monstruos, condenábale a la misma impotencia que al más gris y anónimo hombre de la calle. Y resultaba insoslayable, pues, que sus conciudadanos, mientras se deshiciesen frente a él en venias promovidas por el temor o el cálculo, le desenmascararan de improviso y percibieran cómo el mandatario habilitado para aniquilar estirpes completas adolecía, a guisa de contraste, de cierta baldadura insidiosísima.

Pero la reciente emergencia, fácil de ser vista como un castigo divino y sufrida, consecuentemente, con estoica fortaleza, denotaba algunas características especiales que marginaban a Anastasio de esa serena disposición. Porque el terapéutico fatalismo con que él hubiera podido reaccionar ante tal hecatombe quedaba erradicado a la luz de su conocimiento de los culpables, suficientemente profundo y revelador como para disociarles de cualquier imagen respetuosa. De originarse el naufragio en la voluntad de ínclitos timoneles, probos, mayestáticos y clarividentes,

Anastasio quizás lo habría aceptado en un ánimo no distinto al de un campesino devoto que, bajo una plaga de langostas, supiese asimilar su desdicha a la omnisciencia y el grandor de un ser supremo. En ese caso hubiese procedido que Anastasio, aun en lo peor de la debacle, calibrara sus zozobras con la noción de participar en cierta especie de sagaz juego, según el cual él y sus paisanos incorporaríanse, en último término, a una fina y certera urdimbre fabricada para ellos por mentalidades excelsas. No obstante las penurias que acarreábales el cese del vital suministro, paliaría siempre su calvario la creencia de funcionar entonces conforme a algún inteligentísimo designio, cuyas proyecciones, de momento ruinosas, habrían de redundar mañana en espléndidos beneficios.

Mas el largo contacto de Anastasio con los autores de la medida impedíale adherir a tan filosóficas posturas, y le inducía, en cambio, a considerar aquélla como una perrería no disímil al baraje de naipes marcados. Asiduo de casi todos esos próceres, a quienes, fuera de lazos convencionales, le vinculaba cierta irónica amistad coincidente con muchas sobremesas presididas por el alcohol y la murmuración, el nefasto acuerdo no podía sino exasperarle como una trastada que le hubiesen hecho viejos contertulios de restorán, cantina o cafetín. Familiarizado con dichos líderes, a los cuales un largo roce mutuo exhibía como intrigantes palaciegos u oligarcas escleróticos, érale imposible aparear su mancomunión al halo específico de dignidad y entereza que, en postrera instancia, valdría para justificarla. Lejos de estimar el boicoteo como un recurso lícito

empleado a favor de una causa loable, Anastasio inclinábase a ver en él un golpe bajo la cintura, que, con arreglo a su talante, calificaba de broma dudosa, impertinencia extrema o vulgar bellaquería. Todos aquellos estadistas le recordaban excesivamente la propia persona para merecerle, en virtud de su presente iniciativa, siquiera un grado mínimo de simpatía, y acusaban, al contrario, una identidad desazonadora con lo que él pensaría de sí mismo en caso de serle factible contemplarse en ausencia de los deformantes prismas de la egolatría y la autocompasión.

Por otra parte, enfadaba aún más a Anastasio su convicción silente de que esa maniobra, en lugar de trasuntar un estilo superior de estrategia, sólo configuraba, con matemática exactitud, todo cuanto él hubiera hecho si, deseoso de expoliar a determinado grupo humano, tuviese la fortuna de descubrir en éste una peculiar vulnerabilidad. Falta de objetivos edificantes gracias a los que hubiese podido asumir visos de cruzada y no diversa en el aspecto táctico de la praxis de los chantajes groseros, la operación íntegra olía a mediocridad, y la cólera de Anastasio frente a su inmisericordia nunca alcanzaba a desdoblarse, pues, de la penosa conciencia de estar librado a almas espurias y mezquinas. Primaban ahora circunstancias según las que se estagnaba el ciclo productivo de un país, se empujaba a cientos de miles de trabajadores al desempleo y se desataba una carestía vertiginosa no para romper las cadenas de algún pueblo o perseguir inaplazables reivindicaciones socioeconómicas, sino únicamente para prestar realce todavía mayor al ya irritante boato de una casta de reblande-

cidos señorones. Se seccionaba allí el nervio motriz de una colectividad a fin de ganar, en vez de elevadas metas, nada más que un incremento del peculio de un clan de muelles potentados, en aras de cuyo confort los mecanismos internacionales generaban, con despreocupación pavorosa, un sinnúmero de grandes y pequeñas tragedias.

Esos plutócratas, en el afán de inventariar una cantidad siempre creciente de castillos, aviones, yates, bancos, hoteles y estrellas cinematográficas, no vacilaban en sacrificar a multitudes de prójimos, disponiendo de ellos como de reses que con su sangre y sus vísceras constituirían el plato fuerte de un opíparo festín. Practicantes de una modalidad sutil de antropofagia, tales magnates engordaban hoy a base de densos piños humanos, cuya carne no devoraban sino que desprendían gradualmente a punta de hambre o angustia, insaciables para sorber aquel aporte necesario a la buena estructuración de sus mofletes, papadas y barrigas. La opulenta materia de que estaban hechos requería una infinitud de cuerpos míseros de los cuales, arrancado poco a poco, el tejido pasara luego a engrosarla en un continuo y circunspecto flujo nutricio.

Y cuando ellos sudaban, ventoseaban o regoldaban, era difícil, pues, no oliscar en su tufarada todo lo que despegaran de la osamenta de los desvalidos y que, atomizado metódicamente, reemergía entonces en mezcla con muchas lociones caras y un resabio de exquisitas viandas. De ahí que resultara lógica la frialdad con la cual Anastasio consideraba su alianza y el perjuicio acarreado por ésta a los osmanianos, cuyas tribulaciones veía no como el ine-

ludible costo de alguna guerra santa, sino como cierto difuso alimento apto para acabar de repletar unos pocos vientres avidísimos. Cuando ni el egoísmo ni la bestialidad le contraindicaban actitudes cristianas, él deploraba muy sinceramente la desventura de su pueblo, maldiciendo a los responsables con un encono disminuido sólo por la idea de que si Osmania exportara petróleo, su rechazo viraría quizás hacia una rápida y entusiasta adhesión. Mientras nada le racalcara su vinculación íntima a los gestores de tamaño infortunio, él podía condolerse, sin histrionismo excesivo, de las estrecheces impuestas a sus coterráneos, y parafrasear siempre el consternado griterío de éstos con acentos no desprovistos de legítima cólera.

Respecto del grueso de los aborígenes, la crisis tuvo, amén de sus acerbas secuelas económicas, la virtud de enseñarles el resto del mundo en una lección asaz disímil de las habituales y ajena, por ende, a todo carácter libresco, documental o pictórico. Allende los deslindes patrios existía un vasto ámbito cuyo distintivo esencial, la agresividad, manifestáraseles hasta ahora sólo por remotas y no excesivamente inquietantes señas, poco diferenciadas, en el fondo, del impacto que pudiese causarles una novela cruel o un film truculento. La fuerza de los testimonios a través de los cuales se les mostrara la malevolencia humana acostumbraba estar restringida a imágenes fotográficas o meros relatos, que, capaces de inspirarles piedad, horror o indignación, raramente les comprometían, sin embargo, más allá del papel de fortuitos espectadores. La inclemencia del

orbe venía hacia ellos en raciones cuya aceptación era del todo opcional, circunscrita siempre a páginas impresas que podían abrir o cerrar, a programas radiales y televisivos que sintonizaban o ignoraban, y a películas que dejábanles en completa libertad de asistir o no a su estreno.

Por atroces que fuesen las convulsiones registradas a lo largo y ancho del globo, los indígenas se limitaban a comportarse frente a aquéllas como el público de cierta violenta función dramática, la cual, a despecho de cuánto llegara a sobrecogerles, nunca les privaría del don de elegir otro esparcimiento. Los múltiples conflictos habideros fuera del territorio nativo patentizábanles su rigor en formas que jamás excedían las posibilidades de algún tipo de cruda representación, y evocaban, en consecuencia, festivales boxeriles o taurinos de donde ellos, tras satisfacer latentes sadismos, eran dueños de marcharse para cultivar luego, impertérritos, la jardinería, la música y las artes plásticas.

Pero tal cuadro había experimentado, en los últimos tiempos, una mudanza sustancial, y esa misma inmisericordia que ayer se les exhibiera como un turbio solaz no carente de alternativas, obligábales hoy a recibir de lleno su demoledor zarpazo. Hasta la víspera un simple juego que, apenas cansara, se abandonaba en favor de algún nuevo recreo, aquel espíritu acerbo visitaba ogaño a los osmanianos a modo de un receso profundo y generalizado, respecto del cual la única escapatoria consistía en un cambio veloz de país u ocupación. La connatural implacabilidad del siglo, estremecido por la sobrepoblación y la finitud de todos los recursos, había cesado de reflejarse entre ellos

sólo a guisa de indoloros simulacros, y les situaba ahora en coyuntura análoga a la de esos foráneos a quienes, no hacía mucho, vieran al filo de bombardeos, quemas, fusilamientos, azotinas o hambrunas y cuya agonía pocas veces impidiérales engullir chocolatines en la penumbra de livings o biógrafos. Habría sido milagroso que en una centuria desarrollada bajo ubicuas e inexorables pugnas, Osmania no cayese en el tumulto del ruedo, y, a falta de tanques, obuses y lanzallamas, su actual marasmo indicaba, pues, cómo ni siquiera país tan remoto atinara a sustraerse de esa durísima ley. Sin embargo, las congojas del momento importaban una peculiaridad colegida sólo por escasos residentes en medio del cúmulo nacional de protestas, quejas y apóstrofes: el reestablecimiento de un equilibrio que Osmania, en virtud de su lejanía, hallárase a punto de perder y que tales penurias afianzaban de acuerdo a cierta saludable compensación.

En un período de rivalidades despiadadas y forcejeos sórdidos, los osmanianos habían permanecido como al margen de la brega, inmersos en una placidez, que, a ojos de alguien sujeto a esa omnímoda competición, no podía ostentar sino ribetes anómalos e incluso aberrantes. Aun cuando aquella beatitud no merecía, en lo esencial, ni suspicacias ni anatemas, su inserción en un planeta siempre más conflictivo resultaba vagamente provocadora, induciendo molestias similares a las que, dentro de un ambiente apestado, suscitaría un rostro rozagante o una sonrisa espléndida. Enclave idílico en un orbe donde la lucha por la subsistencia cobraba, día a día, mayor aspereza, Osmania

fatalmente había de parecerles a los extranjeros una especie de enfadosa irregularidad, afín a la que constituiría el currículo de un individuo a quien la vida brindara goces no afectos a ningún pago de tensión o amargura. Se trataba de una bonanza que, en contraste con un panorama de azoramiento universal, sin duda hubiese levantado en edades pretéritas la acusación de vampirismo o demonolatría, y que hoy, pese a no estar ya expuesta a tales cargos, todavía era el blanco fácil e invitador de muchas oscuras inquinas. Si bien esa calma aséptica cesara de inspirar, a diferencia de otrora, sospechas acerca del eventual concurso de agentes maléficos, la animadversión que infundía no resultaba por ello menos efectiva ni pertinaz; y a salvo de denuncias de apostasía o magia negra, nunca librábase de ser vista, en cambio, como cierta suerte de indefinible monstruosidad.

Protegidos, gracias al avance científico, de conjeturas en torno a su asociación con poderes infernales, los osmanianos no evitaban, empero, que la antipatía de los afuereños persistiese y que, imposibilitada de oler azufre en ellos, buscara asirse a fundamentos más intelectivos y sutiles. Y estas nuevas bases, que tamaña ojeriza pronto conseguía descubrir, estribaban en atisbar en los osmanianos una tenue mas nefanda contravención a la pauta habitual; una peculiaridad que, sin concretarse en perfiles francos, permitía inscribirles, de manera velada, elíptica y oficiosa, en los dominios teratológicos. Hoy, empero, dicha perspectiva había experimentado una categórica mudanza, y Osmania, en función del desfallecimiento de casi todo el menester nacional, no eludía incorporarse a la corriente

común, adoptando, muy en contra de sus deseos, una sentadora y armónica ortodoxia. Los osmanianos, a través de sus presentes tiranteces y zozobras, superaban la leve y obstinada distorsión que hasta ayer segregárales de un orbe en plena lid, y por entrar ya sus intereses a un terreno de abierto antagonismo con los de otras colectividades, adquirían, a juicio de éstas, caracteres acerbos, no ajenos, pese a todo, a una inexplícita, inédita y abrasiva camaradería. En relación a los demás pueblos, ellos, de la noche a la mañana, se habían vuelto algo no diferente a lo que, en la línea del fuego, encarna el enemigo; enemigo respecto de quien, por despedazarle la misma metralla, comerle los mismos piojos y socavarle la misma disentería, nace a menudo una tortuosa hermandad, cuya esencia, sin desvanecer el afán del mutuo exterminio, admite nexos de mayor reciedumbre que un urbano e higiénico distanciamiento.

Hasta el arribo de la crisis, las sesiones de gabinete denotaban una marcada ambigüedad, ya que todo ministro, además de pretender acreditar allí su eficacia, no renunciaba a desdibujar, al fulgor de aquélla, su naturaleza de desvalida marioneta. El anhelo de cada uno radicaba entonces en abordar, con amplitud, claridad y donosura máximas, las específicas materias apareadas a su cartera, y en probar que tal interiorización era el único factor determinante de su permanencia en ese conspicuo cargo. A la vera de Anastasio, tanto Críspulo como Pancracio y Plutarco trataban no meramente de testimoniar la propia idoneidad, sino de velar el penoso hecho de que ésta, aun en caso de ser incuestionable, nunca revestiría más importan-

cia que la acabada o burda confección de un polichinela al cual arbitrios extraños siempre pueden remover del escenario. Incluso si su versación en el campo a ellos asignado llegara a extremos pasmosos y contara con el aval de innúmeros pergaminos rancios, poquísimo habrían de amparales esos honoríficos antecedentes en la eventualidad de que el oculto titiritero decidiese eliminarlos. Apta quizás para despliegues publicitarios en los cuales sucederíanse ruedas periodísticas, foros y actos protocolares, su competencia jamás contrarrestaría, empero, ni el menor deseo que sintiese Anastasio en orden a prescindir de sus servicios.

Toda su acucia, elocuencia o denuedo no alcanzaría a compensar en Anastasio una digestión trabajosa a raíz de la cual pudiera tornarse maligno y planear seguidamente barridas mayúsculas de asesores; y a lo sumo, valdríales entonces para que uno u otro escriba, al rememorar sus méritos, deslizase en sus respectivos obituarios cierta nota de legítima pesadumbre. No había, por lo demás, mucha variación en el cuadro inverso, según el que la ineptitud o el prevaricato raramente alcanzaban gravedad suficiente como para descalificarlos si el amo resolvía, a despecho de todo, continuar otorgándoles su beneplácito. Aunque en el currículo de ellos se multiplicasen las torpezas, ninguna resultaba decisiva cuando, a juicio de Anastasio, tallaban razones para no suprimirles y, a trueque de su tolerancia, le cabría aguardar los favores de una bella mujer, un incremento en su peculio o una nueva condecoración añadida a su fabuloso muestrario de medallas consagratorias. En

esferas gobiernistas, la incompetencia, la incuria o la corrupción constituían faltas extremas sólo en la medida en la cual enfadaran al tirano, y si posibles ventajas circunstanciales morigeraban la ira de aquél, en torno a tantas flaquezas perduraría la misma deferente y ceremoniosa aura que acostumbraba reservarse a la eficacia y la responsabilidad.

Esta pauta de máxima contingencia, apareada de antiguo al consejo de ministros, subsistía hasta hoy; mas, desde hacía algún tiempo, ella, amén de supeditar a los infelices coadjutores presidenciales, extendíase también al propio Anastasio. Pues aceptáralo o no, el déspota se encontraba ogaño en cierta insólita coyuntura, de acuerdo a la cual, junto con manipular a sus secundones como a muñecos, adquiría conciencia de que él mismo habíase trocado en una especie de lúgubre fantoche. Siendo sus colaboradores simples figurillas inertes cuya actividad o reposo no condicionábase sino a su antojo, él había cesado de monopolizar ese don supremo y se veía convertido, a su vez, en otro pelele al que tramoyistas nuevos imponían dependencia idéntica. Complacido antes en ponderar cuán sujetos estaban sus secretarios a las menores fluctuaciones de su ánimo, tan demoníaco goce aguábase ahora al claror de la inescapable idea de que su propia persona cayera bajo sojuzgamiento análogo.

Desde el comienzo del boicoteo, los juegos crueles con que Anastasio humillaba a sus subalternos se practicaban casi todos en él mismo, aprisionándolo entre hilos pulsados por artífices cuya omnipotencia ni siquiera le pro-

curaba el consuelo de cimentar alguna intrínseca grandeza. Al revés de sus asistentes, a quienes coadyuvaba a sobrellevar tamaña desventura la noción de que ella emanaba de un jefe de estado y de un secular engranaje autoritario, a él se le negaba, en medio de sus mortificaciones, la merced de atisbar en los causantes incluso el más vago indicio de excelsitud. En lugar de próceres de voluntad férrea y altos designios, le dirigían a lo largo de aquel tinglado ancianos decrépitos, principillos consentidos, militarotes fanfarrones o incultos rastacueros; vana y chillona ralea que, pese a someterle irrestrictamente, se hallaba desprovista de todo título auténtico para validar su primacía. De tornársele insufribles tales vejámenes, nunca le reconfortaría, por ende, la certeza de que derivaban de un combate en buena ley, y, al contrario, apenas empezara a analizarlos, ellos no dejarían de mostrársele como el fruto de la fría y poco sorpresiva traición de una cáfila de antiguos compinches. Inútil era tratar de detectar en dicha pugna esa electricidad especial que acompaña a las epopeyas y que, no obstante el mutuo enardecimiento, induce a los contendientes de aquéllas a mirarse como plasmaciones afines de un único soplo heroico. Y si Anastasio buscara sucedáneos de este varonil antagonismo, a lo sumo habría de percibir un tenue relente deletéreo, que, nacido de una opulencia a la cual ningún contraste impedía volverse fofa, enervaríale con su crepuscular aroma de cenaderos, peluquerías y recámaras.

Dadas tales circunstancias, se explica que Anastasio, al presidir un consejo destinado a estudiar el reciente desas-

tre, lo hiciera en una disposición completamente extraña a la paz o la alegría. Su ánimo habitual en esas ocasiones era el de un encubierto deleite, producto de la seguridad de que, frente a todo planteo suyo, los ministros no diferirían de músicos a quienes imperativos laborales obligasen a improvisar sobre un tema ajeno. A similitud de dichos artistas, los asesores del mandatario se hallaban, ante cierta ponencia de aquél, como a la vera de un hecho consumado, al que con su ingenio y destreza podrían hermosear, sutilizar o enaltecer, mas nunca ignorar esencialmente. No diverso de un dictatorial maestro de conservatorio, Anastasio proporcionábales entonces una idea que, a despecho de cuán trasoñada pareciera, debían tomar en cuenta, ceñidos a ella como a un motivo cuya notación, tonalidad y ritmo fuesen el material inescapable al cual su acucia requeriría aplicarse. Análogos a educandos de un instituto musical puestos a prueba por un rígido pedagogo, los ministros habían de aceptar las premisas de su amo a modo de cierta árida tarea reglamentaria; tarea en que, de chocarles aquéllas, se contentarían con retocarlas y pulirlas asaz parsimoniosamente, circunscritos siempre a un pentagrama invisible de donde negábaseles toda huida.

Si dentro de tan estrechos límites brindábaseles aún la oportunidad de certificar su destreza, esa coyuntura radicaba, pues, en el mero plano de las enmiendas, y se restringía a la misma faena que emprenden alumnos de composición cuando, disconformes con alguna página del catedrático, aligeran un efecto instrumental demasiado denso o cambian un semitono opaco por otro luminoso y vivaz.

Pero, a la par de sus implicancias musicológicas, a ratos tal situación llevaba a los tres secretarios a considerarse como envueltos en una tosca cosmogonía, de la que Anastasio era el elefantino demiurgo y ellos los duendes encargados de racionalizar y corregir sus innúmeros yerros. Similar a una deidad cuyos poderes creadores no estuviesen equilibrados por imprescindibles dosis de tino y mesura, Anastasio entregaríales mundos que ellos necesitarían remodelar constantemente y que, a causa de su fallida infinitud, nunca cesarían de exigir la supervisión de criterios más sensatos.

Cada ponencia de Anastasio les insertaba como sobre la faz de un planeta nuevo que, construido a la diabla, bien merecería su pronta reabsorción en el nimbo, pero al cual ellos habían de limitarse a reestructurar con celo y dedicación ejemplares. Gnomos inmersos en la mejora de un orbe corporificado con más prodigalidad que cordura, su menester no divergiría de la refacción de un aberrante panorama donde, paso a paso, les fuera imperioso trocar desiertos en labrantíos, montañas en llanos o vastedades difusas en nítidos linderos. Críspulo, Pancracio y Plutarco estarían como encarados a un universo que Anastasio, sin cuidarse mucho de su exactitud o utilidad, lanzara al viento en desaprensiva abundancia y que ellos, a menudo con no escaso riesgo, requerían arreglar, metódica y tesoneramente, de acuerdo a las demandas del intelecto riguroso. Y cuando, en aras de aquel apremio rectificador, alcanzaban a dibujarse sobre sus cabezas las sombras de la cólera presidencial, tamaño peligro hermanábales, por tanto, con quienes, al

unir los dos extremos de un abismo, jamás conjuran la perspectiva de un inminente desnucamiento.

Empero, los últimos sucesos habían alterado esas condiciones de manera tal que ellos necesitaban desempeñar su faena por partida doble y, junto a los errores de Anastasio, subsanar cuantos proviniesen de las múltiples figuras superpuestas al voluntarioso mandatario. Desde el derrumbe de la economía vernacular bajo el peso del reciente problema energético, sus afanes de perfeccionamiento debían operar en un campo mucho más amplio y considerar no sólo las materias relacionadas con Anastasio, sino también las que, a través de éste, se refiriesen a los propios autores de la crisis. Los tres maniobraban como dentro de una gigantesca fábrica donde les tocara desbrozar innúmeros productos en bruto, que, suministrados hasta ayer exclusivamente por Anastasio, confluían ahora hacia ellos desde todos los confines del globo. Ellos eran el receptáculo purificante de diarias y masivas entregas que, teniendo ayer a Anastasio como único abastecedor, constreñíanles hoy, por la fuerza de las circunstancias, a reconocer en idéntica calidad a toda la muelle progenie de magnates coligados en contra de Osmania. Obreros de un abigarrado taller de iniciativas y proyectos a los cuales aspiraban a conciliar con las exigencias de la mentalidad lúcida, ellos, al correr de este titánico ejercicio, no evitaban comprobar que, fuera del propio Anastasio, les ponía asimismo a contribución cuanto reyezuelo o sátrapa se beneficiara entonces de las desventuras del país. Y quizás por eso sus últimas reuniones con Anastasio tendían a trasuntar un desamparo

lastimoso, reflejo de la certeza de saberse envueltos en un vórtice donde, no importaba cuán tranquilizantes semejaran, las posturas sesudas y ponderadas adolecían todas de una fatal inautenticidad.

—Señores secretarios de gobierno; como en otras ocasiones, les he convocado para someter a estudio la emergencia que afecta a Osmania a raíz de las recientes anomalías en la proveeduría de hidrocarburos naturales. Si bien es obvia la gravedad de la situación, no estimo ocioso recalcarla de nuevo, puesto que, dado el paulatino estagnamiento de nuestra entera vida industrial, toda demora en aportar al problema soluciones efectivas podría traernos consecuencias catastróficas. Y dedicados ya a considerar posibles recetas para nuestros males, tengo en carpeta una muy peculiar, el pronto examen y debate de la cual me han movido, en forma casi exclusiva, a concertar la presente reunión.

"Como el momento actual no admite dilaciones, expondré mi idea sin mayores preámbulos y empezaré por manifestarles que, a mi juicio, la aguda escasez de materias energéticas registrada en nuestro suelo dista mucho de constituir un escollo insuperable. Por el contrario, tenemos el remedio al alcance de la mano, y nuestra dificultad para vislumbrarlo reside únicamente en que aún no sabemos cuáles sustitutos emplear ni dónde iniciar su búsqueda y ulterior explotación. En rigor, no sólo nuestro territorio sino el planeta todo rebosan de estos potenciales sucedáneos, cuyo uso en gran escala se ha visto impedido hasta hoy nada más que por cuestionables peritajes conducentes a

demostrar su desventaja económica. Sin entrar a refutar dichos informes en el aspecto técnico, me permito destacar, empero, cómo el grueso de ellos no acostumbra referirse sino a los esquistos bituminosos, el agua o el alcohol, soslayando siempre el significativo hecho de que el producto a suplir, el petróleo, representa, en esencia, un mero corolario de degradaciones orgánicas. Les ruego, señores ministros, servirse otorgar la mayor importancia a este acápite de mi discurso, pues de su cabal comprensión dependerá, en último término, que ustedes acojan o rechacen mi entero planteamiento.

"Los hidrocarburos naturales, ese líquido turbio nunca hallado dentro de las fronteras patrias y cuya ausencia da pábulo a nuestros enemigos para intentar hoy estrangularnos, son simples restos de la antigua flora y fauna a los que distintos agentes han sometido a una putrición larguísima. En otras palabras, son residuos de tejidos que, tras morir, se han descompuesto y mineralizado en las profundidades del suelo y que, en su actual estadio, tipifican la fase postrera de una disociación a la cual, habidas ciertas condiciones, no escaparía ningún organismo vivo. Este enunciado, de suyo poco extraordinario, en el mundo moderno reviste, empero, trascendencia máxima por corresponder las viejas materias animadas, durante ese período de extrema desintegración, a nuestras exactas necesidades energéticas; necesidades que, satisfechas antaño con el trabajo de hombres o animales, hoy requieren, en cambio, el aprovechamiento completo de su propia estructura celular. Y de ahí que no cabe sino concluir que todo detrito, por

resultar objeto de mudanzas encaminadas a disgregarlo y reincorporarlo luego al cosmos, es utilizable en el marco de las demandas tecnológicas de nuestro tiempo, con las cuales, de explotársele suficientemente, se conjugaría tanto como los carburantes convencionales.

"Ahora bien; ubicados ya en esta mira, de acuerdo a la que todo el globo se vuelve un filón de latentes riquezas, sólo debemos preguntarnos en seguida qué puntos específicos de nuestro país son los más aptos para tan inédita clase de prospecciones. La respuesta es obvia: el futuro de Osmania se encuentra en sus necrópolis; y por ende, en lo sucesivo nuestros esfuerzos deberán centrarse en nuestros queridos difuntos con el mismo tesón que si ellos fuesen un yacimiento fabuloso".

—Luego de escuchar la exposición de nuestro señor presidente, y sin dejar de reconocer la audaz originalidad de sus conceptos, estimo necesario plantearle algunos reparos con arreglo a las normas de cautela y mesura que siempre han inspirado el ejercicio de mi asesoría. Convengo en que el momento actual es gravísimo y que los apremios consustanciales a él reclaman la primacía de un criterio pragmático sobre los factores afectivos y emocionales vinculados de ordinario con el comportamiento humano. Sin embargo, como nadie ignora que los extremos se tocan, la premisa antitética arraiga también en sólidas razones prácticas, las cuales me permitiré esgrimir en seguida para demostrar a Su Excelencia la básica inviabilidad de semejante proyecto. En una iniciativa de tal índole

resulta imposible olvidarse del ámbito internacional, y estando lejos de mi ánimo el querer cuestionar el estilo de nuestro augusto mandatario, creo no ofenderle ni formular asertos insólitos al declarar que el actual gobierno osmaniano se ha tornado, en los últimos lustros, el chivo expiatorio de nubes de políticos, periodistas y escritorzuelos foráneos, quienes, apenas juzgan oportuno romper lanzas por la libertad o la democracia, gozan en volcar sobre nosotros su copioso estiércol.

"Con un entusiasmo digno de mejor causa, acostumbran utilizar cualquier incidente minúsculo registrado aquí para tratar de desacreditarnos; si dicho incidente no ha tenido lugar, poco les importa fabricarlo en su fértil imaginación; e incluso cuando comentan acaecimientos desligados por completo del existir vernacular, siempre consideran de buen tono citar a éste como un modelo clásico de horrores e iniquidades. En el contexto de dichos antecedentes, hasta el menos sagaz puede prefigurar el alborozo con que esa jauría explotaría entonces la coyuntura ofrecida a ella por tal plan, el cual no evitaría procurarle amplio margen para destacar cómo Osmania, fuera de ultrajar a los vivos, ni siquiera exime a los muertos de vejación análoga. Por errátiles que hayan sido sus previas invectivas en contra nuestra y por loable que resulte, en el fondo, el designio del señor presidente, ellos quedarían hoy en igual situación que un loco quien, tras producir general cansancio y enfado en su empeño de difamar a determinados sectores, de súbito constata cómo, en cierto modo, el azar corrobora sus calumniosas afirmaciones.

"Es axiomático que nosotros, al emprender la aventura sugerida por el primer mandatario, proporcionaríamos a los detractores de Osmania un arma peligrosísima, la cual, amén de permitirles despotricar en contra nuestra con bríos centuplicados, revalidaría asimismo todas sus delirantes acusaciones pretéritas. En estrictez, no se requiere ser muy fantaseador para anticipar la fruición de tantos lenguaraces a la vista del festín con que, involuntariamente, habríamos de agasajarles; y aun el más memo sintetizaría entonces esa actitud en las palabras "Ustedes, tan inclinados a desoírme, ¿persistirán hoy en la defensa de un pueblo no reacio a profanar a sus extintos?" Dicho de otra manera, en caso de acometer la empresa patrocinada por el jefe de estado, trabajaríamos a favor de todos los ínfimos panfletistas y folicularios que ayer pretendieran enlodarnos, y la habitual inconsistencia de sus cargos no nos libraría en lo sucesivo de otorgar a éstos un matiz de inquietante autenticidad.

"Pero los vaticinios lúgubres no terminan aquí, e incluso a riesgo de recordar anunciadores profesionales de catástrofes, creo que es mi deber señalar en el orden interno todavía otra de las desventajas apareadas a un operativo de tal naturaleza. Consideremos un momento las necrópolis, centro de la eventual explotación, y no olvidemos que ellas, pese a representar en teoría meros anexos de los servicios sanitarios, han sido desde remotos tiempos un área de fuerte ingerencia eclesiástica. No obstante el avance de las ideas de los librepensadores, la Iglesia aún ejerce sobre nuestro país un sólido ascendiente, que, a la par del auspicio de los hábitos virtuosos y el amor al prójimo, se refleja

también en el culto inmemorial de los deudos muertos. ¿Y podría alguien aseverar que este organismo viejísimo, tradicionalmente aficionado a la concordia y a la paz, llevaría tal tendencia hasta el punto de permanecer impertérrito en una sociedad donde el objeto de sus milenarias devociones recibiese igual trato que las canteras o los depósitos carboníferos?

"Como todos saben, el clero dista de ser un enemigo fácil, y si bien pasó la época cuando, bajo su estímulo y guía, la soldadesca devastaba comarcas íntegras, todavía ahora posee medios de presión suficientes para ocasionarnos graves perjuicios. En suma, señores, aunque no rechace en principio el plan de nuestro egregio mandatario, motivos de seguridad nacional me inducen a cuestionarlo por las secuelas ruinosas a que su concreción, tanto en el extranjero como en Osmania misma, habría de exponernos a breve plazo. Y no me refiero sólo a las condenaciones verbales, infundadas en su mayoría y que, a fuerza de llover encima de nosotros, han concluido por volvernos no cínicos, pero sí un poco fatalistas y estoicos. Me preocupa la eventualidad de represalias mucho más drásticas, que han tenido ya efecto desastroso al ser aplicadas a otros países y que, surjan como la negativa de nuevos créditos, el boicoteo a nuestras exportaciones o el hostigamiento de compatriotas residentes en el exterior, adquirirían una magnitud capaz de contrarrestar cuanto beneficio pudiera desprenderse de la idea de Su Excelencia. A la vista de esta inminente hecatombe, espero que ustedes me disculparán, pues, por aferrarme a mi parecer y recalcarles que, de

escoger nosotros tal camino, seríamos como cierto médico homeópata quien, deseoso de sanar a un enfermo, le provocara un segundo morbo al cual aquél tuviese aún menos posibilidades de resistir".

—Luego de escuchar al consejero Críspulo, me corresponde formular mi propia opinión de hombre que, raramente en desacuerdo con el jefe de estado, tampoco ve ahora ninguna causa sustancial para divergir de esta línea. Por fundarse el rechazo del consejero Críspulo al proyecto de nuestro querido mandatario y amigo en reparos pragmáticos, voy a rebatirle construyendo una parte de mi discurso con argumentaciones de idéntico jaez. Sin embargo, antes de abordar ese específico aspecto del tema, no creo inoportuno teorizar escuetamente acerca de la iniciativa presidencial, cuya básica aceptabilidad destacaré a la luz de lo que representa, en rigor, la población de nuestros camposantos. Les insto, señores, a constatar, por ende, cómo aquélla, a la par de todo el culto a los muertos, constituye, entre los diversos valores a los cuales adhiere nuestra civilización, uno de los más hueros, ficticios y engañosos. Aun cuando mi enfoque de este tópico no sea muy inédito, me permito consignar, junto a innúmeros pensadores coetáneos y pretéritos, que la relevancia concedida por nuestra sociedad a sus difuntos obedece a razones de índole enteramente subjetiva. Al contrario de entidades como la patria, la familia o la religión, que pagan en beneficios concretos el énfasis puesto en ellas y contribuyen, respectivamente, a arraigar al hombre a su dintorno, a formarle para la lucha por la

subsistencia y a orientarle de acuerdo a elevados principios, los muertos no le sirven sino en la medida en la cual sean el receptáculo donde pueda verter sus sentimientos íntimos.

"Cuando un individuo visita a sus prójimos fallecidos, su cita no es tanto con ellos como con su propio pasado, que se reactualiza entonces y, sin mayores interferencias, le posibilita proyectar sobre una u otra tumba las imágenes gratas o penosas implícitas en la remembranza de esos extintos. Los muertos semejan en dichos momentos una pantalla inerte donde transcurren secuelas gráficas o emocionales asociadas a ellos y que son completamente incapaces de alterar, pero que, no obstante esta pasividad, facultan a cada sujeto para sostener, en dimensión retrospectiva, un cabal reencuentro con sí mismo. De tratarse de difuntos queridos, no podrán impedir que el hombre absorto en su recuerdo continúe prodigándoles estima y embelleciendo sus perfiles, pues, faltos ya del arbitrio de modificar el concepto vigente sobre ellos, tan idealizadora faena se hallará siempre a salvo de todo vuelco o desmistificación.

"Y si, a la inversa, ese hombre evoca a muertos a los cuales antaño detestara, tampoco ahora atinarán éstos a influir en tal disposición y a evitar que luego experimente quizás un saludable cambio, por cuanto, finalizado el ominoso despliegue de caracteres determinantes de aquélla, nada se resistirá a su tránsito ulterior hacia la indulgencia y el olvido. Pero al margen de esos recónditos procesos, ¿encierran nuestros congéneres desaparecidos alguna valía

última cuya inmanencia justifique el solemne y dispendioso aparato que desde hace milenios erigimos alrededor de sus sepulcros? ¿Son acaso como el carbono, afecto con el tiempo a mudanzas por las que su estructura se condensa y expurga hasta originar diamantes espléndidos? ¿Cabría parangonarlos tal vez con mostos de buena cepa y presumir que, a analogía de aquéllos, un largo y esmerado almacenamiento no fallará en desarrollarles propiedades superiores? Obviamente, no; y aun a costa de herir el amor a viejas usanzas por el cual se guían muchos de nuestros compatriotas, urge señalar cómo tantos cuidados y ternezas son sólo la emanación de nosotros mismos dirigida a algo que, en ausencia de ese desvelo, no resultaría sino un gratuito y colosal acopio de materia inánime. Allende el recogimiento centrado en ellos, los muertos no pasan de ser podredumbre oculta a la espera de que un sismo, un alud, un anego o una profanación masiva la devuelva a la faz de la tierra, permitiéndole desatar epidemias devastadoras. Y nosotros, al incorporarlos a la tecnología moderna, nos limitaríamos, pues, a ostentar el mérito correspondiente a una necesaria y expedita profilaxia. Además, nos convertiríamos en ejecutores del deseo póstumo de inteligentísimos conciudadanos, los cuales, antes de entregar el alma a Dios, exigen de la comunidad que sus restos se cremen y dispersen.

"No quiero, empero, concluir esta parte de mi planteamiento sin intentar desvirtuar las críticas de orden moral que tamaña empresa desatará en contra nuestra. La puesta en marcha de nuestro programa levantará, sin duda, un

recio clamor, inspirado en el repudio a lo que no se librará de parecer un ultraje extremo a la dignidad de quienes descansan en paz. Es preciso recordar, no obstante, cómo ese inhumano aprovechamiento de los muertos palidecería junto a la insensibilidad e inclemencia demostradas siempre por la civilización hacia aquellos que, en buenas cuentas, importan muchísimo más: vale decir, los vivos. Huelga casi hablar de la hórrida imperturbabilidad con la cual, a trueque de conquistas territoriales, franquicias económicas o un tentador botín, los poderosos del mundo se allanan a inmolar a sus súbditos, disponiendo de ellos como de calderilla que saliese de sus faltriqueras en un frío y calculado gasto. Desde tiempos remotos ha sido una característica de todos los jefes el echar mano de la existencia de sus subalternos con la misma calma con que un agricultor degollaría a las aves de su corral o recolectaría las verduras de su huerto, sin perjuicio de arrebozar este bárbaro consumo en cánticos patrióticos, citas históricas y grandilocuentes exhortaciones a la lealtad. Y frente a la lógica objeción según la cual esa tónica implacable regiría sólo en casos calificados como guerras y calamidades públicas, mientras durante períodos normales la contrarrestarían fuertes principios humanitarios, me apresuro a declarar que ella —si bien con menos explicitud— preside también nuestro entero devenir cotidiano.

"¿Necesito explayarme acerca de la básica inmisericordia de nuestro mecanismo laboral, conforme al que, en aras de una óptima productividad, cada asalariado ha de enmohecerse en su puesto y se torna un activista o un

saboteador apenas reclama condiciones incompatibles con su rendimiento máximo? ¿Hace falta deterneme en la avidez sistemática con que muchos gobiernos expolian a contribuyentes indefensos y angustiosos para nutrir, en nombre del adelanto de la nación, a enjambres de burócratas y allegados? ¿Requeriré señalar cuán poco cuentan, en el fondo, vínculos bombásticamente glorificados como la amistad, el amor o la camaradería, y la prontitud de todos nosotros en desahuciarlos no bien insinúan vulnerar nuestro interés? Y si tan inexorable utilitarismo, inconfeso mas siempre vigente, determina las relaciones de la mayoría de los seres vivos, del conjunto de personas de todos los estratos y orígenes, del grueso de los individuos que en cierto momento tipifican a su grey, su pueblo y su época, ¿no caeríamos en un absurdo manifiesto al rechazar la aplicación de idéntico criterio a quienes sólo son carroña hacinada y sobrante?

"Establecida la premisa de que un hombre no es respecto de otros sino una cifra variable, altísima cuando presta servicios valederos e igual a cero en caso contrario, se me antoja insensato dispensar a los que yacen bajo tierra delicadezas negadas feroz y unánimemente a todo aquel que resida aún en la superficie. Siendo la lucha por la subsistencia un imperativo cósmico y tallando los demás a nuestros ojos únicamente en la medida en la cual no exacerben esa brega, hoy urge extender, pues, tal ordenamiento a los prójimos fenecidos, que de un mero foco de contaminaciones pasarán a constituir el tesoro necesario para rescatar a Osmania de su actual marasmo.

"Sin embargo, mi alegato en pro de la tesis presidencial no concluye aquí, por cuanto estimo perentorio, antes de cederle la palabra a mi colega Plutarco, referirme a las presuntas represalias que la concreción de ese plan habría de acarrearnos. Les conmino, compañeros y amigos, a que examinemos, por ende, el panorama internacional y, olvidando las infaltables e inocuas condenas verbales, tratemos de prefigurar el castigo al cual nos haríamos acreedores a raíz de nuestra audaz decisión. Basta un rápido vistazo al cuadro geopolítico de este siglo para comprender que si llegáramos a sufrir acciones punitivas, ellas provendrían sólo de las grandes potencias, dueñas de un aparato financiero, militar y diplomático cuyos engranajes, al trabajar en contra nuestra, no tardarían mucho en meternos en cintura. Nadie en su sano juicio podría dudar de que los regímenes influyentes, en caso de acordarlo, nos aplastarían en breve; mas corresponde preguntar ahora si un programa como el contemplado por nosotros los galvanizaría hasta el punto de coaligarse en procura de nuestro aniquilamiento.

"No se precisa ser un analista de la historia para inferir que los ataques de un país a otro nunca obedecen a causas morales, y que por ignominiosos que resulten los sucesos acaecidos dentro del territorio de cierto estado, ello sólo difícilmente motivaría una directa intervención exterior. Aun cuando un gobierno ampare el genocidio, seque en sus mazmorras a miles de inocentes y familiarice a su policía con métodos atroces, allende sus fronteras estos excesos concitarían, a lo sumo, una indignación que canalizada en

encendidas diatribas, luego habrá de desvanecerse frente a un campeonato de fútbol o un sabroso escándalo en la alta sociedad. Para que tan nefanda camarilla induzca una agresión foránea, deberá añadir a dichos pecados el de poseer algo capaz de despertar la codicia de los atacantes y convertir a éstos no únicamente en los bizarros libertadores de un pueblo oprimido, sino asimismo en los felices beneficiarios de una repartija espléndida.

"Junto al papel de nobles e intrépidos antagonistas de una tiranía infame, los vencedores aspirarían entonces a satisfacciones más concretas, que raramente dejarían de relacionarse, fuesen cuales fueren las circunstancias, con la aperura de mercados ventajosos, la eliminación de algún competidor o el surgimiento de nuevas fuentes de trabajo destinadas a paliar su propio desempleo. Y a la luz de la empresa auspiciada por nuestro mandatario, nos toca pensar, de consiguiente, con el mayor rigor y colegir si aquélla proveería a los países poderosos de una razón atendible para hostilizarnos. No siendo ellos exportadores masivos de petróleo y cifrándose el grueso de sus ingresos en otros rubros, ¿amenazaría nuestro peculiar tipo de explotación los monopolios originadores de su fabulosa riqueza? Los múltiples consorcios a través de los cuales ellos operan en Osmania, ¿verían menguar sus utilidades por culpa nuestra o creerían llegada la hora de defenderse contra una inminente estatización? ¿Podríamos medrar al impulso de nuestra iniciativa hasta renunciar a adquirir sus maquinarias e implementar una tecnología autóctona cuyo florecimiento les prive de sus mejores clientes? Lo obvio de la

réplica me mueve a darla por sobreentendida y a estimar que si el consejero Críspulo desea desvirtuar el proyecto del señor presidente, en el futuro la elección de sus argumentos deberá ser bastante más sagaz".

—Como personero de la oposición a este gobierno, hago uso de la palabra sin ignorar que tras los discursos de Su Excelencia y los asesores Críspulo y Pancracio, parecen estar agotados todos los planteamientos relativos a nuestro tema. Me permito recordarles, empero, que en el presente debate ha faltado una voz importantísima, la cual, reñida corrientemente con el donaire propio del raciocinio brillante, no por ello desiste de hacerse oír en momentos cruciales. Es del todo indispensable acogerla en este simposio, por cuanto no se trata sino del sentido común; elemento que hasta ahora he echado de menos tanto en la descarnada intervención de nuestro mandatario como en el parsimonioso eclecticismo del consejero Críspulo y la perruna docilidad del consejero Pancracio. Soslayado aquí, tal espíritu resulta, sin embargo, parte indisociable de todos nosotros, y no temo desbarrar al afirmar que incluso Su Excelencia, auspiciador del proyecto en tabla, debe rendirle, de tarde en tarde, algunos testimonios de íntimo acatamiento.

"Imagino, en efecto, que el jefe de estado, pese a cierta desmesura de la cual nuestro foro no es el único reflejo, se halla sujeto asimismo a esa primaria sabiduría, y que ella, prevaleciendo sobre el halago cortesano y la autoinducción narcisista, logra instilarle a veces su inmemorial esen-

cia. Poco me cuesta ver a nuestro superior asomarse a su propia alma y escuchar allí el eco de las palabras de este viejo preceptista, afanado en señalarle que su dominio del país nunca llegará a ser tan absoluto como para descartar de su política la cautela o la ponderación. No se requiere cavilar mucho a fin de obtener una versión asaz exacta de aquellos diálogos, a lo largo de los cuales un secreto interlocutor pugna por demostrarle a nuestro presidente que su férreo control de la entera vida nativa, la portentosa acuidad de su servicio de inteligencia y el saludable temor hermanado a su nombre siempre han de entroncar, a despecho de todo, con algunas básicas normas de sesudez y templanza. Y si no estoy muy errado, raramente ese elogio de la moderación tiende a apartarse de dos o tres premisas capitales, coincidentes en recordar a nuestro mandatario que aun gobiernos vigorosos poseen cimientos frágiles; que en la imposibilidad de despertar gratitud, estima o respeto duradero, deben aspirar por lo menos a la general indiferencia; y que la mejor forma de optar a aquélla en lugar del encono y la ira, estriba sólo en aflojar, dentro de lo razonable, la mayoría de los resortes de su mecanismo coercitivo.

"Con arreglo a dicha postura, nuestro cónclave me sugiere, en más de una dimensión, a un campesino a quien letrados facundos y sinuosos intentan persuadir, al filo de hábiles sofismas, acerca de la conveniencia de desatar un conflicto bélico. Envuelto en la matizada y rutilante parla de dichos ideólogos, el rústico quizás no sepa cómo rebatirlos, pero su torpeza y simplicidad, lejos de encerrar

concesión alguna, permanecerán extrañas al cúmulo de tan seductoras argucias, dejándole asido, a semejanza de sus ascendientes, nada más que a las pocas verdades cuyo meollo emana del suelo mismo. El está consciente únicamente de que ha sido imperativo, desde tiempos remotos, levantarse al alba, arar la tierra, sembrarla, extirpar la cizaña, cosechar y cuidar de los animales; y que esos sencillos hábitos implican una ciencia primigenia capaz de persistir, a la postre, en desmedro de todos los cubileteos de sus donosos tentadores. Tosco y cachazudo, no se le escapa, sin embargo, que aun cuando sus propias convicciones carezcan de abogacía elocuente, la misma perennidad de ellas las salva de cualquier añagaza, y que en un mañana en que nadie recuerde ya los móviles de la guerra preconizada por tan sutiles apologetas, siempre le será imprescindible regar la gleba con su hacendoso sudor. Y en caso de tocarle examinar el proyecto de nuestro mandatario, las fascinaciones de aquél distarán mucho de encandilarle, pues, esclavo de sus estrechas pero atinadas miras, seguramente abrigaría en torno al mismo las reservas que expondré de inmediato ante todos ustedes.

"No puedo renunciar a sostener, de consiguiente, que aun al margen de disquisiciones morales —incompatibles a menudo con los requerimientos de la propia subsistencia—, la idea del señor presidente me parece funesta por constituir sólo el inicio de una vasta escalada destructiva. Espantosa para muchos a la luz de su frío aprovechamiento de connacionales extintos, tal empresa revestiría un impacto inmensamente mayor si atendiéramos a sus proyec-

ciones venideras y constatáramos que ellas no dejarían de trascender, a corto plazo, el ámbito específico de nuestras necrópolis. No obstante mostrársenos el plan a guisa de una mera utilización del detrito existente en los camposantos, sus alcances van mucho más allá, y negarlo sería tan engañoso como proclamar que en un baluarte asediado se combatirá el hambre mediante el exclusivo sacrificio de toda la masa ganadera. Pues así como, al ser beneficiados, esos ejemplares bovinos, porcinos y equinos se limitarán a anticipar la futura suerte de perros y gatos, no conjurando ni siquiera el riesgo de un brote eventual de antropofagia, nuestros difuntos resultarán apenas el primer paso de cierta búsqueda que, en cuanto empiece, nunca habrá de respetar valla alguna.

"Examinemos por un momento nuestro propio cuerpo, hecho de tejidos y vísceras que mientras cuenten con una mantención adecuada, no darán casi señas de su existir y permanecerán inmersos siempre en un plácido y vegetativo sopor. A trueque de recibir las materias aptas a su normal funcionamiento, nuestros órganos nos permitirán abstraernos de su presencia y, a ratos, lograr creer que ellos y nosotros constituimos una tranquila y sólida unidad, no susceptible de romperse sino a raíz de accidentes violentísimos. Basta, sin embargo, un corte o una merma en el suministro de sus elementos esenciales para que tamaña armonía se desvanezca y toda esa dócil carne, a la cual identificábamos con nosotros mismos, adquiera una horrorosa vida independiente, caracterizada por demandas tiránicas y compulsiones torturantes. Estructura aparentemente

inerte, ella se revela entonces como un sañudo monstruo, que, a condición de ser nutrido otra vez, no vacila en lanzarnos por mil caminos atroces y, vuelto nuestro peor enemigo, incluso puede, a través del autocanibalismo, llegar a destruirnos en escasos días.

"No muy distinto es el cuadro ofrecido por nosotros, los osmanianos, con respecto a un aparato tecnológico que considerábamos a nuestro servicio y que, siempre menos similar a un expedito lacayo, símbolo de los avances principales de esta centuria, se nos exhibe hoy a modo de una bestia maligna a la cual precisaremos entregarlo todo en progresivo e inacabable holocausto, Siendo nuestro programa, en estrictez, la industrialización de innúmeros componentes apropiados para alimentar la maquinaria moderna en ausencia de carburantes convencionales, los difuntos habrían de marcar sólo el comienzo de un rito sacrificial inconmensurablemente más amplio.

"Así como los combustibles clásicos tienden ogaño a exhaustarse, igual cosa acaecerá con nuestros muertos, el agotamiento de los cuales nos impelería hacia otras vetas que por ser también finitas, no tardarían en inscribirnos en un gigantesco circuito infernal cuya mera perspectiva causa terrores y vértigos. Toda sustancia orgánica, sin importar si su utilización se ajuste o no a normas éticas fundamentales, devendría una potencial disponibilidad de la que pronto extraeríamos la energía con el mismo frío método aplicado actualmente en los grandes pozos petrolíferos. Y el motor, ese ingenio exaltado siempre para graficar el desarrollo contemporáneo, se erigiría, pues, en una especie

de ominosa deidad, poseedora de altares donde hacinaríamos, como en un culto idolátrico, todo cuanto en nuestra planeta pudiese atiborrar sus hambrientas fauces".

Concretada la iniciativa presidencial, las secuelas del sencillísimo acto de morir experimentaron en Osmania una profunda mudanza, perceptible en la esfera de los vivos no menos que en la de los propios extintos. Para estos últimos, el tránsito hacia un mundo mejor dejó de corresponder al simple ingreso a un nimbo luminoso en que la presencia de quienes aún habitaban la tierra limitárase a débiles y espaciadas plegarias. Ahora su situación había variado, y de una suerte de problemático valor espiritual en el que los osmanianos no centraban sino intermitentes y a menudo maquinales remembranzas, pasaban a ser parte sustantiva del patrimonio autóctono.

En vez de integrar vagas, escondidas y multiformes reservas, posibilitadas de eclosionar como cualquiera de las especies animales o vegetales próximas a sus sepulcros, su destino aparecía hoy libre de tamaña incertidumbre y ostentaba los perfiles nítidos de una pujante y sistemática explotación. Ellos se habían vuelto uno de los rubros básicos de la riqueza nacional y, elevados a la misma categoría que algún codiciable yacimiento, planteaban la paradoja de infundir, merced a su muerte y subsecuente disociación, dosis generosas de vida nueva a otrora letárgicos sectores de la actividad osmaniana. Por estar hechos de materias perecibles y descomponerse, pues, bajo tierra, habían adquirido una extrema importancia comercial, que

convertiría su exhumación, limpieza y reprocesamiento ulterior en iniciativas de la más alta rentabilidad. Los trabajos que la muerte realizaba en sus cuerpos y que moviera a considerarles sólo como un laboratorio de pestilencias, revestían hoy para los osmanianos la máxima significación, entregándoles elementos por los cuales miles de aquéllos, antaño no muy distantes del delito o la mendicidad, engrosaban sin contrapeso los núcleos productivos del país. Las múltiples alteraciones registradas en su carne no cesaban de alcanzar, día a día, resonancias espléndidas, como si amén de fetidez y gusanos, tanta podredumbre se tradujera asimismo en la génesis de prósperos complejos fabriles.

Junto a propiciar la medra de la flora y fauna de los camposantos, su reabsorción en el cosmos beneficiaba también a la entera tecnología nativa, cuyos ingenios, apilados ayer en montículos asaz análogos a la chatarra, tornaban a emitir, gracias a ellos, un runrún boyante y emprendedor. A la par de contribuir a crear las condiciones necesarias para que el suelo patrio se mantuviera fértil, su papel póstumo había trascendido estos crípticos niveles y se palpaba igualmente en la azotea de los rascacielos, adonde subían como el humo de todos los motores a los cuales, de la noche a la mañana, rescataran de una herrumbrosa y omnímoda languidez.

Eran muertos fecundos en el sentido más cabal del término, pues no circunscritos únicamente a revivir de tanto en tanto en el recuerdo de sus connacionales y a abonar los ubérrimos vergeles indígenas, brindaban, por añadidura,

un pródigo y metodizado aporte a la mecanización contemporánea. En lugar de ser todavía cierto acervo simbólico al que los osmanianos remitíanse sólo cuando deseaban glorificar una época pretérita o desprender de la misma sesudas moralejas, ellos se refundían, con abrumadora copiosidad, al ritmo cotidiano, y aun el hombre menos afecto a su evocación no eludía respirarlos, en la atmósfera de las grandes urbes, a manera de un ubicuo vaho de combustibles quemados.

No contentos con su clásico rol de vigorizar la tierra, proveyéndola de sustancias adecuadas para su resurgimiento eventual como aromáticas manzanas o túrgidas coles, ellos se mezclaban, tenues y fluidos, a todo el aire vernáculo, agentes de la vida moderna que, similares a la nafta, a nadie eximían de inhalarlos reiterada y masivamente. Ellos suministraban la mayoría de los ingredientes que conferían al tráfago metropolitano los conocidos caracteres de olor, acritud y estridencia, identificados con aquél y su corrosiva fuerza hasta el punto de no tardar en devenir uno de los factores claves de la contaminación ambiental. Eran parte del fragor que siempre atronaba las calles y hacía sentirse a algunos transeúntes como incluidos en una bronca página sinfónica de la cual no evitaran ser sus agresivísimos instrumentos. Eran la humareda cáustica que, ceñida a cuanto objeto hallara, almacenaba ahí depósitos sutiles, volvía después al éter y, como en una cadena infinita, ligábalo todo en un silencioso y tenaz intercambio de venenos. Y eran el movimiento que, no dejando nada sin remecer, a menudo despertaba en el

individuo emergido de su vehículo, y apoltronado ya en un hogareño diván, la sospecha de estar aun entonces en manos de un chofer lunático, gozoso de zarandearle ininterrumpidamente al compás de virajes absurdos.

En suma, la relación de los difuntos con quienes todavía se agitaban sobre la faz de la tierra cobraba ogaño un sello de pragmática inmediatez, y los situaba frente a la sociedad actual en un plano no diverso al que ocupa la sangre de un organismo respecto a sus vísceras y miembros. Un orbe contingente los había trocado en el alimento predilecto de las máquinas cuya marcha dinamizaba el existir de la época, y se diría, por ende, que cada cementerio enmarcaba transformaciones orientadas a confeccionar no ya carroña, sino oro, plata o piedras preciosas.

En cuanto a la contrapartida, o sea los vivos, éstos registraban ante la población de las necrópolis un vuelco no menos radical, que se distinguía, amén de otras peculiaridades, por cierto exacerbado utilitarismo. Tal actitud, insinuada antiguamente sólo en subrepticias y esporádicas profanaciones, afloraba por doquier con la mayor imperturbabilidad, y de simples fechorías nocturnas, cometidas bajo el miedo a los celadores, los fantasmas y los perros, derivaba hoy hacia el estadio de una verdadera ciencia. Al recogimiento o al mero olvido de ayer lo sustituía un espíritu que era, en estrictez, de índole empresarial, y cuya perspectiva de los difuntos tendía a nivelarles, sin ningún pundonor, con una mercancía enfilada a óptimos dividendos. Sistematismo implacable, la devoción y la indiferen-

cia de la víspera constituían, en lo que a él referíase, etapas superadas, que reemplazaba por un afán de lucro con arreglo al cual los camposantos no divergían mucho de las demás riquezas naturales habideras en el país.

A la luz de su nueva aplicación, los muertos, junto a quienes tantas veces transitaran despreocupadamente, cobraron igual importancia que cualquier otro beneficio sujeto a emanar del suelo patrio, e integraron la misma jerarquía de valores donde podría inscribirse una veta metálica o una cosecha de repollos. Dados los adelantos de las técnicas modernas de extracción, cabía asumir casi que los vivos nunca colocaran a los muertos en el fondo de sus féretros, y que, al contrario, los primeros se comportaban en presencia de los segundos como si acabasen de efectuar un descubrimiento maravilloso. Por obra de las circunstancias, parecía que los osmanianos no hubiesen intervenido jamás en la creación de las necrópolis ni en el acomodo de sus yertos residentes, y que ahora éstos mostrábanseles a analogía de una dádiva celeste a la cual sólo procediera saludar con jubiloso estupor. De la noche a la mañana variaba el milenario trato dispensado por la colectividad a los difuntos, y los hombres, lejos de proyectar aún sobre las tumbas una reverencia intermitente o un desidioso silencio, rebullían a la vera de ellas como en torno a un magnífico hallazgo, felices de que tanta putridez entrara a conjugarse con los requerimientos de su civilización.

A ojos de los osmanianos, los muertos abandonaban sus sepulturas nimbados de una novedad regocijante no inferior a la que poseería un chorro de petróleo; ese mismo

petróleo cuya carestía pasaban a suplir y al impacto de la cual su descomposición, su hedor y sus larvas les conferían los ribetes de un auténtico tesoro. Urgía, por ende, sacar el máximo partido de este obsequio del Eterno, enfocándolo a manera de un súbitamente detectado recurso básico y estructurando alrededor de él toda una sagaz y expedita metódica. Tal como minerales vírgenes o razas zoológicas aprovechables se convierten, al ser localizados, en soles cuya órbita coge a miríadas de ingenieros, capataces y ecónomos dispersos antes en la inmensidad del cosmos, los muertos atraían hoy a los osmanianos de acuerdo a idéntico magnetismo. Todos los nativos —en particular aquellos a quienes la crisis arrojara a la calle— sugerían ser los aprendices de una artesanía originalísima, que, afincada sólo en los prójimos fenecidos, se perfeccionaba día a día como cierta rama inédita del conocimiento y no cesaba de volverse siempre más amplia y promisoria. En repentina emergencia, brotaban peritos y expertos en materias de las cuales nadie sospechaba ayer que existiesen; figuras conformadas por las presiones de una sostenida demanda y prontas a alquilar sus servicios según una tarifa en continuo ascenso.

Extraños apéndices de los planteles educativos tradicionales, los cementerios, a semejanza de academias y universidades, emitían también egresados que dominaban un oficio específico y que, a despecho de no sanar enfermos ni atizar pleitos, ostentaban, en cambio, una incomparable destreza en la manipulación de cadáveres. Listos para proporcionar, tras breve y fructífero aleccionamiento,

una asesoría febrilmente solicitada, el presente y el cercano futuro insinuaban pertenecer a esos flamantes profesionales, dueños de habilidades que, en el terreno de las cotizaciones inmediatas, amenazaban con desplazar a todas las demás. Ajenos a los centros de altos estudios, eclipsaban, sin embargo, a los graduados de aquéllos, producidos para sociedades aún en irrestricto consumo de sus suministros habituales y depositarios de un saber que, al peso de la reciente catástrofe, no alcanzaba a librarles de una abrupta descalificación. Mucho más que los conceptos impartidos por templos seculares de la enseñanza, tallaban los que se adquirieran al borde mismo de los osarios y que apuntasen a lograr, con la mayor celeridad y el mínimo costo, la ubicación de todos los muertos de un área, su desentierro y transporte, y su cuantitativa permuta en sucedáneos adecuados de la bencina.

En un país al cual la falta de combustibles aquejara de parálisis y donde los extintos concurrían a sustituir tan vital elemento, su veloz y constante entrega, fuese enteros, trozados o molidos, no podía dejar de devenir la actividad prioritaria, demorando poquísimo en enriquecer a quienquiera que la acometiese. De igual modo como en un pueblo apestado el quehacer capital se constriñe a un intensivo abastecimiento de sueros y antibióticos, mientras los afanes correspondientes a otras disciplinas retroceden a un plano accesorio, Osmania concedía hoy preeminencia absoluta a toda empresa que regularmente buscara surtirla de despojos orgánicos. Los vuelcos de la política mundial habían determinado que en Osmania se despertara un hambre

nueva, que ésta no pudiera saciarse sino con el contenido de las grandes fosas funerarias, y que aquellos que acudieran a proveerla de ese macabro nutrimento se erigiesen, pues, en los personajes claves del destino vernacular. Por otra parte, no era difícil encasillarlos, ya que si bien notabilidades pretéritas cifraran su distintivo sólo en un aire tenue de bonachonería o ensimismamiento, el de esos modernos prohombres nunca lograba disociarse de una abrumadora hedentina. Mostráranse vulgares o señoriles, vehementes o parsimoniosos, locuaces o taciturnos, ninguno de tales atributos contaba, en estrictez, para llegar a identificarles, por cuanto, pudiendo todos inducir a confusión, no sucedía, en cambio, igual cosa con su común y penetrante olor a restos humanos.

Sin necesidad de que adoptaran un uniforme protocolar, una jerga privativa y un rígido horario —espontáneamente añadidos, por lo demás, a su hacendoso ajetreo—, estos noveles industriales eran siempre de cala rápida en virtud del pertinaz relente mortuorio condensado a su alrededor. A desemejanza de otros menesteres, cuyo reconocimiento exige que los curiosos capten frecuentemente sutiles singularidades de idioma, atuendo o mímica, aquella ocupación nada demandaba del observador para revelarse, salvo el poseer unas narices de no excepcional agudeza. En lugar de poner a contribución la perspicacia ajena, obligándola a afinarse al máximo antes de descubrirle la índole peculiar de su maestría, esos trabajadores exhibían sus credenciales de buenas a primeras, y nadie sino alguien que tuviese escasísimo olfato hubiera podido fallar en

aquilatarlas. De ahí que, a pesar de desempeñar los papeles de mayor significación en la vida de su comunidad, dichos ejecutivos fuesen impugnados, aun más que los de antaño, por los resabios penosos corrientemente interpuestos entre una alta investidura y el respeto al cual ella se había vuelto merecedora.

No es raro, en efecto, que ínclitos próceres, asistidos del derecho pleno a recibir un trato deferente, se encuentren con que sabotean a éste reminiscencias ingratas cuyo influjo hasta puede trocar la esperada veneración de sus coetáneos en ademanes de franco rechazo. Por ejemplo, facultativos eminentes, dedicados durante casi todo su existir a robustecer la raza, no atinan a evitar que en los homenajes de sus conciudadanos se deslicen a menudo imágenes sombrías, las cuales, referidas a la insensibilidad proverbial de los policlínicos y al mercantilismo inseparable de la administración de la salud, fatalmente mezclan a tantos honores una fuerte dosis de reticencia y reserva. Egregios jurisconsultos, a la vera de quienes se multiplican las genuflexiones, no consiguen a veces impedir que en el incienso esparcido en torno a ellos se atisben, además de sus mayestáticas estampas, rumas de expedientes cochambrosos o el ávido revoloteo consustancial a un embargo, y que esos vislumbres hermanen la reverencia de sus prójimos con subrepticios y horrorizados escalofríos. Y análogamente, la indiscutible utilidad social de aquella casta de concienzudos necrófagos no obstaba para que el mecanismo de las venias hechas a su paso experimentara, de tiempo en tiempo, serias trabas, y para que en sus séquitos

diluyese el almíbar de las sonrisas una insidiosa evocación de tierra removida y ataúdes descerrajados. Como en un sinnúmero de otras meritorias faenas, conspiraba contra ellos la porción sensible del mundo donde habían de discurrir; porción a la cual intentaban asimilar al denuedo de sus espíritus y que, en forma recíproca, no cesaba de comunicarles el carácter de los diversos elementos a cuyo contacto desarrollaban su tarea cotidiana.

En relación a la realidad, vivían como en un estado de perpetuo canje, con arreglo al que, mientras aplicaban técnicas avanzadísimas a vastos pudrideros del país, éstos impregnábanles, a su vez, de los mil nauseosos residuos inherentes a su naturaleza. Sujetos a un continuo intercambio, tales operarios, al recolectar los miasmas de su medio ambiente y someterlos a purificadora volatilización, incorporaban al saber actual las lóbregas sentinas metropolitanas, que, por su parte, tampoco dejaban de obrar en ellos, adicionándoles una impalpable capa de productos deletéreos. Lo ideal habría sido que esas acciones mutuas alcanzaran cierto equilibrio y que, tras neutralizarse debidamente, la asepsia de sus sofisticados utensilios y la asquerosidad de su material diario les otorgasen, a guisa de armónica resultante, la digna y sudada fragancia de quienes batallan por el sustento. A similitud de varias disciplinas cuya práctica supone también roces poco exquisitos, habría cabido aguardar que el tufo a muerto se compensara en ellos con las normas corrientes de higiene, y que luego derivase, por ende, hacia el sano, laboral y acídulo aroma propio de todos los varones no proclives a eludir su castigo bíblico.

Sin embargo, tan feliz contrabalanceo nunca llegaba a registrarse, y los extintos, en venganza del ultraje postrero del cual eran víctimas, no desistían de hacer que el espectador llano a aspirar junto a esos jornaleros sólo el noble perfume de un gremio hacendoso, fuese repelido constantemente por una pestilencia atroz. Y tamaña emanación, que hubiera ahuyentado a multitudes incluso durante una devastadora epidemia de influenza, pronto se constituyó, pues, en el pago exigido a ellos por la estructura inmanente de las cosas, siempre refractarias e irreductibles a su compulsivo trajín. El planeta permanecía tozudamente al margen de su deseo común de servir a Osmania, y centrándose ellos en los estratos más corruptos del mismo, no cesaba de nimbarles, ciego a ese laudable afán, de una pegadiza atmósfera de disolución y polvo. Halo espesísimo, recordaba a todos que, no obstante su ejemplar diligencia, aún integraban nuestro orbe cuerpos afectos a intrínseco menoscabo, y que por ocuparse ese acucioso equipo de los componentes más deteriorados de aquél, ni un milagro eximiríale de rezumarlos noche y día. Esa mefítica cualidad no había tardado en asumir cierto valor emblemático y, como si correspondiera a proezas deportivas o heroicas, singularizaba hoy a esos hombres frente al país entero, poseedora de una fuerza mucho mayor de la que reunirían, para análogo propósito, montañas de medallas, galardones e insignias.

Las transformaciones acarreadas a Osmania por aquella revolucionaria industria no alcanzaron a repercutir en los

círculos gubernativos de un modo proporcional a su hondo impacto. Los halagos del poder, similares en Anastasio a una droga que paulatinamente le ensordeciera a todos los clamores, tampoco dejaban de insensibilizarle ahora ante el atropello a quienes, al revés de sus súbditos vivos, ni siquiera disponían de gargantas para apostrofarlo. Así como el hábito de leer le ocasiona al erudito un progresivo embotamiento, roto sólo en los sobresaltos esporádicos inducidos por algún libro excepcionalmente vigoroso o infame, la larga rutina dictatorial había terminado anestesiando al mandatario respecto a las múltiples protestas coincidentes con su gestión. Para que aquel nuevo exceso no se limitara a nutrir, a guisa de otro episodio, la amplia crónica de sus fechorías, y le obligara a mirar el panorama vernáculo con un mínimo de desasosiego, a sus compatriotas les hubiese sido indispensable concertar un vocerío muy superior a ése cuyos ecos acostumbraban llegar hasta la recámara presidencial. Habría hecho falta que los osmanianos, suspensos siempre en una especie de claudicante promedio entre el temor y la ira, cayeran de bruces en ésta y, en vez de circunscribirse a meros rezongos, buscaran aplacar su animadversión con la sangre misma del déspota. Hubiera resultado imperativo que no se contentasen ya con murmurar contra el gobierno a la vera de los afuerinos, y que tal disconformidad, a menudo tendiente sólo a exhibir turísticos ribetes de demócratas oprimidos por un tiranuelo, derivase hacia impugnaciones de auténtica reciedumbre.

Osmania hubiese requerido que los sindicalistas y líde-

res estudiantiles encarcelados se centuplicaran de súbito, y que un día Anastasio fuese, pues, incapaz de acallar los denuestos de todos ellos en sus periódicas y aparatosas visitas a colegios, hospitales u hogares de ancianos. En suma, los indígenas hubieran debido sacrificar en aras de su viejo odio a Anastasio su igualmente inveterado amor a la tranquilidad y el bienestar, cesando de retroceder frente al riesgo de ver desvanecerse la modorra nacional en el acre estrépito de un ruedo. Los reproches y maldiciones de la ciudadanía hubiesen tenido que evolucionar de un rumor sordo, asimilado casi al de la brisa autóctona, a una presencia asaz contundente, apta para intimidar a Anastasio no ya con las penas futuras del infierno, sino con su propia, inmediata y aplastadora masividad. Y los osmanianos, carentes hasta hoy del coraje de echar por la borda su poltronería, no se libraron de admitir que aquella nueva provocación tampoco desequilibraba la balanza donde permanecían estáticos y, como todas las demás, fallaba en inclinarse a favor de actitudes bizarras. Se explica, de consiguiente, que Su Excelencia, al añadir a la lista de sus tropelías la violación institucionalizada de los sepulcros, no encontrase en su colectividad sino los mismos rechazos menores a los cuales habituárale su largo ejercicio previo.

Como de ordinario, Anastasio, en lugar de ser herido por la cólera divina o linchado a manos de una turba, sólo precisaba responder de su reciente desborde a un hato de obsequiosos fantoches, los que, de no mediar a veces algún suicida gesto acusatorio, sin duda le hubieran hecho creerse en un país de encubridores, proxenetas e imbéciles. A ma-

nera de reacción a aquel comercio inaudito, le salían al camino únicamente espinazos gachos y miradas melifluas; testimonios cuya sobreabundancia inspirábale de cuando en cuando la idea de que era cierto voluntarioso y prolífico dramaturgo, creador de personajes a los cuales su arbitrio movía desentendiéndose de toda pauta de lógica o verosimilitud.

En lo concerniente a las relaciones de Anastasio con los funcionarios gubernamentales, el estremecedor suceso no alteró la norma que guiaba a esos parásitos respecto de él y que habría podido definirse, de modo bastante exacto, como un código de urbanidad aplicado a ultranza. El extranjero quien, de paso en Osmania, ingresara a las esferas oficialistas sin conocer su trasfondo de azotinas y cárceles, hubiese asumido, en efecto, que prevalecía ahí una etiqueta llevada a extremos donde la civilidad confundíase con el automatismo. Pues en vista de los arranques bestiales del amo, su pesadez, su incultura, su obtusidad y su sentido detestable del humor, había momentos cuando, por la ausencia misma de todo asomo rebelde, la buena crianza ostentada junto a él insinuaba corresponder menos a una mansión presidencial que a un tablado de títeres. El prolijo ceremonial estilado en torno a Anastasio nunca parecía referirse a su aplanadora ordinariez, al impacto de la cual hubiesen debido romperlo forzosas muestras de repudio, y sugería entroncar, antes bien, con una placentera irrealidad en la que brotara sólo como réplica natural de continuas y exquisitas gentilezas.

Mientras el mandatario golpeaba, amenazaba e imprecaba, era como si el encono y la ira conjurados por su prepotencia pertenecieran a un ámbito remoto, extraño del todo al recinto donde discurría su vida y en el que cabían exclusivamente los untuosos y rendidos ademanes propios del despliegue de una bondad inagotable. Al lado de Anastasio no procedía sino el aire extático que hubiera coincidido con las administraciones de cierta infinita afabilidad; con raudales benévolos cuyo señorío, imperceptible para el foráneo, únicamente eclosionara acaso en ratos íntimos en los cuales el estadista y sus asesores quedasen a cubierto de ojeadas indiscretas. Ceñía a Anastasio un clima de ininterrumpida deferencia, explicable, a juicio del visitante, nada más que como la espontánea retribución de una magnanimidad sin límites; pero siendo tan generoso espíritu reacio a manifestársele y supliéndolo allí simplemente el matonaje y la chocarrería, le resultaba obligatorio ponderar éstos sólo a modo de atípicos reflejos de un alma en esencia espléndida. Frente al observador indígena, en cambio, la zalamería de los cortesanos tendía a adoptar otro aspecto y venía hacia él en la forma de lo que, a falta de mejores símiles, comparaba con un torrente de disolutiva melaza. Alrededor del déspota convergía sin cesar ese flujo sacarino, cuyo papel en relación a sus reiteradas destemplanzas se diría que no estribaba sino en desleírlas como a algún gratuito y escabroso material. Las incontinencias del gobernante, dispuestas entre él y los edecanes a analogía de turbadores monolitos, eran el profuso substrato diario sobre el cual actuaba este río, atento a no dejar

de bañar y pulir todo aquello en sus azucaradas ondas.

Anastasio siempre aparecía rodeado de la propia grosería como de bloques duros y filudos; bloques que ese palaciego equipo había de restringirse a erosionar al correr de su horchata, no cejando hasta la completa asimilación de ellos a tan empalagoso caudal. La brutalidad, la soeza y la cerrazón del amo veíanse trabajadas incansablemente por aquel oleaje dulcísimo, al cual ni los peores exabruptos detenían y que, al cabo, jamás fracasaba en el designio de incorporarlos a su protocolaria miel. Y en cuanto al último desmán de Anastasio, del que bien procedía imaginar que sobrepasaría la capacidad de absorción de esa siruposa marea, no acaeció ningún hecho susceptible de interpretarse como una anomalía en su suave vaivén. Así como su rutina consistía en digerir las violencias, las obscenidades y todos los otros productos arrojados a su seno por la desmesura presidencial, los muertos, poco importaba cuán numerosos fuesen o qué principios conculcaba el prurito de vejarlos, no se escaparon de recibir a su contacto un tratamiento idéntico.

Como si la macabra empresa se limitara a una caída más del prócer, y nada costara contemplarla desde igual ángulo que la zumba a un opositor o el decomiso de un periódico, los zánganos centrados en el gobierno no vacilaron un momento en adecuar tantos cadáveres al ritmo de sus cotidianas lisonjas. Ningún titubeo, escalofrío o condenación pudo apreciarse en las solemnidades en que envolvían al dignatario cuando, junto a las acostumbradas demasías de aquél, su parsimonia hubo de cargar también

con el hedor y la tierra provenientes de la apertura de incontables féretros. ¿Empezaban a hacinarse a la vera de Anastasio, amén de víctimas conocidas, multitudes de difuntos anónimos que instábanles a trocar su profesional acato al monstruo por expresiones de altivo desafío? ¿Se percibía en la proximidad del presidente una gravitación que no era sólo la usual para los autócratas de su jaez, complementando ese lastre clásico toneladas de despojos arrebatados a los camposantos? A los obstáculos que impedían mirarlo como a un ser humano y trazaban en torno de él una hostil geografía de cimas y barrancos, ¿sumábanse hoy asombrosas cantidades de lápidas desprendidas? Fuese como fuere, todo lo anexaban esos paniaguados a su omnímoda ambrosía, con la que, tras envolver cuanto exceso cometiera el amo, no tenían ningún empacho en hacer lo mismo respecto de la ávida, sistemática e impune profanación de las criptas y mausoleos nacionales.

En lo tocante a la Iglesia, ella evitó igualmente los virajes bruscos, y los prelados indígenas, junto a anatematizar oficialmente la nueva medida, no ahorraron esfuerzos por adaptarse a ésta con un riesgo mínimo para su plácido existir. Fieles a su deber de deplorar con trémulo ademán las transgresiones de un culto al que su entidad se vinculara desde épocas remotas, al propio tiempo desplegaron toda su destreza en orden a no interrumpir su disfrute de la beatífica vida nativa ni llegar a asemejarse, a través de dicho camino, a los mártires de su nutrido santoral. Aun cuando su investidura distase de ser un juego y ellos se cuidaran de

recalcarlo con sartas diarias de latinajos, habían desarrollado una flexibilidad idéntica a la de esos ajedrecistas quienes, allende el tablero, nunca rehúsan al contendor un asiduo y comedido trato. Por lo demás, al lado de otras hecatombes que su milenario organismo sufriera al correr de la historia, la última fechoría de Anastasio parecía casi inocua y comprometía sólo cantidades mínimas de su inagotable reserva de indulgencia y perdón. Manantial que, amén de concienzudos estudios evangélicos, sugería nacer de los mullidos divanes y la deliciosa cocina de sus casas, la magnanimidad de esos píos varones, ni siquiera reacia a aplicarse a masacres de clérigos o bombardeos de catedrales, en la presente coyuntura tenía, en rigor, muy pocos problemas para funcionar.

Predispuestos por una larga y clemente tradición para absolver a Anastasio incluso del pecado de genocidio o apostasía, el reciente desborde del mandatario les refundía a un plano análogo al de un mentor quien, llano a excusar los eventuales crímenes de su pupilo, en la ruta de éste no hubiera de enfrentarse sino con raterías vulgarísimas. Esa peculiar circunstancia determinó, por ende, que sus tertulias con el presidente —fórmula a cuya continuidad apegábales tanto su biotropismo del poder como su afición a la buena repostería— nunca adoleciesen de la tirantez o el nerviosismo al cual testigos foráneos inclinaríanse a hermanarlas. Al contrario, aquellos presbíteros eran entonces como pensadores célebres que, insertos en un grato cenáculo, no se consideraran ya en el imperativo de ritualizar la filosofía y, sin romper sus nexos con tan alta disciplina, la

abordasen, empero, en un tono de liviana y desinhibida mundanidad.

Así como un egregio ideólogo puede, en tales momentos referirse a Kant en el contexto de un palique sobre menudencias domésticas, y hacerlo con la misma voz con que comentaría un desfile de modas o un noviazgo de ricos, los ilustres religiosos no desperdiciaban allí la ocasión de tocar ese peliagudo tópico en un estilo confortablemente urbano e insulso. No divergía esta técnica del procedimiento seguido por hábiles sinfonistas cuando, en un pasaje consagrado en apariencia sólo a murmullos de agua o de floresta, intercalan subrepticiamente su motivo principal, otorgando con ello a lo que es un verdadero planteo temático los visos de una simple onomatopeya. En un ambiente pulcro donde no cesaban de apuntalar los principios de civilidad un aroma de café selecto y un regusto de fruitivos pastelillos, siempre el espinoso asunto tendía a emerger como si, en relación a esos halagos, fuese apenas su derivado fortuito e irrelevante. La interferencia —en caso de merecer ese nombre una eclosión tan circunspecta— solía surgir en los ratos en que el coloquio declinaba y ella, sin corresponder en estrictez al propósito de reanimarlo, podía pasar como un sucedáneo bienintencionado, aun cuando no muy feliz, de vetas diagonales transitoriamente exhaustas. Con acentos cuyo lógico fondo reprobatorio contrapesaban cuidadosamente la inautenticidad y la pacatería, los eclesiásticos dolíanse del giro peculiar del acaecer nacional, insinuadores de una censura que nunca rebasaba los límites impuestos por la educación para veladas distinguidas.

A despecho de erigirse en adalides de un predicamento justo y defender, dentro de lo razonable, la vejada dignidad de los muertos, impedían a éstos llegar a contar ahí con una abogacía eficaz todas las recetas que mantienen a las reuniones elegantes en su anodino curso normal. Mientras por una parte tallaban la reverencia debida a los extintos y el griterío de sus airados familiares, por la otra no desistía de hacerse valer, con fuerza y pertinacia aún mayores, el empeño de evitar cualquier gesto que proyectara en esos ortodoxos refrigerios alguna sombra de discordia. Deseando los insignes tonsurados preservar a sus feligreses difuntos de un utilitarismo para el que los cementerios se asemejaban mucho a fértiles labrantíos, continuamente les entrababa, empero, cierto demonio melindroso, peregrino auspiciador de las reglas de cortesía, quien prohibíales llevar tan noble afán más allá del campo sujeto a la vigencia de aquéllas.

Guiados del interés en custodiar el sueño eterno de los osmanianos, supeditaba, sin embargo, tal anhelo el respeto a los múltiples tabúes que estableciera la sociedad nativa y que, en cada té íntimo, no dejaban de patentizarse como un mudo rechazo a todas las posturas capaces de perturbar el saboreamiento de sus surtidas viandas. Erales necesario graduar críticas y reproches de modo que Anastasio, al relamerse el cremoso bigote, no encontrara dificultad en considerar estas admoniciones como un mero añadido, discreto y atmosférico, a los variados productos concurrentes a servir su presidencial golosía. En resguardo de la etiqueta palaciega, las prédicas al mandatario habían de

integrar la misma categoría que otras manifestaciones accesorias de las cuales le agradaba rodearse en tanto engullía sus confites; manifestaciones cuyo desglose, al par de la edificante verba de algún personero de la cristiandad, acostumbraba comprender también los escotes de opulentas matronas o los trinos de señoritas melómanas. Fuera de las grasas y los azúcares tragados por Su Excelencia entre resoplidos sensuales, intervenían entonces distintos elementos que, sin ser alimenticios, coadyuvaban a tamaño éxtasis y que, no requiriendo pertenecer a rubros específicos, incluían preferentemente bonitos números de canto o exhibiciones de bustos fabulosos.

Y los beneméritos sacerdotes jamás se escapaban, pues, de ceñir su intemporal mensaje a ese marco fútil, de acuerdo al cual Anastasio, tras quedar ahíto de dulces, debería sólo atinar a pensar que en tanta voluptuosidad no había faltado a la palabra del Altísimo.

En la esfera internacional, los recientos eventos osmanianos concitaron una reacción análoga a la de esas remilgadas damas quienes, a raíz de un insulto poco común, no dan con el tono preciso para elevar sus clamores. Nunca tardas en denunciar a voz en cuello vejámenes traducidos en violaciones, sobajeos o propuestas audaces, de cuando en cuando dichas féminas viven hechos afrentosos que por no coincidir con los anteriores, amortiguan su chillonería y las constriñen, al menos en un comienzo, a lanzar en torno sólo miradas perplejas e iracundas. De idéntica manera, la opinión afuereña, que siempre tenía listos apóstro-

fes prefabricados para repudiar las tropelías más corrientes de otros gobiernos, mostró ante el insólito sesgo del devenir nativo una reticencia momentánea no exenta de pasmo.

Deseosos de indignarse a la vista de purgas de intelectuales o apaleos de huelguistas, y de volcar su cólera en términos que para esos efectos contaran con un esmerado aderezo preparatorio, inicialmente los observadores extranjeros brindaron al nuevo desmán de Anastasio una acogida cuya sobriedad rayaba en el laconismo. En la época en que las noticias acerca de la singular industria aborigen recién trascendían al exterior, los comentaristas más conspicuos, sin llegar a reflejar anuencia ni aceptación, las recibieron, empero, con cierta curiosa objetividad, cubriendo tal acaecimiento en un escueto lenguaje reporteril no muy diverso al empleado en casos de terremoto o incendio. Voceros proclives al sensacionalismo estentóreo, en una primera etapa observaron, pese a todo, actitudes paradójicamente compuestas, y se restringieron a entregar sobre la materia crónicas que, a ojos de alguien no familiarizado con ellos, hubieran parecido modelos de espartana ponderación. Tanta parsimonia no derivaba, en estrictez, de ninguna concordancia implícita con la línea de Anastasio, y sólo cabía concebirla en función de una inventiva floja que, a raíz de la original índole de los sucesos, había carecido de margen para plasmar alrededor de los mismos un adecuado número de epítetos condenatorios.

Lejos de significar un tácito apoyo, aquella templanza era una simple tregua que esos escribas otorgaban a Anastasio, forzados por el carácter inédito de la situación a

respetarle mientras no se acuñasen los vituperios aptos al encauzamiento cabal de su antipatía. Acostumbrados a fustigar los arrestos dictatoriales de Anastasio, el último abuso del déspota, asaz aparte de cuanto le enrostraban comúnmente, tuvo la propiedad de sorprenderles sin una fraseología correlativa a su peculiarísima naturaleza. En presencia de tal cuadro, les acometía un desconcierto afín al de vecinos murmuradores que, luego de denigrar a alguien por su propensión al latrocinio, lo cogiesen en un desliz relacionado no ya con esta debilidad, sino con el alcoholismo, la pederastia o el juego. Y en los medios de difusión abiertos a ellos no pudo prevalecer, de consiguiente, sino un compás de espera, tan largo como el tiempo que ocuparía su estrecho mundillo en confeccionarles un léxico calificado para reprobar aquel extraño desborde. Pero, sin buscarlo ese estridente clan, el intervalo actual comportaba un factor propicio a Anastasio; factor en virtud del que, llegada la hora de zaherirle, el ataque estaría ya desprovisto de su necesario impacto. Consistía dicha ventaja en que, así como hay lapsos finitos para el auge de un futbolista o un ídolo cinematográfico, la capacidad ajena de horrorizarse frente a las barrabasadas de uno u otro régimen no evitaba quedar afecta a plazos similares.

La opinión colectiva, sacudida de tanto en tanto por alguna odiosidad de Anastasio a la cual después olvidaba rápidamente, no lograría que los ribetes inéditos de aquel nuevo entuerto lo exceptuaran de someterse a idéntica ley Por atroz que fuese el agravio infligido a los muertos al arrancárseles de su postrera morada, en la memoria de los

espectadores tamaña conculcación compartiría pronto con los demás excesos del autócrata el mismo umbrío y mohoso abandono. En la estimación foránea, los cadáveres extraídos de la tierra y lanzados a las máquinas en desaprensivas carretadas pertenecerían, junto con palizas de estudiantes o juicios inicuos, a cierta categoría única de acontecimientos, los que, tras producir escalofríos casi análogos, poco demorarían en engrosar una vasta e indistinta penumbra común. De igual modo como el mar ofrece cobijo irrestricto a flotas, especies animales o vegetales y antiguas civilizaciones, cerrándose sobre todo con el mismo impávido rizado, el recuerdo de los hombres no dejaría de arrumbar las múltiples perrerías de Anastasio, indiferente a cuán grandes o pequeñas hubiesen sido. La sensibilidad de cada testigo de los avatares mundiales, presta siempre a vibrar bajo conmociones provenientes de las más lejanas zonas, poseía para aquéllas una trastienda enorme donde todas remataban luego de estremecerla, y en que su mayor o menor importancia raramente las libraba de integrar un solo e informe haz.

Amén de centros alertos a las mudanzas de un orbe convulso, había en todo individuo un gigantesco desván al cual esas historias iban a apilarse; bodegón tenebroso que, engullidas las espantables alternativas pretéritas de la realidad osmaniana, reservaba sin duda a los muertos ultrajados de hoy una no desemejante negrura. Y la parquedad con que, en las primeras fases, acogieron la noticia los analistas profesionales de la política, perplejos o estupefactos por su relieve inaudito, significó, pues, para Anas-

tasio, a la luz de la inclinación general a desdibujar cuanto ocurriera la víspera, una amplia e involuntaria dispensa. Inicialmente asombrados de aquella desusual transgresión, los máximos órganos informativos no atinaron a salir de su sorpresa con la debida celeridad; y el día en que, a la postre, optasen por clamar al cielo, ya ese tópico habría perdido buena parte del poder de golpear a su multitudinaria clientela.

Al decidirse por fin a enseñar los colmillos y a denunciar cómo pisoteaban el derecho de los osmanianos a yacer en paz, el tema habría cesado de acaparar la atención pública, absorta en otras emergencias que procurarían invadir su campo en desmedro de tan lúgubre capítulo. A la par del sueño turbado de remotos ascendientes, se disputarían el interés contemporáneo derrocamientos, secuestros, quiebras, chantajes y recesiones; hojarasca que un planeta conflictivo esparcía ininterumpidamente y en la cual los muertos ofendidos de un distante país tendrían escasísima posibilidad de no zozobrar. Cuando diesen, por ende, la señal de arremeter a Anastasio, esas tardías hostilidades evocarían a cierta droga cuyo expendio, aconsejable en el período álgido de una epidemia, recién empezara al hallarse aquélla en franca retirada.

Todos esos estudiosos del mundo moderno no diferirían entonces de laboratoristas que, habiendo sintetizado un antibiótico ideal para combatir una plaga, lo lanzaran a las farmacias en el momento justo en el cual comenzase a funcionar contra el flagelo un sólido dispositivo inmunizador. Serían como un galeno quien, al correr a salvar a sus

prójimos de un morbo contagioso y encontrarlos dotados de fuertes defensas naturales, hubiese de reconocer que el medicamento revolucionario traído en su maletín serviríale, a lo sumo, para prevenir futuras recrudescencias.

En lo relativo a los ámbitos diplomáticos, preferentemente constituidos de vates a los que el exiguo mercado poético confinara a representaciones lejanas, aquel episodio se apareó a secuelas no muy desligadas de su armonioso menester. Pues así como esos bardos incorporaban al verso sinsabores íntimos y los trasmutaban en ritmo, imagen o melopea, análogo tratamiento recibían las asperezas que, jornada a jornada, no dejaban de amenazar su pulido desempeño oficial. Diestros en entremezclar minucias personales a sus estrofas y en obtener que, al sonoro flujo de las mismas, cobrasen donaire y musicalidad, la rutina cancilleresca exigíales, a bastante regulares intervalos, una artesanía no disímil. Como hijos de un siglo eruptivo, pronto siempre a erizarles el camino de engorrosos incidentes, un porcentaje capital de su faena apuntaría, en efecto, a cargar con aquéllos sin que llegasen a alterar la impecabilidad de su ejercicio diario. Habituados a que en un cónclave o un baile les alcanzase el anuncio de guerras, insurrecciones y matanzas, quizás su mayor pericia estribara en sobrellevar tantas hecatombes de un modo en el cual nunca sabotearan su correctísima insulsez.

Toda su ceremoniosidad vacía, pauta a la que las turbulencias de la época parecían afanarse en distorsionar, precisaba ser mantenida por ellos a lo largo de una ardua labor,

comparable sólo con sus propios y mucho más secretos desvelos de líricos frustrados. Asociándose su deber a la preservación de una línea gentil, anodina e insustancial, fortuitamente inserta en un pandemonio, sus esfuerzos por conciliar éste con tan aséptica fórmula no podían recordar sino su paralelo empeño en refundir amargores ocultos al brillo y la tersura de galanas rimas. No evitaría engañarse, pues, quienquiera que estimara su atildamiento como un simple reflejo, maquinal e indoloro, de una existencia cuyo sacrificio máximo radicaría en hacerles concurrir, muy envarados, a innúmeros actos protocolares.

Al contrario, cabía igualar tanta inocuidad con una especie de tenso cable, firme gracias al equilibrio que establecieran, por un lado, su determinación de conservarse comedidos y amorfos, y, por el otro, un cúmulo de hórridas contingencias listas para ensombrecer sus obsequiosos rostros. Lejos de consistir en la mera emanación de un espíritu acomodadizo, no menos inherente a él que la herrumbre a un metal, su cortesía trasuntaba un combate feroz, librado por cada uno de esos finos caballeros con una vorágine de sucesos tendientes a agriarles. Anhelosos de perseverar en su tradicional práctica de valsar con las señoras, besar a los niños y alabar bellezas paisajísticas, la aplicación de esta civil filosofía exigíales una constante brega, en la que un cosmos inhóspito siempre buscaba trocar sus zalemas en augurios siniestros de exterminio. Cuando les correspondía cumplimentar a una dama por la originalidad de su peinado o hablar con otro embajador acerca de la próxima exposición canina, mucho distaban

entonces de abandonarse a alguna mecánica sosa de la que estuviesen ausentes la tirantez y el azoramiento de las grandes pugnas. Ellos se encontraban, antes bien, como en un ruedo gigantesco, donde toda una miríada de adversidades conspiraba para metamorfosear venias y genuflexiones en ademanes torvos, y en el que su pulcritud, al prevalecer, resultaba el exacto índice de un triunfo penosamente logrado.

Fácil será colegir, por ende, que los muertos de Osmania se constituyesen, a contar de reciente fecha, en parte no desdeñable de la conjura universal encaminada a romper la circunspección de estos respetuosos funcionarios. Por lo demás, ellos, al calor de su lucha, habían perfeccionado una sagaz técnica defensiva, la que, frente a esa macabra nueva, recomendaba los mismos procedimientos cuyo empleo salvárales ya en cientos de trances análogos. En relación a los continuos amagos con los cuales el orbe intentaba socavar su delicadeza, la experiencia habíales proveído de un escrupuloso sistema de resguardos, no muy distinto del que usaran antiguos cenobitas para ahuyentar a los agentes maléficos. Tal como los ascetas pretéritos raramente fallaban en reconocer las asechanzas diabólicas y, asumiesen éstas forma de mujeres, plantas o moluscos, las desvirtuaban casi todas a través de idénticos exorcismos, esos ponderados ministros aprendieron a detectar y espantar a su propio enemigo merced a un método de no inferior eficacia.

De la misma manera como viejos anacoretas se volvieran insuperables en la ciencia de desbaratar los artilugios

con los cuales les tentaba el infierno, ellos habían adquirido no dispar habilidad ante el peligro de que sus personas, saboteando previsiones estudiadísimas, dejasen de resabiar un chocolatín rancio. Pero mientras el éxito de tan santos varones en seguir castos explicábase sólo por su fervor en impetrar el amparo del Eterno, la fortuna de esos diplomáticos derivaba, en cambio, de saber permanecer respecto de todas las catástrofes del planeta en igual postura que los borregos de un pesebre. Afines a dichos animales, que, al incendiarse su establo, rondarlo un lobo o sepultarlo un alud, reaccionan a estas diversificadas emergencias con un balido único y luego reanudan su impertérrita rumia, ellos no escatimaban cuidados en orden a proponer una similar inmutabilidad a cuanta convulsión registrara el globo. Fuese cual fuere el drama que golpeara a sus coetáneos, su réplica a él nunca debía ser sino una invariable, desvaída y estólida mueca, a cuyo cabo ningún poder humano o divino impediríales tornar a pergeñar discursos fútiles y desapolillar sus levitas para empingorotadas fiestas. Y los muertos, a despecho de cuán peculiar hubiese sido el sobresalto concitado por su humillación, inevitablemente encajaron también dentro del marco de esta cuadrúpeda sensibilidad, subsistiendo nada más que como un débil trémolo de la voz de esos prohombres cuando, en algún corrillo elegante, no creían inoportuno acotar las últimas habladurías.

En lo referente a los contertulios del ámbito íntimo de Anastasio, aquella profanación les exigió, asimismo, cier-

to grado de inconfesa adaptabilidad. Compuesto de amigotes siempre llanos al fomento de la chismografía y de desinhibidas muchachas no reacias a solazar al monstruo, ese cenáculo, sin quedar impávido bajo tan espantable noticia, la recibió, empero, como si en todo lo que a ella tocara, contase ya con un largo y minucioso aprendizaje. A la sombra de Anastasio, sus miembros llegaron a amoldarse, en verdad, a una disciplina extraña, en cuyo contexto recordaban a alguien que, día a día, jugara con bombas por haber descubierto cómo no volar junto a éstas. Depositarios de la confianza de un estadista en quien confluían innúmeros relatos atroces, tal privilegio se asemejaba mucho a manejar un artefacto explosivo y demandábales, a analogía de aquél, una capacitación no menos esmerada ni rigurosa. Esos comensales que se consagraban a la bebida, la maledicencia o el sexo en compañía de un hombre facultado para fulminarles y que, conscientes de la ruina de no pocos compatriotas a manos del déspota, invariablemente emergían incólumes del riesgoso contacto, parecíanse a operarios a los cuales el cielo otorgara la gracia de retozar con dinamita sin sufrir instantánea anonadación. Y el secreto de tamaña indemnidad no era, en estrictez, sino su tino para sortear al lado del amo algunos espinudos tópicos; cierta mesura ingénita en la minoría, mas adquirida por el grueso de ellos sólo al filo de lecciones durísimas, asaz compatibles con la cárcel, el exilio y soberanas zumbas.

A la vera del dignatario, la supervivencia de todos se asentaba en una prolija elusión de determinados temas que

requería no ser contravenida por ningún motivo y que, mientras más persistente fuese, comportaríales garantías mayores de libertad y buena salud. Dentro de los medios próximos a Anastasio, la plena integridad física se había vuelto un ajustado sinónimo de silencio; de una mudez que no excluyendo la garrulería en el terreno de la anécdota festiva o picaresca, sellaba los labios apenas el azar arrojara al tapete cualquier materia concerniente a la cosa pública. Ellos ocultaban una especie de célula fotoeléctrica que, apagada en tanto se soslayara la política gubernamental, les autorizaba a mostrarse locuaces, impertinentes y hasta obscenos, pero que prendía y tornábales en paradigmas de discreción no bien el peligroso asunto insinuaba su arribo. Tacto curiosamente selectivo, él, nunca ajeno a la ramplonería, funcionaba, sin embargo, en el momento mismo en el cual dicha problemática amenazara irrumpir en el informal círculo, y derivaba entonces hacia una cauta y graduada reticencia que sugería enlazarse a los más severos códigos de urbanidad. No cabía afirmar, por ende, que aquel grupo hubiese erradicado de sus borracheras y jolgorios el espíritu de los preceptistas a quienes, desde los albores de la civilización, competiera introducir algún señorío en los nexos humanos.

Por excesivas que hallase un testigo fortuito las celebraciones de esos vividores, y a despecho del genérico mal gusto al cual obedecían allí humoradas, chanzas y cuchufletas, cometería una injusticia en caso de considerar a tal atmósfera como enteramente reñida con las normas caballerescas. Lejos de haber caducado, estos principios aferrá-

banse a un tenaz estadio larval, del que emergían, cobrando vigencia abrumadora cada vez que el cumplimiento de ellos condicionara, a ojos de los presentes, su propia salvaguardia. Aunque a menudo indicase lo contrario, la buena crianza regía a ese ambiente, donde, en cuanto asomaran facetas conflictivas del devenir nacional, no podría tardar en encontrar, incluso durante una gritería de ebrios, acertadísimos cauces de sutileza y moderación. A través de sabios laconismos y reservas, los cánones de hidalguía recuperaban ahora el dominio sobre aquellos desenfadados ritos; y su acato, correlativo a la seguridad personal de casi todos los partícipes, bastaba para que tanto alborozo se convirtiera, con la rapidez del rayo, en un avizorador homenaje a los dioses de la prudencia.

Los queridos extintos, incorporados hoy a las páginas tabúes de la historia indígena, no evitaron volverse, pues, otro de los factores capaces de interferir esas reuniones y de acabar, en un santiamén, con su dionisíaca euforia. De la noche a la mañana, los muertos integraron, al par de toda una heterogénea secuela de acaecimientos, esa peculiar fuerza que tan frecuentemente obligaba al liviano hato a despabilarse y acreditar, muy en contra de sus deseos, cierta mínima sensatez. Junto a un sinfín de variadas circunstancias, ellos pasaron a entroncar con la ansiedad que periódicamente cundía en aquel epicúreo mundillo, supeditando su común afición al refocilo y el alcohol a la mucho más primaria meta de no sucumbir. Los muertos engrosaban hoy ese vago espantajo que, pronto a constituirse con cualquier hecho ocurrido en el país, aleteaba siempre en

torno al sibarítico clan y, de tiempo en tiempo, deslizaba en sus diversiones el mordiente y elemental temor a las iras del déspota. Todos esos gozadores habían llegado a contraer con los osmanianos fallecidos un vínculo que, sólo simbólico ayer, era ogaño tan palpable e inmediato como el existente entre las ostras y el nácar inserto en su pulpa. Así como los zoófitos, acordes a un básico impulso de defensa, suelen elaborar las impurezas enquistadas en ellos hasta dar origen a grandes perlas, esa frívola élite reaccionaba también a las coyunturas aptas para interrumpir su ocio situándolas en el centro de una hacendosa, creadora y atípica prevención.

Fuese cual fuere el fantasma empeñado en turbar sus placeres, ella no cesaba de rodearle de las señas de una alarma que podía poner en juego todo el fermentante vigor consustancial a los procesos hondos, y que, por contraste con su habitual laxitud, surgía ahí como manifestación paradójica y casi fabulosa. A la vista del multiforme enemigo, ella aplicábase siempre a una larga y concienzuda serie de pesajes secretos, los que, traducidos comúnmente en un tiento extremo, desmentían su cotidiana molicie y emergían con el mismo precioso carácter de cierta joya generada por los enzimos de un pozo séptico. Y los muertos, al mover a tales hedonistas a consagrarles idénticas precauciones, no dejaron de sumarse a las corrientes recias que a veces galvanizaban su relajo y les nimbaban, por lo menos fugazmente, de una tenue y redentora aureola.

Cabe preguntar a continuación cómo repercutían los

últimos sucesos en el propio Anastasio, y cuáles recursos desplegaba para espantar esa nueva sombra añadida a las muchas que ya rondaban su sueño. Alguien interiorizado en su sangriento curriculo hubiese podido asumir que legiones de espectros le sometían a perpetuo asedio, y que él resistíalos sólo gracias a una fortaleza sobrehumana o una pasmosa insensibilidad. Custodiado por un eficaz séquito de cancerberos, los revólveres, los laques y los puños demoledores no alcanzarían, sin embargo, a protegerle de sí mismo, ni conjurarían las mil formas acusatorias que, en la privacidad, convergerían hacia él desde las simas lóbregas de su subconsciencia. Pese a destinar buena parte del presupuesto nacional a gastos referentes al resguardo de su augusta persona, habría ratos solitarios en que tales providencias, inmejorables en cuanto concerniera a detectar francotiradores, no eximiríanle de quedar entregado, inerme, a sus hórridas remembranzas. La hora crítica sería, sin duda, la del adormecimiento, en que, sustraído a la acucia de sus esbirros tanto como a la propia voluntad de repeler esos acosos, él asemejaríase a un rinoceronte al cual una metamorfosis misteriosa redujera a momentánea desnudez. Además de procurarle descanso, dichos lapsos tendrían la peculiaridad de suavizar su piel, trocándolo en una especie de comestible blando contra el que sus víctimas, rechazadas durante la vigilia, podrían abalanzarse como un vocinglero aquelarre e hincarle a mansalva los ávidos dientes. Medicinales y reparadoras, sus somnolencias le convertirían, empero, en carne desvalida frente a todos los adversarios que creyera haber eliminado y que esperarían siempre

esa ocasión para resurgir de la negrura y tomar, asaz confortablemente, un desquite atroz.

No escasos compatriotas de quienes dieran cuenta sus acólitos habrían de aprovechar aquellos soporíferos interludios, al correr de los que, investidos de un poderío incongruente con su fácil liquidación previa, raramente dejarían de embestirle en tenebroso y vindicativo tropel. Engañosa resultaría, en consecuencia, la rapidez con que los osmanianos caían abatidos por el arbitrio presidencial, pues tamaño desamparo no anticiparía sino su regreso en la oscuridad, vueltos criaturas pesadillescas cuyo único afán se limitaría a atormentarle. Por sencillo que se le antojase enviar a sus conciudadanos al cautiverio, el ostracismo o la eternidad, tratándolos como a comparsas de una danza de la cual sólo él marcara el ritmo, nunca los afectados tardarían en reaparecer a modo de brujos y demonios, prestos para cebarse en sus vísceras en periódicos festines secretos.

El mandamás quien disponía de su país como de una mesa donde le sirvieran la cena, no se libraría de ser, a su vez, el plato fuerte de otro banquete, posibilitado de empezar en todos los sillones o canapés en que transcurriese su siesta. Aun cuando hiciese temblar a la nación entera, día a día su prepotencia tendría como contrapartida esa arrebatiña fantasmagórica, que, tras erigirlo en presa de innúmeros colmillos y obligarle a lanzar mujeriles estertores, lo restituiría a sus guardianes, pálido, con la boca amarga e íntimamente devastado. Señor de Osmania, tan expectable posición no le salvaría de devenir el alimento

de una comilona infernal durante la que sería mordido, desgarrado y babeado, y en la cual el alivio del despertar jamás preservaríale de exhibir luego ojos erráticos y cavernosos. Pero lo precedente bien podría restringirse a simples conjeturas, valederas sólo para los individuos que, no impermeables al arrepentimiento, tendiesen a atisbar en el brutal estadista una vulnerabilidad análoga. Porque en caso de observar al prócer un espectador no convencido de la indefectibilidad de los sentimientos de compunción, la conducta de aquél difícilmente le hubiese suministrado evidencias capaces de desvanecer su escepticismo.

A lo largo de su desempeño oficial, Anastasio parecía complacerse en defraudar con una fisonomía siempre impertérrita a todos los que deseaban dramatizar su vida, apegado a un juego no disímil al de esos monumentos cuyo papel radica en reprimir, a través de la inercia del bronce o la piedra, cualquier ansia de vincularlos a las emociones humanas. Llano a ofrecer en los actos protocolares un rostro abotagado por la gula o enrojecido por el tórrido sol indígena, poco había allende estas manifestaciones digestivas y circulatorias que pudiera interpretarse como la auténtica agonía de un alma. Centro de evocaciones lúgubres a las cuales ningún hombre normal escaparíase de rendir un torturado tributo, su traza excluía, sin embargo, las huellas de tamaño vasallaje, supliéndolas por algo que de no consistir en yertez pura, fuese quizás un prodigio de sempiterna inescrutabilidad. Y quien, acicateado por las leyendas existentes en torno a él, buscara confirmarlas en su

persona misma, nunca lograría evadir, pues, la idea de hojear un libro que imaginara sobrecogedor y que únicamente le brindase, cuando no páginas vacías, historias baladíes o chascarros cuarteleros.

De tiempo en tiempo aparecían, empero, circunstancias especiales que, si no se les enfocaba a la luz del histrionismo y la insinceridad hermanados a menudo con repúblicos célebres, podían otorgar a Anastasio ese grandor de tragedia clásica ausente del resto de su conspicuo quehacer. Dichas circunstancias eran las honras fúnebres, en las cuales Anastasio, al homenajear a colaboradores fenecidos cuyo viaje hacia el más allá fuera no infrecuentemente su directa obra, veíase como abrumado por la majestad de la muerte y el hueco que dejaran los extintos en su aparatosa escolta. A similitud de un divo que acostumbrara no emitir sino cortos gruñidos y reservara su laringe mágica para eventos calificadísimos, el impasible mandatario sugería que sólo esas específicas coyunturas prestaban a las turbulencias de su espíritu un cauce adecuado. No obstante su impavidez paquidérmica, él mostrábase entonces como el blanco potencial de múltiples golpes, los que, además de antagonistas vivos o muertos, aun podrían derivar de las dolidas fibras de su propio corazón. Era como si los sufrimientos y zozobras apareados a su régimen, y a los cuales él se empecinaba en desconocer, adquiriesen allí la facultad de agredirle bajo infinitas formas, entre las que ni siquiera cabría descartar los zarpazos provenientes del legamoso fondo de sus órganos de viejo beodo.

Prevalecía en el país un elemento de desolación al que

Anastasio siempre procuraba cegarse, pero que el influjo de la Parca concentraría ahora a su alrededor como una carga eléctrica no impedida de fulminar jo. Y del mismo modo como en una atmósfera tempestuosa son incontables las asociaciones de partículas aptas para desatar el rayo, no había tope a los impactos por los que, al calor de tales solemnidades, él se desplomara acaso frente a su azorada comitiva.

Mas ese cerco sordo comprendía hoy una nueva fuerza identificada con las propias necrópolis adonde él efectuaba regulares peregrinaciones, deseoso de testimoniarles una reverencia que no era sino el anuncio sardónico de su inminente profanación. Pues cuando el dignatario concurría ogaño a un camposanto y meditaba junto a una u otra tumba, su apesadumbrada imagen nunca obstaculizaba ahí faenas extractivas que, de no estar ya en pleno auge, poco demorarían en iniciarse amplia y entusiastamente. Desde no hacía mucho, cada visita suya a la última morada de sus súbditos solía interrumpir en el entero lugar un ajetreo febril de barrenos, grúas y palas mecánicas, pronto a recomenzar apenas la ceremonia concluyese y el gubernativo cortejo se perdiera en lontananza. En pujante desarrollo a todo lo largo de Osmania, la explotación de los cementerios sincronizábase, de manera ineluctable, con las romerías a ellos que el mandatario encabezaba de tanto en tanto y que, a raíz de la naturaleza institucional de esos trabajos, únicamente repercutían en su marcha como veloces y condicionadas pausas.

No bien avisaban el arribo de Anastasio y sus edecanes,

las tareas emprendidas dentro de esos otrora sacros recintos se detenían, admitiendo un paréntesis afincado menos en el respeto forzoso, que en cierta voluntaria, accidental y asaz revocable civilidad. Altos esporádicos en aquel tráfago, su explicación distaba de empalmar con algún vago reconcomio de culpa —completamente extemporáneo, por lo demás, en el marco de la actualidad nacional—, y residía, antes bien, en la misma deferencia que Anastasio encontraría en caso de asistir a un desafío futbolístico o a la apertura de un supermercado. Y en vista de la índole optativa de dichas suspensiones, resultó fatal, por ende, que al proliferar esa industria y desinhibirse gradualmente los aborígenes en todo cuanto la atañiese, ni siquiera la cercanía del jefe de estado bastara ya para sofrenar tan inverecundo trajín. Las apariciones de Anastasio en estos ambientes obedecieron, paso a paso, a leyes no disímiles de las que regirían el contacto reiterado de grandes próceres con el vértigo de una fábrica, donde sus siluetas, cada vez más familiares, terminarían por dejar de ser el diversivo capaz de arrancar a los operarios de la rutina laboral.

Poseedores del don de alterar el rendimiento de la planta, esos ilustres afuereños no impedirían, sin embargo, que ulteriormente el personal les aplicara una neutra y despreocupada política de coexistencia, cuyo contexto permitiría ignorarlos, derramar sobre ellos toda suerte de residuos y aun propinarles empellones fortuitos en medio del hacendoso vaivén cotidiano. Y a la postre, aquellos prohombres cumplirían un rol semejante al de efigies devotas

junto a las que el creyente atiende a su menester habitual y que, reducidas a la categoría de simples objetos, se revalorizan sólo en las ocasiones en las cuales alguna instancia extraordinaria obligue a conferirles prioridad. Anastasio, por su parte, no atinó a conjurar una metamorfosis afín, y de cierta inconfesa traba para las prospecciones acometidas en cada cementerio, su estampa se convirtió en el artículo suntuario, exótico y ornamental que de cuando en cuando presidíalas innecesariamente. De una rémora a la extensión de esa auspiciosa actividad, él se trocó en el casi inadvertido ídolo con cuyo culto aquélla coincidía a menudo en las mismas áreas, sujetándolo a interferencias que, no manifestadas en general sino por roces leves, también podían revestir, empero, los más agresivos y envolventes caracteres.

No era ya excepcional que Anastasio, al contemplar lápidas musgosas o hilvanar filosóficos pensamientos acerca de la fugacidad de lo terreno, sintiera temblar el suelo bajo sus pies, recibiera en plena faz un salpicón de greda o sufriera otras peripecias ante las cuales, de faltarle la certeza de pisar una bullente factoría, sin duda habría asumido hallarse en el epicentro de un insólito sismo. Pero tales amagos parecían minúsculos al lado de cierta contingencia que propendía a repetirse desde fecha reciente y que se patentizaba como un súbito afloramiento, en el sitio mismo donde Anastasio concatenaba sus ideas, de toda una maquinaria orientada a masivas exhumaciones. Mientras él rumiaba conceptos funerarios, las sepulturas que los inspiraran se veían expuestas a una siempre más común

desintegración, saltando en pedazos frente al ínclito tribuno y arrojando de su sombra no espectros ni vampiros, sino voluminosos ingenios recolectores de carroña. De diseños múltiples, ello no quitaba que ostentasen, en forma invariable, recios brazos y un vientre colosal, apropiados respectivamente para coger la mayor cantidad posible de detrito y almacenarlo luego en capas gruesas y homogéneas. A manera de réplicas de las cavilaciones a las cuales invitaba ahí la ubicuidad de la muerte, tamaños armatostes no cesaban de emerger de las tinieblas, elocuente prueba de que, amén del agusanamiento en un féretro, la finitud de todo hombre podía consistir, asimismo, en ser removido de aquél en rápidas y metódicas carretadas. Frutos del avance tecnológico, esos mecanismos recordaban, no obstante, las nuevas especies animales afectas a surgir en predios en los que abunda la caza y donde los carnívoros instalados de antiguo se toman insuficientes para agotarla.

De igual modo como los principios evolutivos semejan esmerarse en plasmar, con arreglo a estas miras, bestias que por su ferocidad o su fuerza desplacen a todos sus competidores, las ratas, los canes y otros beneficiarios clásicos del alimento ofrecido en los pudrideros vernaculares registraban, en presencia de esa inédita ralea de tragones, un eclipse asaz análogo. Estructuras que, a despecho de su básica artificialidad, insinuábanse como una fantástica y glotona fauna, eran el radical sucedáneo de los predatores conocidos de las necrópolis, el apetito de los cuales palidecía junto a sus gigantescas panzas atiborradas sin cesar de restos pestíferos. Nimios resultaban hoy los estragos

propios de los merodeadores tradicionales de esos recintos en comparación con los debidos a aquella raza voraz, accionada por un hambre que se dirigía únicamente a osmanianos difuntos y dueña de barrigas cuyo atochamiento perpetuo no dejaba dudar de su inextinguible gula. Y quien espiara sus codiciosas correrías, nunca carentes de un botín espléndido, extrañaríase, pues, de no oír, a guisa de secuela de ellas, los gruñidos o regüeldos aunados comúnmente al yantar de las alimañas, y percibir, en lugar de eso, sólo el reglamentario y casi sedativo rumor de una normalísima jornada obrera.

En lugar del resoplido salivoso en medio del cual los brutos acostumbran engullir su pitanza, se hermanaba a tal manducación nada más que la regular y aséptica cadencia de lubricados motores, concomitante a ratos con rostros joviales entrevistos tras una ventanilla, breves ademanes salutatorios o pullas espaciadas de no excesiva agudeza. Lejos de enmarcar aquel cenadero los eructos y ávidos jadeos de tigres, lobos o hienas, no reinaba allí sino la organizada agitación de una vasta usina, lista para proyectar sobre el observador, como sorprendente sustituto de colmillos y garras, capataces con la mano extendida en llano y oficioso gesto. Siendo ese ámbito un cubil de fieras en pleno devoro, cierta increíble permuta había convertido el son de tantas quijadas en un ortodoxo estrépito artesanal, subordinado a las cláusulas de previsores contratos, a las demandas de pugnaces gremios y a la miríada de inducciones determinantes del progreso de las colectividades modernas. Y de vigilar a Anastasio potestades ocul-

tas no reacias a dispararle sus aniquiladoras saetas, quizás uno de los móviles de tal decisión fuera el parentesco que toda esta holladura guardaba con una rentable iniciativa, lícita, social y en extremo bien planificada.

Los que desde el exterior cuestionaran la adaptabilidad del osmaniano prototípico a las condiciones creadas por la peculiar industria autóctona, hubiesen incurrido, sin quererlo, en la total subestima de sus dotes intrínsecas. Inmersos durante largas décadas en una cotidianidad hecha de sindicatos, clubes deportivos y centros vecinales, los indígenas habían desarrollado hacia aquélla una afición que, a lo largo de su historia, resistiera el embate de no escasas catástrofes. Guerras, huracanes, hambrunas, epidemias y terremotos habían intentado, de cuando en cuando, socavar las bases en que asentábase esa grey, y pese a no dejar de cobrarle periódicas cuotas de terror o angustia, nunca desdibujaron su pauta común de tranquilo mecanicismo. Retratándose los osmanianos en espectáculos populacheros, tertulias insulsas y ritos baladíes, su apego a estas zarandajas, por maquinal que fuese, implicaba un solidísimo estilo de vivir, al cual, luego de diversas convulsiones supuestamente capaces de aventarlo, regresaban siempre con silenciosa e inabdicable tenacidad. Las múltiples fórmulas hueras en torno a las que ellos giraban y cuyo valor conjunto parecía susceptible de caducar a la primera embestida, revelábanse aptas, empero, para enfrentar las peores hecatombes y seguidamente reemerger, incólumes, en toda su originaria futileza.

Quienquiera que, dedicado a auscultar el devenir de un barrio vernáculo, divisara aquí unos ebrios alborotadores, allá unas mujeronas lenguaraces y acullá un mercachifle de baratijas, erraría, por ende, en caso de menospreciar tal cuadro a raíz del sello de banalidad consustancial a la mayoría de sus elementos. Esas menudas sombras que los obuses despedazaban, las plagas cubrían de pústulas y los volcanes sepultaban bajo la lava, eran el cauce donde el país íntegro se empecinaba en fluir, y, pasadas las grandes catarsis, volvían ahí como moscas a un retrete cuyas paredes sufriesen no insólitos sacudones. Hojarasca a la cual podía dispersar uno u otro vuelco de la fortuna, mostrábase, no obstante, más fuerte que todas las tormentas, y cuando, amainadas éstas, su precario rumor señoreaba de nuevo las calles, siempre acreditaba ser, al cabo, lo único perduradero. Y no exentos de onerosos pagos a los espíritus propiciadores de conflictos bélicos y crisis telúricas, a la postre los osmanianos habían de admitir, sin embargo, que sólo eran tributarios perpetuos de aquella inescapable vacuidad.

Presa de vorágines periódicas, cada nativo al restablecerse la calma, no cesaba de constatar cómo, amén de las furias, reclamaban asimismo su carne y su sangre las innúmeras fruslerías habituales apiladas a la vera de su camino. Menos estentóreas que los demonios vomitados contra él por la naturaleza o sus semejantes, pero de pertinacia mucho mayor, formas familiares, profusas y anodinas, lo requerían también como su nutrimento esencial, y, ya atrás la tempestad, nunca evitaba tornar a dárseles en una deste-

ñida y diaria entrega. A despecho de cuán inaudito resultara, bastante distaba, pues, el último ademán gubernamental de poder debilitar el ascendiente que todas esas figuras mínimas ejercían sobre el aborigen medio; hundido en pequeñas prácticas triviales, cuyo cúmulo presumía fácil de eludir y que bañábale, pese a ello, como una atmósfera a la cual debiese inervar con cientos de sutiles ectoplasmas, la repulsa y el espanto concitados en él por el reciente atropello no alcanzaron a marginarlo radicalmente de esa servidumbre insípida. Coincidiendo tamaño desborde con ese culto específico del horror según el que todo individuo ha de ser acometido, de tanto en tanto, por intensas náuseas, sus características no le permitieron imponerse más allá del efecto de aquéllas, ni disminuir la inveterada adhesión de la ciudadanía a cosas viejas e ínfimas. Y tras el asco y los escalofríos de rigor, los osmanianos quedaron libres, de consiguiente, para reanudar el contacto con sus desvaídas instancias ambientales, hoguera anestésica respecto de la que nada les salvaría de constituir la copiosa y amorfa leña. Si alguien pudiese amar a los bebedores camorristas, a las comadres maledicentes y a los buhoneros charlatanes, vano habría sido, en verdad, su temor de que aquel u otro abuso oficial llegara a borrarlos del panorama patrio.

Por más que Anastasio se afanara en añadir odiosidades inéditas a su luctuoso currículo, tan rutinarias imágenes, indisociables del acaecer lugareño, estaban hechas como a prueba de su vesania, y ningún golpe futuro asestado a sus súbditos sería óbice para el temprano o tardío reencuentro

de ellos con esa intrascendente plétora. Viñetas grises habideras en cada arrabal, se diría que eran allí como las funciones eliminatorias o reproductoras en los cuerpos vivos, y que buscar suprimirlas no difería de pretender que los pobladores renunciasen a saturar el asfalto con sus orines y su prole abundantísima. La inventiva de Anastasio para impactar al país nunca demoraría en verse sobrepasada por la propensión de sus coterráneos a engrosar el viscoso piélago de las minucias locales y, no importara qué ocurriese, continuar desafiando su prepotencia a través de aquel automático y secular suministro.

Críspulo exhibía ese embarazo propio de todos los cerebros privilegiados en posesión de puestos claves cuando, día a día, les toca justificar las insensateces del régimen bajo cuyo alero eligieran cobijarse. Al filo de la nueva fechoría presidencial, volvía a objetivarse en él el antiguo problema de las tiranías que cuentan con asesores brillantes y que, por no atinar a sortear periódicos excesos, a menudo erigen a aquéllos en sus sinuosos y atormentados apologistas. Como otras lumbreras incluidas en distintas épocas en el gabinete de Anastasio, Críspulo debía someterse a cierta gimnasia que, muy similar al contorsionismo, le obligaba a aplicar sus dotes no sólo al adelanto de la nación, sino también al blanqueo de las trastadas de su aborrecible jefe. Participando de las tareas gubernativas únicamente en atención a su mérito, él, a semejanza de quienes le habían precedido, no evitó, empero, que esa aptitud para servir al interés común le encasillara, con respecto a

Anastasio, en papeles de involuntario abogado defensor. Tener talento en Osmania y ser invitado por ello a desempeñar altos cargos públicos, significaba devenir, al mismo tiempo, el cómplice habitual de innúmeras tropelías, según irregularidad análoga a la que constriñe a polizontes a ejercer la obstetricia o a prostitutas a edificarse una plataforma de sofisticadas bailarinas.

Aceptar responsabilidades a la vera del primer mandatario equivalía, desde un comienzo, a asumir una penosa postura dual, por la que los halagos apareados a la conducción del país se contrabalanceaban, de modo insoslayable, con los roles de confidente, alcahuete y encubridor. Cuando algún académico, gracias a su verba fluida, su instinto organizativo o su pulcra caligrafía, lograba ingresar a las esferas de gobierno, hubiese cometido un error en caso de creer que dichas virtudes sólo coadyuvarían al engrandecimiento del patrimonio nacional. Sin perjuicio de conjugarse con tan laudable meta, aquella destreza requería rodear a Anastasio de un compacto sistema de absoluciones y dispensas, demostrando ininterrumpidamente al mundo que el ilustre prócer no era un malhechor y adecuándolo así a cierto ámbito donde sus desmanes pasados, presentes y futuros quedasen todos en una irrestricta impunidad.

Forzado a fraguar, en razón de este imperativo, una compleja dialéctica de la connivencia, Críspulo hubo de admitir, con creciente zozobra, que, pese a la agilidad adquirida por él en esa turbia disciplina, el último entuerto de Anastasio colocábale hoy en un apuro mayúsculo. De igual manera como el rigor del cuadrilátero imparte al pú-

gil una genuina ciencia tendiente a atajar los golpes, el ejercicio de su consejería facultó a Críspulo para rebatir, al centelleo de hábiles argucias, casi todas las imputaciones por las que cuestionaban a su polémico amo. Estudioso del trayecto de Anastasio y capaz, por ende, de prever la mayoría de las acusaciones lanzadas contra aquél, el apremio de refutarlas le había hecho reunir un verdadero arsenal de réplicas inteligentes, en el uso de las cuales desplegaba tanta sagacidad como esos boxeadores que, frente a un antagonista dado, nunca fallan en desbaratar su peculiar táctica. Con arreglo al delito específico que achacaran al presidente, él sabía mostrarlo a la opinión pública a través de una infinitud de semblanzas, teñidas en cada caso del color más apropiado para acallar a uno u otro de sus numerosos críticos.

De tratarse, por ejemplo, de osmanianos que vituperaran al dignatario desde el cautiverio o el extrañamiento, Críspulo lucía especial esmero en desdibujar la imagen de arbitrariedad hermanada corrientemente a la imposición de tales penas. Centro de un laborioso realce, el autor de tantas iniquidades se trocaba entonces en un estadista concienzudo y alerto, quien, circundado de enemigos, había de sacrificar en aras de la salvaguardia nacional a no pocos compatriotas acreedores de su legítimo aprecio. La actitud de Anastasio, lejos de ligarse sólo con la clásica soberbia de los déspotas, recordaría, antes bien, a maestros que, partidarios de emplear la palmeta en pro de un perfecto orden pedagógico, no por ello excluyen la posibilidad de esconder un corazón bondadoso. Pintado por muchos como un

tirano inmisericorde, él se asemejaría a tan negra efigie únicamente en la medida en la cual la seguridad del país lo exigiese, y nadie podría sostener que, al momento de administrar a algún compatriota un correctivo severo, éste no coincidiera en su interior con una inconfesa y honda congoja.

Según Críspulo, aquellos castigos, en vez de trasuntar sencillamente la arrogancia de un sátrapa, denotarían marcada identidad con las profilaxias enérgicas que se practican, de tiempo en tiempo, en organismos no herméticos a las infecciones. Aun cuando esas represalias sugiriesen no estar vinculadas sino a la mecánica inmemorial de toda autocracia, se emparentarían mucho más con los principios orientadores de diversas curas drásticas, en las que el padecimiento infligido al enfermo por el médico deriva siempre de su certeza de adherir así a una terapéutica feliz. La inexorabilidad de Anastasio sería como las molestias que suelen ocasionar a los pacientes prescripciones encaminadas, en lo básico, a apuntalar su salud; paralelismo a la luz del cual los hoteles ultramarinos llenos de osmanianos rencorosos no cesarían de evocar las fiebres, jaquecas y vómitos consustanciales a una dura pero eficaz receta facultativa.

En cuanto a los despojos por los que Anastasio gustaba de empobrecer a sus coterráneos, Críspulo tampoco se quedaba corto a la hora de los descargos y bombardeaba a la ciudadanía con ficciones ideadas para encuadrar la rapacidad presidencial en una política de decomisos necesarios e inaplazables. En el dilema de tejer alrededor de

Anastasio una exuberante maraña mítica o regresar a la oscuridad, Críspulo nunca vacilaba al aceptar ser un bien estipendiado artífice de leyendas y fundamentar todo pillaje del amo en la mera urgencia de proteger su preciosa vida. Nubes de guardaespaldas no impedirían que Anastasio se perfilase como víctima potencial de activas células terroristas, y que debiese reducir, pues, tal riesgo por medio de fortines levantados en predios cuya requisición jamás fuera enteramente plácida.

Si a lo ancho y largo de Osmania surgían, en parcelas arrebatadas a sus dueños, bastiones donde el egregio repúblico se albergaba en una u otra época, sólo un badulaque confundiría este acicate sagrado de velar por la propia existencia con móviles asaz próximos a la pura codicia. Entre adversarios deseosos de ultimarle, Anastasio precisaría suplir su innata vulnerabilidad rodéandose de estructuras que, en lugar de su grasienta carne, no ofrecieran a las balas de eventuales agresores sino la yertez recia de la piedra o el acero. Incapaz de complementar su férreo estilo de gobierno con una traza ceñida a aquél, e instalado, por el contrario, en un cuerpo fofo y resollante, Anastasio, como cierta especie nueva de cangrejo, no podría casi dejar de exudar en derredor de su manteca todo ese hormigón elaboradísimo. A pesar de su absoluto dominio sobre Osmania, él estaba hecho de sebos rosados y amarillos que no resistirían los disparos mejor que un pote de crema rancia, y siempre procuraría, de consiguiente, alojar tanta blandicia en baluartes cuya torre coronasen obuses y metralletas.

Se equivocarían profundamente quienes, a raíz de la

confiscación de alguna casona reservada a los deudos o a las mantenidas de Su Execelencia, no vieran en tal acto más que otra página de un moroso relato centrado en el nepotismo y la lujuria. Cuanta enajenación se le enrostrara al estadista obedecería al fin exclusivo de preservar su ventruda humanidad de los agentes empeñados en cribarla y, al margen de conjuras o cábalas, continuar proveyendo de dicha a sus reconocidos connacionales. El insigne prócer requería cercarse noche y día de grandes espacios amurallados, ya que, como contrapunto de la intimidad disfrutada ahí junto a un pariente o una garbosa mujer, solamente aquéllos le inspirarían ideas lúcidas para acrecentar la bonanza patria. Vueltas inexpugnables ciudadelas, a través de Osmania íntegra se amontonaban heredades donde Anastasio residiría simplemente por no saber prescindir de su amparo cuando discurría fórmulas aptas al buen desarrollo del país. El no adquiriría la agudeza esencial a sus funciones sino en recintos que alternaran fusiles y bandoleras con las carotas toscas de muchos custodios, y cuya sombra, además de garantizarle la supervivencia, creativamente le fuese tan valiosa como a un poeta el beso de las musas.

Pero los trabajos apologéticos de Críspulo distaban de concluir aquí, pues también habían de extenderse al parasitario cardumen gobiernista; conglomerado con el cual, a despecho de sus pergaminos, él no evitaba una embarazosa identificación. Aparte del propio Anastasio, los osmanianos no librábanse de sufrir a diario un prepotente enjambre de secundones y esbirros, quienes, dado su número abruma-

dor, a menudo resultábanles aún más ominosos que su inefable jefe. Tal como, en otros planos, un hombre genial suele comportar avalanchas de figuras accesorias dedicadas a ampliar, perfeccionar o comercializar sus logros, el surgimiento en Osmania de un gobernante capaz de retener el poder había sido indisociable de una medra no menor de edecanes y acólitos. Padre de una nutrida prole, Anastasio no restringía, sin embargo, su fecundidad al ámbito familiar, y, a la inversa, saturaba el país de adláteres que, vinculados a él por la sangre, el compadrazgo o la mera conveniencia, aullaban y espumarajeaban en torno a los nativos como jaurías de voracísimos mastines. Y Críspulo, al que la frecuencia y el volumen de sus desmanes no le permitían legitimarlos desde ningún punto de vista, sólo podía esforzarse, por ende, en salvar a Anastasio de llegar a compartir la impopularidad de esos descontrolados zánganos.

Conforme a este designio, Críspulo recurría a una asaz peculiar patraña, la cual buscaba desligar al mandatario de tan bastarda ralea y mostrar toda bribonada que cometiera aquélla como afecta a inminentes sanciones. A pesar de cuán odiosas pudiesen ser sus perrerías, éstas hallaríanse sujetas a un pago que, en el contexto de las no excepcionales purgas desencadenadas entre tal tropel, nada tendría de sorpresivo, fortuito o insólito. Muy por encima de esa progenie ávida y jamás confundido con su vocinglero frenesí, Anastasio la consideraría como a una suerte de vegetación cuya indispensabilidad no llegase a eximirla de enérgicas y reiteradas podas. Obligado a valerse de esta manada innoble, Anastasio nunca sería, empero, esclavo

de sus apetitos, y la coexistencia con ella no le inhibiría de mirarla como a cierta especie botánica que, propensa a la frondosidad, de tiempo en tiempo reclamárale drásticos tijeretazos. En medio de la voraz banda, el no diferiría de un jardinero que, al cultivar plantas útiles, constatara su acentuada inclinación a trocarse en maleza y periódicamente hubiera de someterlas, pues, a masivos y trabajosos recortes. No habría motivo ulterior para las violentas reestructuraciones que acostumbraban sacudir las altas esferas y que, ceñidas sólo al anhelo de alcanzar ahí mayor probidad, poco cuadrarían con los comentarios tendientes a interpretarlas como meras rencillas mezquinas entre el mandamás y sus subordinados. Separaría al dignatario de sus coadjutores un abismo insuperable, hecho, por un lado, del deseo del primero de labrarle al país un destino esplendoroso y, por el otro, del escaso celo de los segundos en cumplir con tal propósito.

Y peligrando virtualmente en Osmania la carrera de todos los funcionarios gubernativos, ello, lejos de deberse a la simple eventualidad de que sus fisonomías empezasen a enfadar a Anastasio, no respondería sino a la tenaz y siempre frustrada ansia de aquél de imprimir máxima eficacia a los engranajes de la nación. La ciudadanía se aproximaría mucho más a la verdad en caso de cesar de otorgar crédito a los murmuradores y aceptar el régimen autóctono como un esquema que, emanado de un demiurgo clarividente, no escapara de ser puesto en práctica por frívolos y chapuceros semidioses. Una fatal antinomia tallaría entre el ánimo constructivo del jefe de estado y sus

falanges de imperfectos vicarios; hornada que, aun cuando trasuntase al comienzo algo de la excelsitud del amo, pronto experimentaría el vértigo al cual, en las grandes cimas, sucumben todos los espíritus vanos y débiles. Aquellos subalternos permanecerían unidos a Anastasio por el mismo conflictivo nexo que ensambla cuerpos y almas; y, en consecuencia, ningún designio presidencial cuya ejecución confiaran a tan feble piño sustraeríase de rendir a la corruptibilidad intrínseca de la materia su viejísimo e insoslayable tributo.

Relativamente afortunada en cuanto tocara a los problemas antedichos, la abogacía de Críspulo corría, empero, el riesgo de malgastarse frente al agravio que Anastasio infligía hoy a sus sufridos coterráneos. Dotado de una destreza polémica que tornábale en un saltimbanqui fabuloso y le permitía realizar acrobacias inverosímiles sin caer nunca al vacío, Críspulo hallaba difícil, no obstante, conservar el equilibrio al impacto de la tropelía última de su omnipotente patrono. Vuelto por el hábito un volatinero de las ideas, capaz de desafiar los principios lógicos con la misma donosura con que un trapecista se desentendería de la gravedad, la reciente barrabasada de Anastasio sobrepasaba, sin embargo, su funambulesco talento, exponiéndole a desplomes estrepitosos en la estimativa de todo el país. De igual modo como un analgésico, por fuerte que sea, deviene inapto para mitigar un padecimiento cuando el mismo rebasa ciertos límites, las bizantinas razones con las cuales Críspulo santificaba a su señor veíanse aquejadas de súbita obsolescencia a raíz de la desmesura inaudita

del nuevo entuerto de aquél. Premunido de un bagaje de sofismas y artilugios cuya aplicación dejárale siempre en buen pie, Críspulo, al intentar justificar ahora esa ofensa incalificable, se encontraba en trance no disímil al de un cazador quien, luego de dar cuenta de innúmeras bestias, encarase una variedad extraña de cuadrúpedos a la que sus balas fallasen en herir.

Mas el escollo no consistía, en estrictez, únicamente en la enormidad de tal ultraje, al que los indígenas hubieran podido allanarse como a tantos otros golpes descargados ayer contra su dura epidermis. Lo espinudo de la actual situación no residía en sus visos crueles, irreverentes o perversos, ya que, de singularizarla sólo eso, poquísimo hubiesen tardado los curtidos osmanianos en amoldarse a ella. En caso de encajar tamaña monstruosidad dentro de los desbordes usuales del déspota, todo hubiese seguido en Osmania el curso ordinario, y la población, tras los respingos de rigor, no hubiera estimado dicho suceso sino como una etapa más de su largo aclimatamiento al matonaje oficialista.

Conscientes de vivir a la vera de Anastasio como rústicos antiguos a los cuales un castellano acostumbrara arrebatar sus reses y violar sus mujeres, los nativos también habrían reaccionado a evento tan horroroso de acuerdo a esta dócil postura, y nada hubiesen hecho fuera de orar para que el zarpazo próximo resultase menos aleve. Pero el cuadro presente contenía un elemento que impedía asimilarlo a las arbitrariedades conocidas del régimen y, a despecho del inveterado fatalismo autóctono, repercutía

en los osmanianos como una urticaria de cuyo escozor no lograran abstraerse. Pues dadas las características de la flamante explotación, todo afán de ignorarla no dejaría de evocar el prurito de cegarse a una manga de langostas, y hasta impugnadores acérrimos de esa iniciativa hubieran sido apabullados, a la postre, por la persistencia y el vigor con que ella cundía en los más distintos estratos vernáculos.

Industria poderosa y expansiva, su veloz ramificación a través del país determinó que los osmanianos quedasen como insertos en el centro de una gigantesca mina, donde, a causa de la copiosidad del material aprovechable, sólo un milagro los marginaría del ajetreo de operarios entusiastas y ubicuos. Estando en pleno auge una empresa fundada en la detección y el transporte de carroña, aquella labor, al par de los cementerios, pronto abarcó asimismo todo el territorio nacional, sin eximir a ningún aborigen de verse envuelto en su ininterrumpido tráfago. Los procesos conducentes a arrancar del subsuelo patrio sus riquezas, circunscritos antaño a estrechas áreas, englobaban hoy la superficie íntegra de Osmania y la erigían en una fuente de hallazgos cuya perspectiva no libraba a nadie de llegar a interferir diarias y esperanzadas sondas.

Desechos trocados de súbito en un producto clave, los muertos, por encontrarse más dispersos que los metales o las piedras preciosas, habían constituido al país entero en campo de febriles prospecciones, y mucho costaba imaginar a alguien capaz de rehuir efectivamente el nerviosismo, los jadeos y el fragor consustanciales a aquéllas. Desde el

peculiar ángulo de tal actividad, la muerte no alcanzaba a distinguirse de otros agentes naturales, y simplemente por cerrar el ciclo vital de los hombres, ingresaba a la misma categoría en que figuraban, verbigracia, los benéficos pájaros originadores del guano. Análoga a esas aves, que al no ocuparse sino de eyectar su estiércol contribuyen a la fortuna de todos quienes lo capitalizan, la muerte, restringida sólo a la faena inmemorial de sembrar el planeta de despojos, trazaba ahora ante los osmanianos un futuro de opulenta bienaventuranza. Sin que la Parca depusiera su clásica implacabilidad, las contingencias de la época habíanla mutado en una fuerza asaz propicia a la economía humana; vuelco por el cual su perfil, como el de esos indiferentes plumíferos, tendía a exhibir siempre mayor similitud con cierta repleta cornucopia. Pero ella, en lugar de apilar sus tesoros en unos cuantos deslindados islotes, había preferido lanzarlos al voleo, metamorfoseando a toda la nación en un manantial de prodigiosos descubrimientos y no preservando a ciudadano alguno de la vorágine de continuos trajines exploratorios.

Cada osmaniano vivía últimamente como si sus pies rozaran una posible veta que, consistiese en necrópolis olvidadas, antiguas aborterías o restos de masacres ignotas, día tras día llevaba a converger en torno suyo a legiones de zapadores tenacísimos. Quisiéralo uno o no, habitar la Osmania moderna equivalía a incidir en el radio de acción de múltiples patrullas exhumadoras, que en el momento menos previsto podrían emerger por un boquete en el piso o los muros de la propia casa y, en vez de osarios espléndidos,

toparse entonces sólo con un asustado y quejoso grupo familiar. Y a ratos aun cabía creer que el conjunto de las urbes y el agro nativos se habían convertido en un cuerpo vagamente nutricio, el cual, no muy distinto del pan o el queso, jamás dispensaría a los osmanianos de contemplar cómo merodeadores de agudos dientes irrumpían en su privacidad. Anastasio había alterado, en suma, el ritmo cotidiano del país, que no concluía de retomar su cauce normal y, al filo de tan acucioso asedio, registraba desquiciamientos a cuya vera palidecían todas las extralimitaciones de autócratas típicos. Por mucho que los arrestos discrecionales, las amenazas y las torturas golpearan a la ciudadanía, su efecto siempre había sido fugaz y, comparados con esa invasión omnímoda, no correspondía mirarlos sino como a débiles burbujas en una poza de aceite.

Se diría que el grueso de los indígenas, erradicado de aledaños sujetos únicamente a esporádicas incursiones gangsteriles, fuera constreñido a morar en un cruce ferroviario, donde, además del estrépito de los convoyes, rondase también el riesgo perpetuo y obsesionante de caer bajo trituradoras ruedas. En virtud del mero arbitrio de rodearles de agujeros rumorosos, Anastasio les había arrebatado una rutina con respecto a la cual las salvajadas de sus esbirros no pasaran de ser un incoloro y desatendido componente. Y ellos, atónitos en medio del barullo, comprendían al cabo que si hasta ahora adhirieran sin sobresaltos a la corteza terrestre, esto sólo se debió a cierto pegamento sutil, y que, en su ausencia, quizás nunca atinasen a idear para el mismo un sustituto rigurosamente apropiado.

Más que de una ofensa a las creencias de sus compatriotas acerca de la moral o la justicia, las penurias de Críspulo emanaban, pues, de la dificultad de conciliar la línea gobiernista con esa obstinada distorsión introducida en el pulso del país. Contrariamente a lo acostumbrado, los desvelos del asesor no se dirigían hoy a salvar a Anastasio del desprestigio implícito en sus frecuentes transgresiones, y apuntaban, en cambio, a que los osmanianos aceptaran la incorfortable mudanza surgida de la noche a la mañana en el devenir nacional. Habituados a los excesos de su mandatario, ellos no lo estaban, empero, a eventuales irregularidades en la marcha de sus existencias; y el problema de Críspulo estribaba en hacerles olvidar, por ende, su analogía con desfilantes a los que alguien variara el compás de la música y que fracasasen en reencontrar el exacto tranco.

Siendo considerables las tribulaciones deparadas a Críspulo por su papel de panegirista del régimen, él, al correr de su diario empeño en endilgar a sus conciudadanos una realidad ominosísima, contaba, pese a todo, con un aliado eficaz. Deseoso de que los osmanianos se allanaran a la desorbitada innovación impuesta a su status, todo cuanto él lucubrara de acuerdo a tal finalidad no dejaba de recibir el respaldo de un importante colaborador. Asalariado paladín de un Olimpo inicuo, los mendaces e insidiosos términos en que vertía sus planteos no carecían, sin embargo, de la probabilidad de hallar dentro del ámbito patrio un eco decididamente favorable. Y ese espíritu amigo, pronto para deslizarse al interior del hombre de la calle e inducirle si no a acoger tantas argucias, por lo menos a asumir hacia

ellas posturas acomodadizas o resignadas, era, en síntesis, sólo la secular yertez indígena.

Mientras desde su oficina, no muy diversa de un productivo taller, él lanzaba al mundo sus falacias, cooperaba en la aceptación de esa mercancía espuria la endémica inercia osmaniana, que, aun cuando reprobara el nuevo derrotero del país, nunca se hermanaría con la enjundia y el valor suficientes para intentar rectificarlo. Si bien los indígenas, sordos a sus instancias, jamás admitirían la racionalidad del cuadro donde les insertaran, tarde o temprano habrían de adaptarse a éste, según evolución idéntica a la que permite a la hiedra proliferar en rebordes ásperos y aristosos. Críspulo, reconociendo como remotas las perspectivas de ganar algún día el consenso de esa multitud, sabía, con todo, que, a falta de su beneplácito espontáneo, estaba asaz próximo a obtener su sumisión. Estudioso de la idiosincrasia lugareña, preveía que la renuencia de las masas ante el actual programa gubernativo no excluiría su futuro acondicionamiento al mismo, y que paulatinamente ellas serían como esas aves de corral cuyo instinto les posibilita sobrellevar las acechanzas de un zorro golosísimo. Ni siquiera lejanamente dispuestos a aplaudir la reciente iniciativa oficialista, los osmanianos propenderían, sin embargo, a otorgarle igual significado que a las diversas fuerzas de la naturaleza, y a incorporarla, en consecuencia, a su cotidianidad como parte lógica e insoslayable del orden en el cual engranaban sus vidas.

Habituados ya a ver en la humareda de las usinas y en el barullo de los automóviles un fenómeno tan primigenio

como los bosques o los riachuelos, luego ellos darían, sin duda, aun otro paso en esta útil ambientación y aprenderían a clasificar de manera análoga las codiciosas búsquedas acometidas bajo el suelo en que todos se afincaban. Después de disciplinarse hasta llegar a mirar fábricas, aeroplanos y rascacielos a guisa de añadidos armónicos a la flora y fauna de su panorama familiar, ellos, avanzando todavía más en este aleccionamiento, en breve considerarían con no disímil criterio la recia maquinaria sepulcral cuyo traqueteo ascendíales incesantemente a lo largo de las piernas. No estaría muy distante el tiempo cuando esas mismas madres que ayer prohibieran a sus críos retozar en pagos visitados por las fieras, y hoy les recomendaban apartarse de las calles de denso tráfico, les instruyesen en forma afín respecto de sectores en los cuales la extracción de cadáveres fuese más intensiva y premiosa. Así como al osmaniano moderno nada costábale encasillar el fragor de los vehículos y el aullido de las sirenas en un género de manifestación coincidente con los murmullos del follaje autóctono, poco a poco se insensibilizaría también a la vista de un terruño que, semejante a una vianda, no acababa de crujir entre las mandíbulas de descocados comensales. Y por más que él abominara a esos crípticos trabajadores a causa de su avidez, su indiscreción y su desparpajo, no demoraría en supeditarlos a todos la misma arraigada e inapelable ley a la cual otrora atuviéranse el hombre primitivo y las alimañas ocultas en la vecina manigua.

Marcando la trayectoria pública de Críspulo sus esfuer-

zos por compatibilizar los desatinos gobiernistas con los dictados de la cordura, hubiese sido un milagro que esta conflictiva circunstancia dejara de reflejarse en su esfera particular. Defensor estipendiado del régimen, la farsa desempeñada en dicho carácter por él nunca finalizaba junto a sus labores protocolarias y le exigía, a la inversa, que la continuase incluso en plena intimidad. Tal comedia le atosigaba no sólo por burda y engorrosa, sino asimismo por absorbente, ya que, en vez de permitirle olvidarse de ella al término de la jornada diaria, le compelía a reanudarla en fiestas, en tertulias informales y hasta en el seno del propio hogar. De observar el gobierno de su amo una mayor parsimonia, quizás la insinceridad inescapable de todos los políticos no le hubiera cobrado un precio tan alto y hubiese restringido su imperativo de mentir a su mero horario de oficina. En caso de guiar a su superior el ejemplo de mandatarios más sobrios, sus obligatorios embustes, eufemismos e insidias probablemente se hubieran limitado a avasallarle durante actuaciones convencionales, eximiéndole allende éstas de todos los requerimientos implícitos en su turbio rol. De contar Críspulo con un señor distinto, sin duda nadie le hubiera llevado a perseverar en tamaña burla fuera del lapso que le consagraba reglamentariamente, y, transcurrido aquél, hubiese sido su facultad encontrar otras contingencias de su vivir en una disposición mucho más laxa y auténtica.

Pero el liderazgo singular de Anastasio negaba a sus colaboradores el beneficio de ese saludable respiro, y les trocaba en combatientes de una brega cuyas confron-

taciones no se interrumpían ni siquiera en la mesa o el lecho. Su asesoría presidencial le significaba a Críspulo convertirse en paladín de una liza que, extendida a todo lo largo de Osmania, demandábale romper lanzas no únicamente con enemigos acérrimos de Anastasio, sino también con viejos camaradas, su esposa e hijos, o algún indócil miembro de la servidumbre doméstica. Como gran visir del tirano, el corolario de su paga espléndida consistía en un sempiterno estado bélico con el mundo entero; en una situación explosiva por la cual aun las personas mejor vinculadas a él podrían de súbito agredirle, esclavas del mismo instinto que mueve a un animal a morder cuando lo ofuscan, violentan o acosan. Sin haber plasmado entre ellos y el régimen ninguna incompatibilidad metódica, casi todos los osmanianos eran, empero, sus potenciales antagonistas, prontos a arremeterlo por hallarse expuestos a un bandidaje del que Críspulo parecíales uno de los cabecillas máximos. Críspulo libraba una guerra que, declarada sólo a ralos grupos ubicables en la cárcel o el exilio, erigía, sin embargo, al país íntegro en su larvario impugnador y, en el momento menos previsto, quizás le forzara a responder ante aquél de los continuos desmanes del empíreo nativo.

Para que los osmanianos se malquistaran con Críspulo no precisaban asumir, en estrictez, actitudes doctrinales de rechazo a la dictadura, y lo más común era, al contrario, verles virar hacia barricadas opositoras en razón de su simple resistencia somática a vapuleos y despojos. La hostilidad al gobierno y, por tanto, a Críspulo no necesitaba asentarse en discrepancias surgidas de disímiles en-

foques de la obra de teóricos ilustres, bastándole, como fundamento específico, un cuerpo y un espíritu capaces de generar, al filo de atropellos reiterados, una lógica reacción de dolor y cólera. Día tras día, él encaraba el riesgo de que numerosos compatriotas deviniesen sus censores en virtud del mero impulso por el cual, desde tiempos remotos, todos los hombres han gruñido bajo el látigo. Al claror primario del odio que pocos individuos se sustraen de experimentar en presencia de quien los zamarrea, sus relaciones con el grueso de la ciudadanía, a despecho de cuán idílicas llegasen a ser, estaban afectas siempre a rompimientos abruptísimos. Y por casi no pasar un día sin que le imprecasen vecinos con los cuales practicara hasta entonces sólo un sonriente y sostenido canje de zalemas, sobrábanle, pues, motivos para sentirse como en un campo de batalla donde, de mutuo acuerdo, los contrincantes hubiesen derogado el son de la retreta.

Empero, mientras esas animadversiones no emergiesen o no comportaran aún simas insalvables, Críspulo, a semejanza de un médico ansioso de explicar una cura infeliz en el contexto de lúcidos tratados, aspiraba a que su desempeño nunca apareciera como reñido con las normas de la sana convivencia. Funcionario clave de un régimen coercitivo, no era uno de sus menores desvelos el probar que, a la par de las granjerías aunadas al poder, determinaba también su adhesión a aquella maquinaria nefasta el puro y plausible afán de servir a sus connacionales.

Amén de impedir que los atentados de Anastasio en contra de la población arreciaran todavía más, su lucha

diaria había de dirigirse, asimismo, a prestar a su propia imagen un decoro mínimo y a demostrar, de consiguiente, cómo su dilatada permanencia a la vera del tirano no buscaba, en rigor, sino el progreso del país. Al revés de Anastasio, no reacio a interrumpir de tiempo en tiempo su mascarada paternalista y a exhibirse en su genuina traza de señor de horca y cuchillo, él abrigaba escrúpulos que forzábanle a observar, frente a la opinión pública, cierta tensa y alerta compostura. Percibiendo pingües emolumentos, desplegaba, sin embargo, toda clase de providencias en orden a que su bienestar no exasperara a nadie y resultase apto para ser estimado como una manifestación consustancial al desarrollo patrio. Su fastuosa morada, su automóvil ultradinámico y su próspera barriga, en lugar de constituir a ojos de sus coterráneos un cuadro de aparatosa y provocadora opulencia, jamás deberían dejar de impresionarles a modo de un fenómeno indisociable del adelanto de la colectividad entera. Mientras de él dependiese, las frecuentes recepciones de gala ofrecidas en su palacio no correrían el peligro de parecerles a los osmanianos el mero reflejo de un boato enfadoso, y, a la inversa, tan bullanguero vaivén, complementario del estrépito de benéficos ingenios modernos, mantendríase ligado a éstos, en el criterio del hombre común, por un íntimo y redentor nexo. En tanto le quedara algún vigor, no permitiría que las sobras de sus comilonas, al ser arrojadas a la calle, se hacinasen junto a los transeúntes a guisa de testimonio irónico de la desvergüenza con la cual el Estado les esquilmaba, y procuraría, antes bien, validarlas como el

subproducto de faenas conducentes, sin excepción, a cimentar un futuro magnífico.

Hasta ahora no había fallado del todo en el intento de convencer a la ciudadanía de que su gestión, fuera de favorecerlo a él mismo y a su hórrido patrono, sabía conjugarse, de una u otra suerte, con principios inmarcesibles de verdad y justicia. Aun cuando su fortuna le hubiese vuelto muelle y fofo, él preocupábase siempre de recalcarle al país que tamaño florecimiento no implicaba sólo banquetes, queridas o viajes al exterior, y que, por añadidura, también lo informaban esas directrices inmemoriales cuyo acato constriñe a los hombres a ser íntegros, equitativos y fraternos. Su medra fabulosa no inhibíale de señalar que las lecciones parvularias sobre moral habían conservado en él plena vigencia luego de su abandono de la escuela, y que errarían, pues, quienes vislumbraran una antinomia básica entre la grasa de su ahíta humanidad y su ánimo para acometer empresas intrínsecamente constructivas.

En síntesis, Críspulo, en todo lo concerniente al resguardo de su prestigio, no distaba de hallarse como en un tribunal en que, asediado por fiscales reales o imaginarios, hubiera de encauzar buena parte de sus energías en rebatir los cargos de aquéllos. Y su defensa no había sido, en estrictez, completamente ineficaz, ya que hasta la víspera él contara con un aliado utilísimo en la inclinación nativa a desentenderse de todos los eventos susceptibles de engrosar la rutina dictatorial. A condición de no exceder la pauta centenaria en la cual acostumbraban inscribirse las autocracias indígenas, nunca las tropelías de su amo hubie-

ran impactado a los osmanianos tanto como para que, desde el fondo de éstos, algo reacio y contencioso interfiriese su eufónica verba.

De ceñirse aún Anastasio al molde clásico de los déspotas, el pueblo hubiese persistido en la vieja práctica de refundir cuanta tunantada cometiesen sus señores a la mortecina cotidianidad local y, por ende, poco habríale costado a Críspulo el continuar levantando, a punta de sofismas, efugios o tergiversaciones, estructuras habilidosas y fantásticas no afectas a un inmediato derribo. Pero el mantenimiento de esas circunstancias propicias siempre le había planteado, como un silente requisito, que en ningún caso se traspasara el límite donde los sutiles anestésicos disueltos en la atmósfera vernácula cesasen de operar. Y hoy, rodeado de un paisaje familiar al que excavadores frenéticos trocaban velozmente en cierta gigantesca criba, él reconocía por último la hora en la cual sus ficciones no soportarían ya el cotejo con una evidencia categórica y apabullante.

Incontrovertiblemente, los osmanianos, tras la mudanza acaecida en su entorno a raíz de la contundente decisión presidencial, quedaron situados dentro de un marco asaz desfavorable a Críspulo y a los panegíricos que él confeccionaba en honor del régimen. El mundo diario, esas profusas formas de las cuales aún ayer podía echar mano para sustentar sus razones, seguro de que le brindarían si no respaldo irrestricto, al menos una cómoda y conveniente ambigüedad, hoy sólo semejaba adherir, en cambio, a los enemigos del gobierno y buscar, junto con

ellos, su rápido descrédito. Pues si en nada le desmintiera una realidad constituida principalmente de actos matonescos o rapaces a cuya poco espectacular secuela el país se había aclimatado como a sus copiosas lluvias, distaba de ocurrir lo mismo con un suelo sujeto a barrenamientos omnímodos de los que la población no sustraíase ni siquiera en el sopor de las alcobas. No habiendo contenido el soñoliento fluir del tiempo pretérito ninguna fuerza en pugna con sus falacias, el presente estaba caracterizado, al contrario, por distorsiones que rompían el yerto ritmo anterior y prometían desplomar ese artificioso montaje de un momento a otro.

Acostumbrado a mirar a Osmania como a un escenario listo para ofrecer a su palabra vagas y oportunas confirmaciones, no cabíale ahora pensar igual cosa de una naturaleza que recordaba siempre más a un mapa lunar y cuyos hoyos, lejos de deberse a bólidos o meteoritos, eran sólo la obra de enloquecidos jornaleros. En vez de la vieja modorra aborigen, pronta a adaptarse a sus premisas como una especie de enorme plasta, Críspulo enfrentaba ogaño un ámbito que no avalaba aquéllas sino con huecos pestíferos y carretadas de tierra removida. Todo osmaniano dispuesto a comparar los planteos de Críspulo con la esfera donde encuadraba su existir, no divisaba ya, como otrora, simples objetos amorfos en los que esa parla encontrara un apto asidero, y, a la inversa, únicamente percibía, a guisa de masiva y contaminante nube cernida sobre él, la fetidez originaria de innúmeros sepulcros violados.

Los reiterados asertos por los cuales Críspulo pretendía mostrarse como el arquitecto de una Osmania mejor, y que el adormecido devenir del ayer nunca desvirtuara del todo, no hallaban hoy en los ambientes lugareños más ratificación que hedores, miasmas y continuos socavamientos. E incapaz de impedir el ser colocado por la estimativa popular en el centro de tan innoble tráfago, él no librábase ya de confesar que las metas excelsas con las que siempre identificara la política gobiernista era, en buenas cuentas, un mero espejismo demagógico. Sin declararlo él, el maloliente nimbo apareado a todos los osmanianos conllevaba su tácita admisión de que, fuese cual fuere la fisonomía impresa al país por los regímenes autóctonos, ella no apuntaría a ninguna finalidad elevada y resultaría, en esencia, el puro y atávico trasunto del arbitrio de los poderosos. Aun cuando lo presidiesen himnos periódicos a la fraternidad, la equidad y el bien colectivo, el rumbo nacional, más que de esos prístinos valores, derivaría de la antojadiza y a menudo poco feliz opción de las camarillas de turno. Y así como ayer esta volubilidad deparara a la ciudadanía un letargo secular sacudido sólo por guerras o asonadas, hoy impondríale hacendosos acarreos de cadáveres, según un juego turbio y oscilante en el que los grandes conceptos no tallarían sino a modo de chillonas bambalinas.

Al lado de Críspulo, vencido en el intento de acreditar al país la fundamental viabilidad de sus actuaciones, Pancracio parecía lucir una postura mucho más sólida y confortable. Se diría que mientras el primero caía derro-

tado por el agudizamiento de una tiranía a la cual hasta entonces legitimara su dialéctica, el segundo, nunca comprometido en tal empeño, nada podría perder con la implantación del nuevo status. En ningún momento deseoso de consagrar las fechorías de Anastasio a través de los mecanismos del raciocinio brillante, Pancracio jamás había ingresado a la liza donde Críspulo batallara tan denodadamente y semejaba a salvo, pues, del descalabro abrumador sufrido por su colega. Sin embargo, su situación, presumiblemente no menos segura que la de un perro limitado a ladrarles a las mismas personas a quienes el dueño apostrofa, registraba, pese a todo, progresivos y sutiles deterioros. Y éstos no desistían de evidenciarse en el acrecentamiento de las medidas precautorias adoptadas a su vera; resguardos que, siempre proporcionales al grado de disconformidad palpable entre los osmanianos, acusaban hoy, al claror de la reciente empresa gubernativa, una fuerte tendencia a la multiplicación.

La impopularidad del oficialismo, circunscrita por noticieros autorizados a los extravíos de minúsculos e irresponsables grupos, poseía, empero, un fiel barómetro en el mayor o menor celo que Pancracio desplegase con miras a preservar su maravillosa vida. Cercado del descontento nacional como de cierta potencialmente peligrosa marejada, no era sino el vaivén de ésta el origen de las diversas modalidades de custodia que solían apreciarse a su alrededor y que podían, según el caso, denotar beligerancia extrema o lindar cuasi con una bonachona laxitud. Aun cuando una prensa sumisa se restringiese a

reseñar los contactos de gobierno y pueblo como un intercambio idílico de lisonjas, el mejor índice de lo que la masa nativa experimentaba hacia sus próceres residía en el número de centinelas y armamentos habidero junto a esas egregias figuras. Y Pancracio, afecto a metamorfosis idéntica a la que regula la cantidad y el grosor de la púas de un erizo con arreglo a los riesgos del medio donde aquél discurre, no lograba ocultar ahora la intensificación drástica de todo su habitual sistema de vigilancia. Los pistoleros, las metralletas y los espesos muros, esa maraña dispuesta siempre en torno suyo y subordinada a alternativos movimientos de expansión y receso, fatalmente testimoniaba, a ojos del analista, que el fluctuante valor conferido por la ciudadanía a sus jerarcas hallábase hoy en un punto bajísimo. Mientras los lentos principios embotadores del ámbito local tardasen en actuar, y la vejación de sus muertos no dejara aún a los osmanianos tan impertérritos como las conocidas demasías de sus polizontes, todo ese aparato defensivo visible en la cercanía de Pancracio propendería, sin duda, a una compacidad monolítica.

Escasamente provisto del don de embelesar al país, el gobierno, en función del nuevo agravio infligido a sus súbditos, había adicionado cierto desusual catalizador a un resquemor conforme con aflorar otrora sólo a manera de silencios fríos o esporádicas rechiflas. Los dignatarios vernaculares se habían acostumbrado a contingencias que, hasta hacía poco, no ostentaran sino caracteres anodinos y baladíes, pero que ogaño amenazaban con perder tal inocuidad en aras de la natural réplica de ira y escándalo

inseparable de esa transgresión inaudita. Pancracio, por tanto, no evitaba hacinar en su ruta innumerables expedientes mortíferos, correlativos al repudio que él inspirara a sus connacionales y a la posibilidad de ver salir esta inquina de los viejos y sordos cauces normalmente hermanados a ella. A similitud del resto de los edecanes gobiernistas, Pancracio temía que tamaña provocación colmase la medida y llevase el encono de los indígenas a rebasar su curso convencional, desahuciando panfletos subrepticios, algazaras callejeras o invectivas soeces garabateadas en los urinarios. Como los demás integrantes del equipo de Anastasio, él tenía miedo de que las injurias masculladas entre dientes se convirtiesen en bombazos; y mientras aquella cólera durara, siempre reforzaría, pues, las declaraciones del régimen sobre su amplio apoyo cívico con un surtidísimo muestrario de piezas de artillería.

De ahí que los observadores, cuando constataban el óptimo abastecimiento de Pancracio en materia de tecnologías recomendadas para exterminar al prójimo, no tardaran en sentir disminuir su admiración por la conciencia exacta de la necesidad a la cual respondían esos marciales aprestos. El examen de los fulmíneos dispositivos existentes al lado de Pancracio ocasionaba, en efecto, el mismo deslumbramiento que produciría la elocuencia de un jurisconsulto o el cimbreo enloquecedor de una diva antes de que llegara a patentizarse el móvil último de tan magnífica exhibición. Porque sin dejar de impresionar en ese montaje el derroche de elementos refinados, todo aquello, como la irisada verba del picapleitos o el grácil deslizarse de la vedette,

comportaba un arrobo incapaz de esconder largo tiempo su condición de fortuito y accesorio fruto del simple afán de subsistir.

Pero, a la par de graficar las mudanzas de la imagen de Pancracio a ojos de sus compatriotas, esas providencias reflejaban también otro campo mucho más riguroso. En verdad, Pancracio no exceptuábase del principio por el cual todo hombre público resulta como una moneda que, fuera del cambiadizo mercado de la estimativa ciudadana, ha de defender igualmente su cotización en el espinudo terreno ideológico. Amén de hacerse aceptable entre las masas por medio de superficiales toques histriónicos, cada prócer, le guste o no, siempre requerirá perseguir como objetivo primordial su máxima adherencia a los postulados en virtud de los que la sociedad juzga a quienes la timonean. Aparte de almorzar con obreros, besar a bebés y prestarse a otras exterioridades ajenas a menudo al legítimo mérito, los líderes de todas las regiones y épocas deberán rendir, asimismo, la asaz más capital prueba de acreditar su efectivo aporte al bienestar común.

Y en este fundamentalmente polémico plano, que supone el consentimiento de someter la propia personalidad a debate y la envuelve en la resonancia de continuos foros, Pancracio emergía hoy, de manera obvia, como un rotundo perdedor. Pues, enquistado dentro de un mecanismo de seguridad cuyos anonadantes engranajes se perfeccionaban día a día, tales prevenciones, pese a augurarle una salud excelente para el cercano futuro, entrañaban en el orden dialéctico un completo desastre. Circuido de

avanzadísimos ingenios destructivos, éstos, en el mismo grado en que él los adecuaba para pulverizar a ejércitos siempre mayores de extremistas, no cesaban de acarrearle, en el área de los cotejos doctrinarios, un sustancial e irreversible deterioro. En tanto proliferaban junto a él las alambradas eléctricas, los perdonavidas a sueldo y los fusiles de sofisticado diseño, simultáneamente menguaban más y más sus opciones de concurrir a una eventual mesa redonda y justificar allí su postura con un mínimo de credibilidad. La aguerrida maquinaria tras la que eligiera escudarse, convirtiendo el acto de abordarle en una empresa no muy diferente del asalto a un castillo, representaba, en síntesis, su inconfesa renuncia a discutir y a adaptar su comportamiento a las dimensiones del raciocinio lúcido. Dotado de una invulnerabilidad a la que contribuían todos los adelantos de la ciencia contemporánea, ello no eximíale, empero, de un agudo menoscabo político y, al contrario, sólo destacaba su implícita negativa a parlamentar con sus opositores y su inclinación a sustituir los conceptos por ráfagas de metralla. Vestido de acero y plomo, tan impactantes arreos no alcanzaban, sin embargo, a ocultar en él esa recóndita miseria del jerarca que ha desistido de validar su palabra a través de los reglamentados caminos del intelecto y, en lugar de procurar convencer a sus paisanos, se contenta con aterrorizarlos.

Autor de disposiciones por las cuales ningún sitio donde estuviera librábase de parecer una intrincada fortaleza, el crecimiento de tamaño poderío no evitaba que, a paso análogo, se esfumasen sus probabilidades de coexis-

tir ponderadamente con el grueso de los osmanianos y que, frente a éstos, él revelase, en consecuencia, un irremisible desmedro. La complejidad de esa estructura aplastadora no obstaba para que ella fuese, en cierto modo, como las infladas y torpes moscas propensas a dormitar en casonas cuyas grietas esconden ratas muertas. Monumento a la inventiva del hombre, aquel evolucionado arsenal, a despecho de su calidad inmejorable, delataba alrededor de Pancracio disoluciones secretas no menos crudamente de lo que hubiera podido hacerlo una profusa vida insectil. Toda esa batería soberbia arraigaba en íntimas podredumbres, y su emergencia contaba, en el fondo, con la misma alimentación que en un sótano lleno de despanzurrados roedores favorecería la cría de dípteros soñolientos y ahítos.

Siendo Pancracio un pelele no provisto de otro motor que el mero antojo presidencial, uno de sus mayores problemas estribaba en imprimir a este maquinismo una apariencia compatible con la altivez del libre albedrío. Fantoche manipulado sólo por la voluntad ajena, ello no quitaba que dentro de él se contorciera un nerviosísimo censor, ansioso de lograr asociar tal supeditación a un aire digno e independiente. Su naturaleza básica de polichinela nunca acallaba del todo aquella arcana voz, presta constantemente a señalar que sus relaciones diarias, tanto consigo mismo como con los demás integrantes del equipo palaciego, le exigían, pese a esta penosa realidad, el mantenimiento de una dosis razonable de pundonor y decoro.

Pancracio, en respuesta a los apremios de ese alerto

espíritu, se empeñaba, por ende, en diversificar junto a Anastasio su sumisión lacayuna y en introducir, como de matute, leves atisbos rebeldes en algo que, sin el mencionado escrúpulo, no hubiera sido sino un sempiterno y mecánico ademán de conformidad. Titular de un cargo cuyos obvios beneficios pecuniarios no le salvaban de devenir un autómata, él trataba, con todo, de atenuar esa humillación, a semejanza de animales domésticos en los que la obediencia al amo raramente deja de estar interrumpida por fugaces paréntesis de testarronería o malhumor. Y con arreglo a lo que un coadjutor gubernamental podía permitirse sin mostrar aún pasta de suicida, uno de sus más socorridos recursos en la consecución de tal propósito era el hábito de contradecir a su espantable jefe. A despecho de hallarse reducido al vasallaje, éste no resultaba de una rigidez irrestricta y, a la inversa, bajo el sincrónico efecto de su deseo de suavizarlo y de los frecuentes momentos de bonhomía del déspota, le solía suministrar, a través de disensiones cautas y mesuradas, una asaz valedera escapatoria.

Su servidumbre era como cierta larga y monótona galería donde, de tarde en tarde, los muros dibujasen algún vago portillo, y uno de esos efugios, compulsivamente utilizados, lo constituía la licencia para discrepar con el ominoso mandatario. Pancracio cultivaba entonces una especie de tácita ficción, consistente en simular que la esfera de las ideas permanecía al margen de las prácticas apareadas a su calidad subalterna y que sus venias de cortesano jamás le impedirían, por tanto, el asirse al lado de su señor a un riguroso criterio propio. El se obstinaba en

actuar a la sazón como si su parasitaria rutina, fallando en disminuir la objetividad y el equilibrio de su juicio, le posibilitase opinar sobre toda materia importante con el desembarazo de un hombre a quien no amedrentaran las mazmorras estatales ni engolosinaran subsidios espléndidos. En esas coyunturas, él fingía adherir a la creencia de que no existía ningún nexo hondo entre los distintos planos del quehacer de un mismo individuo; artificio gracias al cual, apenas le tocara pronunciarse acerca de la cosa pública, podría ignorar las presiones morales y económicas ejercidas en contra suya y formular su dictamen con entereza y tino irreprochables. Semejaba que él se trocara, al filo de tales ocasiones, en el maestro de una peregrina laya de taumaturgia, facultado para disipar todo un vivir nutrido en la connivencia, el adulo y las canonjías, e ingresar luego a un ámbito donde sólo resonase el lenguaje incorrupto de la verdad y la justicia.

Pancracio se exhibía allí como bajo los efectos de un prodigio que, tras evaporar su cuenta bancaria, sus residencias veraniegas y su flota privada de automóviles, le abandonara de improviso en el gabinete de Anastasio, misérrimo pero no subyugado ya sino por la terrible pureza de las almas íntegras. Aparentando encontrarse transportado por un milagro que nunca acaeciera y que, sin embargo, habría sucedido de no mediar su pusilanimidad y su molicie, él gozaba indescriptiblemente en prolongar dicho juego, la continuación del cual, en tanto evitase extremarlo, se le insinuaba como despejada de sustantivos escollos. A la vera del tirano, él se apegaba a una ilusión de

orgullo exenta de los sacrificios que sin duda hubiese debido enfrentar en caso de obedecer su actitud a impulsos más auténticos, y, siempre indemne, sencillamente dejaba, pues, escurrir el tiempo, apoyado en su certidumbre respecto a la eficacia de aquella cómoda superchería.

Por su parte, Anastasio, aun cuando le guiasen razones diversas, contribuía asimismo a inflar tal mojiganga, turiferario de ese dios que induce a los negreros a guardar la fusta y a agraciar al esclavo con el displicente y condicionado flujo de una momentánea lenidad. Insensible al peculiar prurito de su edecán, coadyuvaba, empero, a desarrollar tamaña astracanada, poseído de la frecuente inclinación de los autócratas a testimoniar liberalidad y benevolencia mientras ello no amague las bases de su poderío. Laxo y beatífico, no colocaba trabas al empeño de Pancracio en aferrarse a ese remedo pálido de rectitud, consciente de que le bastaría fruncir el ceño para acabar con la comedia, eliminar la leve distorsión surgida y reinstalarlos a ambos en sus respectivos sitios.

Poco convencido, por un lado, de la sinceridad de los arranques virtuosos de su asesor, y seguro, por el otro, de su don de ponerles coto no bien empezasen a irritarlo, toleraba que la farsa siguiese, feliz, en el fondo, de poder prestar a su confiada indolencia algunos sentadores visos concesivos. Era como el técnico de un engranaje infernal quien, en el doble entendido de que aquél funcionaría apenas lo desease y que los retos a su primacía carecían de legítima enjundia, prefiriera no apresurarse a proceder, asumiendo una impasibilidad asaz susceptible de ser to-

mada por cierta complaciente y ensoñadora inoperancia. Mecánico de un ingenio hecho para desollar, descuartizar o achicharrar a eventuales antagonistas, y capaz de accionarlo en el instante que estimase más oportuno, la idea de su propia fuerza le otorgaba un aire inerte al cual el observador circunstancial fácilmente confundiría con desfallecimientos no ajenos al compromiso ni la abdicación. Y a pesar de no esperanzarse en cuanto al significado de esa flema, Pancracio aprovechábala, día a día, como un valioso elemento escenográfico de su representación a la sombra del déspota; espectáculo cuyo tenor nunca cesaba de recordar una alegoría en que a él le correspondiese el papel de la probidad asediada e irreductible.

En suma, Pancracio sabía que la indulgencia de Anastasio para con él era sólo el tranquilo desdén del verdugo no decidido aún a echar mano de sus instrumentos de tortura. Anastasio, a su vez, se percataba meridianamente de que nada restaría de la línea discrepante de su subordinado tan pronto como éste leyera en sus ojos algún inequívoco anuncio de borrasca. Y, por ende, resultó fatal que esa mutua clarividencia estableciera entre los dos una especie de sinuoso lazo, el cual, muy disímil de la simpatía o el afecto, era más bien como la complicidad nacida al calor de un pasatiempo gratísimo, pero en esencia excéntrico y malsano.

Había, no obstante, todavía otro camino a lo largo del que Pancracio conjuraba las amenazas de automatismo inherentes a su elevado cargo. Dicha senda era la ironía; recurso que, a causa de su consustancial impertinencia,

parecía reñido, a primera vista, con el estilo coercitivo del régimen indígena y no reservado sino a los ambientes del extrañamiento o la clandestinidad. Sin embargo, tal represión, omnímoda y despiadada respecto del grueso de las masas nativas, aflojábase a veces y hospedaba ese mordaz espíritu justamente ahí donde debería de haberlo proscrito con la máxima energía: en los propios círculos gobiernistas. Los comentarios incisivos, las reflexiones zumbonas y las críticas cáusticas, erradicados implacablemente cuando brotaban en un grupo de ciudadanos vulgares, hallaban, empero, paradójica cabida junto a Anastasio en caso de llegar hasta él en boca de sus cercanos colaboradores y manifestarse sólo como esas familiaridades que, por lo general, tolerábales a contertulios íntimos.

Pancracio no desistía, pues, de valerse de la referida franquicia, que le brindaba, aun cuando fuese únicamente por la oficiosa y elíptica vía de las humoradas de sobremesa, la oportunidad de escapar a su vasallaje y de interpretar el ánimo protestatario palpable en todo el país. El sabía que, además del iracundo clamor levantado por los frecuentes desmanes presidenciales, la antipatía del pueblo hacia sus jerarcas eclosionaba también a modo de pullas y cuchufletas cuyo blanco era la prosopopeya de la cual Anastasio gustaba de rodearse. A raíz del pomposo ceremonial indisociable de la rapacidad e inmisericordia estatales, la atmósfera vernacular albergaba hoy, al par del viento de las campiñas, el smog de las fábricas y la fetidez de los violados osarios, cierta irrisión contenida de la que Pancracio no renunciaba a erigirse en taimado y subrepti-

cio vocero. Paso a paso, se trocó, de consiguiente, en el portador de los múltiples venenos que Osmania, como una gigantesca cocina contaminada, aderezaba bajo el estímulo de su odio al régimen y que él, por razones obvias, podía deslizar diaria e impunemente al lado de Anastasio. Todas las materias acres que, a analogía de un desabrido maestro culinario, la impopularidad del gobierno no concluía de guisar en las calles, encontraban, gracias a él, amplia acogida en los aposentos de su señor, donde nada impediríales afluir en tanto lo hiciesen sólo a manera de comidilla de veladas alegres y bulliciosas.

La oposición al mandatario hallaba, en verdad, un expedito acceso a su palacio a través de su pródiga vida recreativa, nunca reacia a admitirla mientras llegase en forma de especies adecuadas para preservar la euforia de continuas farándulas y borracheras. Las ineludibles burlas por el tren principesco del estadista, la rigidez de su protocolo o la huera altisonancia de su oratoria, lejos de quedar desterradas de su privacidad, siempre gozarían allí de plena aceptación con tal de no emerger sino como ese alimento liviano y vagamente ácido del que acostumbraba nutrirse el jolgorio de sus millonarias fiestas. No ignoraba Pancracio que, aparte de viandas exquisitas y mucho licor, el combustible necesario para prolongar el alborozo de aquellas divertidas reuniones era la maledicencia, y que, por fuerza, la plática requería centrarse entonces en las facetas más caricaturales de su insigne patrono. A fin de mantenerse en un punto óptimo, la exultación reinante en esos cenáculos reclamaba, amén del u-

sual halago a la gula y la lujuria de los asiduos, un tópico en el que ellos pudiesen ejercitar su guasa y que, dados algunos estrambóticos rasgos del liderato nacional, fatalmente había de concernir al propio Anastasio.

En su calidad de despreocupado anfitrión, víctima inescapable de la indelicadeza de uno u otro comensal semiebrio, a menudo el egregio prócer debía soportar, entre risas y palmoteos de lomo, ataques que hubiesen traído, en circunstancias diferentes, la ruina rápida y segura de su audaz interlocutor. Poco insólito era que Anastasio, como organizador de fruitivas celebraciones, sacrificara al esparcimiento de sus huéspedes una soberbia y una intransigencia a las cuales se prendía de ordinario con casi maniática tozudez, sufriendo impertérrito las salidas de tono de algún bellaco atiborrado de sus manjares y su whisky. Fuera de selectos platos, añosos mostos y condescendientes muchachas, el solaz de sus invitados exigía también su allanamiento a innúmeras indiscreciones que nadie hubiese concebido seriamente al margen de esa báquica capilla.

Y Pancracio, consciente del precio que ahí pagaba la arrogancia de su amo, no trepidaba, pues, en imitar a los demás visitantes y en escupir sobre aquél su ponzoña al amparo de tan jocunda y alcohólica desinhibición. Todo el encono acumulado dentro de él por la brutalidad de Anastasio podía aflorar holgadamente en aquellas zalagardas y, sin abandonar el son de chanza, pintarle al jefe de estado cómo era, allende fórmulas reglamentarias, el verdadero sentir de sus súbditos respecto a su ínclita persona. Siem-

pre sonriente, a la sazón no temía declararle al mandatario que, en los momentos en los cuales encabezaba grandes solemnidades, su silueta permanecía asaz ajena a la gallardía que buscaba lucir y evocaba, antes bien, a un envarado y rollizo cantinero; que sus retóricas parrafadas acerca de su aporte al auge nacional era, en estrictez, pura filfa; y que si de las muestras de estima que le dispensaba la ciudadanía se excluyera el pavor a sus esbirros, nada tardaría su cuerpo en colgar de lo alto de una de sus suntuosas residencias.

Finalmente, Pancracio, para aligerar su servidumbre, contaba aún con un tercer medio, que, no tan explícito como el sarcasmo o la desaprobación, fuese tal vez de eficacia mucho mayor. Este expediente consistía en el silencio, que optaba por emplear cuando Anastasio hallábase de malhumor y las anteriores tácticas prometían dejarle entregado a los destructivos puños de la guardia presidencial. Su rutina a la vera del mandatario registraba, de tanto en tanto, lapsos tensos que no permitían casi actitudes alternativas, colocándole en el simple e insoslayable dilema de observar una sumisión absoluta o encerrarse en cierto espeso laconismo. Y tras inclinarse a favor de esto último, siempre encaraba, pues, el problema de esgrimir un arma peculiar cuyo uso reclamaba ser graduado cuidadosamente y que, dentro de la cautela implícita en su elección, aún pudiese insinuar que el arbitrio del déspota no prevalecía por entero.

Aquello era un dispositivo en el manejo del cual se escondían nuevas y en extremo afinadas dimensiones del

vocablo "ambigüedad", ya que, junto a asumir por él un aire de untuoso acato, Pancracio precisaba, a la vez, no cesar de sugerirle a Anastasio el seguimiento sordo de todas sus divergencias. En vista de la índole singular de dicho instrumento, devenía imperioso aplicarlo de modo que Anastasio nunca supiera cabalmente si existía y trabajaba en contra suya, o se reducía sólo a figuraciones emanadas de su desconfianza natural de viejo autócrata.

De acuerdo a la estrategia escogida, era menester que, en los instantes críticos, el tirano jamás estuviese muy seguro de ser objeto de una provocación o de limitarse a gruñir bajo el asedio de sus propios demonios, y que tal incertidumbre no fallara, por ende, en salvar a Pancracio del peso efectivo de su cólera. Se trataba de hostigar al augusto repúblico en forma de que siempre dudara entre considerar como su enemigo a Pancracio o a los fantasmas mismos de su turbado espíritu, y, en razón de esa perplejidad, desistiese de moler a palos a tan indefinido y escurridizo contendor. Quizás el término inferior de la escala de matices posibles en aquel tipo de impugnación lo constituyera, a juicio de Pancracio, un silencio completo, suficiente apenas para que su presencia en los aposentos de su patrono se distinguiese de la de perros de rancio abolengo y estilizadas piezas de mobiliario. Vuelto a un estadio elemental en que ni siquiera rechazaba algunos caracteres inherentes a la materia inánime, Pancracio exhibía entonces ante su jefe una inteligencia mínima, no adecuada sino para señalar su llaneza a ayudarle en la dirección del país de igual manera como podría lustrarle

los zapatos o afeitarle la barba.

Pancracio ateníase a la sazón a un comportamiento como el que revelaría uno de los numerosos artículos de lujo habideros cerca de Anastasio en caso de llegar a vivificarlo la chispa divina, y raramente inspiraban, por tanto, su parla escasísima conceptos no ajustados al designio de garantizar al mandatario su pronta e irrestricta disponibilidad. El procuraba desempeñarse como si integrara los enseres que en el palacio presidencial contribuían al confort de Anastasio, y le correspondiera, de consiguiente, un lenguaje monosílabo no diverso al de alfombras o sofás a los cuales el cielo hubiese otorgado el don del habla. Cogestor clave del régimen, se ceñía, empero, a normas orientadas a no hacer olvidar que todavía era parte de las fastuosas instalaciones de la casa de gobierno, y, necesariamente poco comunicativo, su reserva siempre tendía a asociarle, a ojos de Anastasio, con cierta idea de inmediata aquiescencia. Y para que el presidente, negándose a interpretar esta docilidad como una capitulación, aún atisbase en ella vagas sombras de antagonismo, hubiera requerido una perspicacia cuyos privilegiados clarores sólo bañábanle muy de tarde en tarde. Pues pese a no excluir tamaña mansedumbre la eventualidad de una secreta postura recalcitrante, el descubrimiento de aquélla hubiese competido únicamente a los que, al revés de Anastasio, evitaran mellar su agudeza en decenios de adiposa molicie.

Habría hecho falta que Anastasio se situara en el lugar de su edecán y, con una acuidad de la cual despojárale ya

su tren opulento, comprendiese que el celo de Pancracio en servirle no bastaba para aventar las disensiones subsistentes entre ambos. Anastasio hubiera debido inferir que el obedecimiento de su subalterno, lejos de reflejar la quiebra de éste, se parecía mucho al esmero con el cual hombres cuerdos complacerían a un necio a cuyo lado no cupiese el diálogo y quien, para colmo de males, poseyese la incontrastable facultad de hacerlos picadillo. De no sufrir el efecto embotador de largos años de relajo, sin duda el estadista se habría percatado de que la presteza de Pancracio en cumplir todo cuanto le ordenara distaba de involucrar su renuncia a planteos propios, y que tal expedición era, en vez de la derrota, el simple abandono de las tentativas de deliberar con él en el terreno del discurso lúcido. Pero, excepto en uno que otro breve destello, Anastasio no valoraba esa callada obsecuencia sino como un testimonio más de su poder de abatir al prójimo; y, en virtud de dicha convicción, siempre proveía, pues, a Pancracio de un amplio margen para perseverar, día a día, en aquella tortuosa dualidad.

Sin embargo, este particular hostigamiento no finalizaba ahí, ya que aún admitía un segundo nivel en el cual Pancracio, absteniéndose de desahuciar del todo su silencio, lo rompía esporádicamente con apóstrofes en contra de personas o cosas nunca ligadas a su superior por nexo sensible alguno. Todavía adherido a su actitud doblegadiza, él se atrevía, no obstante, a interrumpirla al filo de momentáneos exabruptos, los que, faltos de una relación clara con Anastasio, hubiesen develado su irrespeto hacia

la figura mayestática del mandatario sólo al cabo de un sesudo análisis. No resuelto aún a salir de su papel de cachivache caro ubicable junto a Anastasio, se conducía, empero, como si la escueta fraseología concedida a él con arreglo a tal encasillamiento fuera apta para canalizar ciertas animadversiones suyas que, aparentemente, en nada atañían al ilustre prócer. Era, en el fondo, una maniobra no disímil a la de los periodistas indígenas cuando, impedidos de condenar la iniquidad de sus gobernantes, buscaban desahogarse de su ira y su desesperanza en virulentas críticas a las deficiencias de la locomoción colectiva.

Osmania desbordaba de intelectuales que, sujetos a la prohibición de zaherir al oficialismo, hallaban en tópicos accesorios un óptimo cauce para extravasar su amargor y vomitaban, por ende, sobre el infeliz gremio de los autobuseros un chorro de diaria y copiosa hiel. Desde tiempo atrás, las líneas de transporte constituían el cordero expiatorio de todos los nativos cultos a quienes asfixiaba la dictadura y que, por no osar fustigar a los cabezas de aquélla, eliminaban su exceso de bilis emprendiéndolas con cuanto armatoste atronara las calles. Y cada vez que Pancracio, aguijoneado por el deseo de vituperar a su amo, resolvía a la postre no hacerlo y maldecía, en cambio, a los domésticos de palacio, a desprotegidos grupos minoritarios o meramente al insaluble clima local, valíase, en estrictez, de un artificio casi idéntico al anterior.

Pero, amén de los aspectos indicados, tal agresión a través del silencio contemplaba todavía un último plano,

en el que Pancracio, tras olvidarse de su hermetismo, no consideraba inoportuno sustituir éste por los despliegues de cierta locuacidad abrumadora. El presidente debía extrañarse a menudo de las consecuencias de esa mudanza, que trocaba a su taciturno adlátere en un desatado torbellino verbal y le compelía a disertar, con facundia digna de un avezadísimo vendedor viajero, sobre las más dispares y peregrinas materias. Echando por la borda su reticencia previa, Pancracio reemplazábala ahora con una curiosa garrulería, y semejaba afanado en saturar su entorno íntegro de esa cháchara que círculos selectos del país estimaban siempre como un equivalente legítimo de la simpatía y la amenidad. Y, no obstante, aquel picoteo irradiaba cierta cualidad enigmática que, notoria en el empeño de eludir todo tema relativo al acaecer nacional, pronto infundía a tan extravertido cúmulo un matiz de paradójica adustez. Tamaña exuberancia, lista para emitir las palabras como si las proyectase desde alguna tubería rota, comprendía, sin embargo, esos espacios muertos que su rumoroso caudal soslayaba invariablemente y que, dentro del mismo, no dejaban de resaltar como hoscos y desconcertadores islotes.

A despecho de haber asumido una posición que era la categórica antípoda del silencio, sutilmente Pancracio persistía, pues, en aquél, parlanchín cuyo cotorrear no acababa de verse desvirtuado por el atisbo de esas lóbregas zonas. Y hasta había ratos durante los cuales él insinuaba desdoblarse en un gentío que, sin perjuicio de hablar y gesticular a destajo, contuviera en su seno a cierta huraña

e incomunicada silueta; un personaje quien, aun cuando no batalllase con tan vocinglera comparsería, apabullaríala sólo por estar presente y le conferiría toda la gratuidad de una chillona jaula de pájaros.

Pero, fuese cual fuere la intención de todos esos cubileteos, su conjunto se había nutrido siempre en una hipótesis que ogaño carecía ya de base: a saber, la adherencia de Anastasio al molde de los dictadores clásicos. En la encubierta y multifacética pugna con su señor, Pancracio habíase guiado hasta hoy por la creencia de conocerle bien, a analogía de esas almas devotas que, afronten al demonio en uno u otro campo, nunca ignoran que el juego de aquél apuntará indefectiblemente a perderlas. Al correr de las pasadas escaramuzas entre ambos, Pancracio había mantenido la certeza de que el objetivo de Anastasio no era sino envilecerle en lo físico y lo espiritual, y se daba por satisfecho cada vez que le parecía atinar a evitar la consumación plena de tal sojuzgamiento. Protagonista de una larga guerra subrepticia en contra de Anastasio, aún ayer tendía a considerarla sólo a la luz de los esfuerzos del déspota por humillarle igual que al resto de sus compatriotas; y en las ocasiones en que, merced a su cotidiano acceso a la esfera presidencial, se le antojara conjurar un tanto ese deshonor, jamás había rechazado la idea de que el curso de dicha lid favorecíale misteriosa e imperceptiblemente.

Sin embargo, a partir de fecha reciente aquella brega incluía un elemento imprevisto que alteraba la perspectiva de acuerdo a la cual Pancracio se habituara a contemplarla y le movía a pensar, con no poca razón, en la futilidad de

sus supuestas victorias sobre el jefe de estado. Porque, pese a cuán felices resultasen —en su opinión— las fintas con que procuraba atenuar su menoscabo, de la noche a la mañana había empezado a vivir bajo la amenaza de un nuevo vejamen cuya eventualidad ni siquiera barruntara la víspera. Asistiéndole todavía el día anterior la convicción de que la facultad de Anastasio para degradar a los demás circunscribíase a límites específicos, y que ella, patentizada por lo común en azotinas, cárceles o destierros, aun en el peor caso nunca trascendería su propio exterminio, esto no le libraba, empero, de constatar ahora cómo, a ritmo vertiginoso, los acontecimientos desdibujaban frente a él esa solidísima pauta. Seguro hasta entonces de que su desamparo al lado de Anastasio distaba de ser completo y, como el de todos los osmanianos, acabaría con su muerte, hito allende el cual lograría automáticamente evadir la prepotencia del monstruo, hoy se veía constreñido a no ponderar tal concepto sino a modo de un reconfortante error. Imbuido del principio de que su vulnerabilidad a la vera del tirano no podría ir más allá de su deceso, y que, luego de éste, su suerte futura competería sólo a los agentes inmemoriales encargados de restituirle al cosmos, toda la marcha actual del país insinuaba conspirar contra la vigencia de aquel predicamento.

Pues, tal como lo revelaba el sesgo último del devenir vernáculo, la vocación absolutista de Anastasio había encontrado otro medio para exacerbar más aún la miseria de los osmanianos, y no contenta ya con explotarlos únicamente mientras poblaran el mundo, buscaba seguir esta

línea utilitaria incluso tras el paso de ellos hacia la gloria celestial. Nunca reacio a servirse de la masa ciudadana como de los productos animales o vegetales concurrentes a surtir su despensa, Anastasio, sin duda por parecerle insatisfactorias las formas tradicionales de tamaño aprovechamiento, había dado con un buen método para extremarlo, y, en vez de conceder paz a sus súbditos desde el momento en que fallecían, no trepidaba en continuar su acoso hasta a la sombra de los sepulcros. La política de Anastasio respecto a los difuntos, no restringida ya a estereotipados ademanes de unción junto a sus tumbas, semejaba complacerse hoy, a la inversa, en violar éstas, trocando el sueño eterno de cada indígena en mera secuela del tiempo cuando todavía acezaba bajo el yugo gobiernista. Y Pancracio, en su trato presente con el autócrata, experimentaba, por ende, el tenaz sentimiento de que, a la par del grueso de sus coterráneos, era el blanco de una modalidad inédita de antropofagia, en cuyo contexto sus anhelos de dignificación se volvían tan vanos como si correspondieran a una bestia comestible fatalmente condenada a llenar barrigas ajenas. Por más que se afanara en su elíptica lucha para emerger a ojos del amo como personalidad inalienable y ser pensante, el particular rumbo del país habíale reducido, a similitud de casi todos los nativos, a la condición de esa indistinta materia prima con la cual Anastasio nutría ogaño la maquinaria estatal.

A despecho de haberle bastado ayer al déspota el sudor y la angustia de los otros como aporte apto a la subsistencia de su régimen, ahora ese atributo convencional le resultaba

insuficiente y, fuera de él, exigía que Pancracio sacrificara también a su alta investidura la piel, la carne y el esqueleto. Timonel de una tecnificada grey moderna, el autócrata, además de ingenio y denuedo, reclamaba de Pancracio la energía que aquél, en su básica calidad de organismo, podría suministrarle por la quema de sus tejidos y que, a falta de carburantes ortodoxos, alimentaría eficaz y económicamente a cuanto motor traqueteara en el ámbito patrio.

Aparte de sus innatos talentos como asesor, Pancracio había llegado a interesar a Anastasio en virtud de la pura riqueza calorífera contenida en su cuerpo; potencial recóndito que la mecánica sociedad osmaniana requería perentoriamente y en cuya ausencia ella desplomaríase, tarde o temprano, sobre la excelsa testa del mandatario. Tal coyuntura explicaba que Pancracio, en la silenciosa campaña dirigida hacia su propia redención, no se sustrajera a un agudo desmayo, fruto de la conciencia de su tránsito de individuo diferenciado a simple muestra representativa de un recurso natural abundantísimo. Reflejo de su inveterado deseo de reafirmarse a sí mismo, su rebeldía se había hecho súbitamente absurda en una colectividad para la cual él era, en esencia, un artículo de consumo y donde su presteza en cumplir con demandas clásicas de rectitud, competencia y aplicación no quitaría que se le asignara, a la postre, un valor idéntico al de una apetitosa legumbre.

Corolario de esta disposición derrorista fuese quizás un desmesurado acrecentamiento de su odio a Anastasio; inquina que, lejos ya del lógico rencor de todo lacayo frente al patrono, arraigaba en un trasfondo mucho más

oscuro y doloroso. Se trataba de una emoción comparable sólo con la que asaltaría a las reses de un matadero en caso de poder aquéllas presagiar su fin y desarrollar, al impacto de dicha vislumbre, cierta animosidad somática por quienes ulteriormente hubiesen de engullirlas. Pues si, antes del degollamiento, uno de esos cuadrúpedos aprendiera a reconocer a sus yantadores futuros, no evitando llegar a execrar la traza de todos ellos, su zozobra habría de complementarse, sin duda, con el encono inherente a la noción de que sus vísceras, músculos y adiposidades coadyuvarían luego a la mantenencia de tan antipáticas estampas. Pancracio aborrecía profundamente el pergeño de Anastasio y, acorde a prefiguración no diversa, le exasperaba imaginar cómo su estructura humana, al arder, reforzaría con sustanciales ingredientes esa mirada maligna y ese vientre túrgido que, desde hacía mucho, enfermábanle en secreto.

El exterior próspero del jerarca, esa molesta gama de peculiaridades que iban de su sonrisa oronda hasta su porte tieso y su nuca apoplética, dependía hoy, tanto como de una óptima dieta, de los elementos necesarios al ritmo normal de un país accionado por motores poderosos y voraces. Y Pancracio, indefenso ante el peligro de sumarse a tal abastecimiento con sus propios despojos, no dejaba de pensar, en consecuencia, que pronto cooperaría en la preservación de aquella facha detestable exactamente como si fuera una vianda incorporada a la sangre de su señor en algún heliogabálico banquete.

En su calidad de antagonista declarado del régimen,

Plutarco, a contar de tiempo atrás, sufría quebraderos de cabeza que actualmente se habían vuelto en extremo graves. No inaptas para ser planteadas de diferentes modos, estas tribulaciones podían sintetizarse, empero, en un hecho único, que sólo era el problema de justificar, a ojos de muchos paisanos suspicaces, el fenómeno de su propia supervivencia. Pues aun cuando su rechazo a la política gubernamental se sustentaba en bases genuinas, numerosos osmanianos cuestionaban su sinceridad a raíz de la simple verificación de que el ferozmente compulsivo sistema reinante no habíale impedido conservar hasta hoy una salud espléndida. En vista de los drásticos caracteres de la tiranía autóctona y de la regla por la cual todos los opositores de aquélla se encontraban presos, bajo tierra o en un desmedrado extrañamiento, Plutarco, a causa de su larga indemnidad, fatalmente debía parecerle a la opinión pública no menos sospechoso que un espadachín quien nunca recibiese rasmilladura alguna. Tal como por hermanarse a ciertos oficios una nutrida lista de achaques, la ausencia de éstos en un profesional ha de valerle casi ineludibles cargos de chapucería e incuria, el buen estado físico de Plutarco invitaba, asimismo, a desconfiar de la efectividad de sus quehaceres en contra de Anastasio.

Los adversarios típicos del déspota, indisociables en el criterio nativo de la huella de tundas bárbaras o severas privaciones, no habían podido sino determinar que la siempre incólume humanidad de Plutarco desfavoreciese su disidente plataforma con fuerza idéntica a la de un oprobioso estigma. Nunca desligados de lúgubres relatos

de tortura y mortificación, los impugnadores clásicos de Anastasio habían concluido por insertar a Plutarco en un plano asaz ajeno a sus maltrechas siluetas. Y el aire rozagante de aquél, conveniente acaso en un examen para optar a alguna suculenta beca, día a día sólo desmejoraba, pues, la imagen de combativo enemigo del autoritarismo que quería lucir, no salvándole de la sugerencia de contubernios bastardos con la corte del sátrapa. De ahí que Plutarco, además de hostilizar al mandatario, precisara librar en otros ámbitos una segunda guerra no buscada por él y cuyo objetivo estribaba exclusivamente en convencer a los osmanianos de su propia entereza. Junto al adobo de enérgicas condenas de la dictadura, la firma de petitorios en pro de intelectuales cautivos y la celebración de ruedas de prensa con periodistas foráneos, solía volvérsele tanto o más imperioso el persuadir a compatriotas escépticos de la puridad de su vida misma.

Fuera del círculo de Anastasio, su lucha cotidiana no evitaba extenderse a las densas filas del pueblo al cual golpeaba la vesania del autócrata; multitud reacia a aceptar como testimonio de su ánimo rebelde una fisonomía que, en lugar de ayunos y flagelaciones, hablábale meramente del transcurso de un plácido existir. La siniestra policía estatal y la atmósfera de sojuzgamiento palpable en toda Osmania no eran el único basilisco al cual, lanza en ristre, le tocaba acometer regularmente, y, a la inversa, tamaña brega rara vez dispensábale de lidiar, al mismo tiempo, con el recelo tenaz que su persona despertaba en la mayoría de sus connacionales. Quienquiera que, como él, desafiase a

Anastasio y, tras cierto lapso, no engrosara aún las nóminas de muertos o expatriados, ni exhibiera la evidencia de penurias sin cuento, jamás sustraíase de emprender, ante el país íntegro, una ardua batalla por desvincular su buena fortuna de reiteradas imputaciones de doblez y ruindad. Todos los osmanianos antigobiernistas a los cuales no hubiesen roto los huesos ni surcado la cara de cicatrices, necesitaban ofrecer a la ciudadanía pruebas continuas de que el precio de su ilesa traza nunca consistiera en una capitulación frente a la omnipotencia del régimen.

Y Plutarco, absorto durante gran parte de la jornada en los trajines aunados a tal menester, a ratos no se negaba a asumir, por ende, que esa renuencia común a otorgarle crédito proveía a Anastasio de un instrumento cuya utilidad quizás superase la de todo su pesadillesco aparato coercitivo.

Entre los móviles que inducían a los osmanianos a mirar a Plutarco de reojo, no dejaba de incluirse el hecho de saberle ellos asiduo concurrente a las sesiones del gabinete presidencial. Por obra de uno de esos gestos de liberalidad frecuentes en Anastasio cuando consideraba a los agraciados incapaces de perjudicarlo, Plutarco tenía, en efecto, amplio acceso al consejo de sus ministros, gozando ahí del privilegio de hacer oír una voz no sometida completamente al arbitrio del jerarca. Semejante franquicia, que en nada vigorizaba la periclitada democracia indígena y permitía a Anastasio refundir su férreo mandato con un oportuno toque dialéctico, representaba, desde el particular atalaya de Plutarco, algo a lo cual procedería

clasificar acaso como un delicadísimo estudio de dosificación. Pues por hallarse entonces Anastasio en una especie de tinglado donde jugaba al gobernante razonable y benévolo, los desvelos de Plutarco consistían siempre en establecer hasta qué punto le cabía aprovechar esa coyuntura sin que el tirano desahuciara su simulacro y emergiese luego en toda su hirsuta realidad de domeñador de hombres. A raíz de corresponder esas ocasiones a una comedia que llamaba a observar a la vera de Anastasio un comportamiento relativamente audaz, competía a los usuarios de tal licencia percibir el deslinde exacto en el cual habían de detenerse y, en resguardo de la propia piel, volver a su sitio acostumbrado de temerosos súbditos.

En vista de ser las circunstancias, de cierta forma, un exhorto a que los asistentes se sinceraran, dependía del tino de cada uno el ponderar la cuota máxima de autenticidad no incompatible en esas ceremonias con la buena preservación de su peculio y su vida. Aun cuando Anastasio invitara a los partícipes de aquellas reuniones a hablarle sin tapujos, nunca dejaría de arribar el momento en que todos, felices en su nuevo papel de emancipados ciudadanos de un país moderno, requerirían percatarse de la urgencia de deponer esta altivez en favor de su pasividad habitual de cohibidos vasallos. Y resultando Plutarco, como enemigo confeso del gobierno, mucho más afectado que el resto de los presentes por el carácter insidioso de dicha farsa, la venia así concedida a ellos siempre tendía a adquirir, a sus ojos, una implicación especialmente desazonadora. Sujeto a la mecánica singular de esos ritos, él no eludía sentirse

como en una protocolaria velada cuyo anfitrión, dentro de ciertos límites, estuviese llano a excusar su olvido de algunos básicos principios de urbanidad. A similitud de alguna linajuda fiesta donde auspiciaran la paradójica abolición de las reglas de cortesía, le acogía allí un medio en el que su conducta no quedaba ya prefijada por normas explícitas y, en cambio, subordinábase sólo a los contingentes clarores de su propio criterio.

Como el huésped de una recepción en que, suprimida la etiqueta, cupiera no chocar con el dueño de casa únicamente gracias a un agudísimo tacto, Plutarco, expuesto noche y día a la cólera de Anastasio, se sabía en un terreno en el cual ningún memorizado precepto de civilidad serviría para trazarle pautas valederas. Pero mientras en esa hipotética tertulia el castigo por no encontrar el tono acertado se traduciría, a lo sumo, en su exclusión de aquélla, Anastasio llevaría las represalias mucho más allá y, a la par de rebajarle socialmente, quizás buscara también destruir su existencia misma. En lo tocante a él, esos actos no acababan de evocar cierta aventura en que el error, amén de la prueba de su falibilidad, comportaríale todavía una onerosa serie de pagos suplementarios, nunca demasiado ajenos a la perspectiva de su próxima liquidación. El practicaba junto al déspota un ejercicio no muy diverso de un peligroso juego de azar, según el cual, si ganaba, retendría sus fueros de veterano repúblico, y de salir perdedor, aumentaría, por el contrario, las difusas muchedumbres entregadas a la brutalidad de los esbirros de Anastasio y a la insalubre lobreguez de los calabozos gubernamentales.

Fácil será inferir, en consecuencia, que, a la sombra de tamaña amenaza, él eligiera permanecer lejos del extremo no señalado, mas siempre vigente, adonde Anastasio posibilitábale llegar, restringiéndose a fintas cortas cuyo campo jamás coincidiera con esta conflictiva marca. Era como un individuo que, dueño de moverse cuanto quisiera, se contentase, sin embargo, con unos pocos ademanes cautelosos, dictados a él por una oculta, imprecisa y mal cerrada herida a la cual temiese continuamente reabrir o enconar. A analogía de un enfermo que, ignorante de la real ubicación de su úlcera y de los estímulos necesarios para irritarla, comprendiera, empero, la urgencia de guardar reposo, Plutarco, al comparecer ante su señor, recordaba a alguien que escondiese una íntima lesión, pronta a dolerle al primer esfuerzo sostenido. Y pese a que Anastasio le instara de continuo al desembarazo y la franqueza, él, como casi todo el país, invariablemente prefería, pues, desoír tal conjuro y no perseverar sino en una reserva hermética.

Quizás fuese injusto, por eso, enrostrar a los aborígenes su boicot a Plutarco y su inclinación a no ver en las visitas de aquél a las altas esferas más que otro elemento adecuado para nutrir su animosidad. No distinto a todos los que gemían bajo la férula presidencial, Plutarco, apenas proyectaba defender junto a Anastasio la causa de sus esclavizados coterráneos, situábase como en el umbral de un padecimiento atroz cuya inminencia nunca dejaba de deslavar su loable designio. Presa del deseo de romper lanzas con el mandatario en pro de la rápida democratización de Osmania, militaba, no obstante, contra tan

varoniles ímpetus su anticipo tenaz de una agonía que sólo seríale ahorrada al costo de mantener la espalda rigurosamente gacha. Porque esta simple premonición, consustancial al entero clima palpable en torno del autócrata, había bastado para vencer allí a espíritus aún más pugnaces que el suyo, víctimas de un desfallecimiento en virtud del cual todos sus arrestos no se salvaran de derivar hacia cierta desteñida reticencia.

Consciente del escaso valor atribuido por el país a su faena, Plutarco había llegado a estimar como una de sus metas prioritarias el hacer que aquélla, en vez de nefasta, les pareciese a los osmanianos meramente inútil. Sintetizándose su lucha en un llamado a combatir los excesos dictatoriales, la completa esterilidad de tal campaña, nunca vitalizada suficientemente por las erogaciones esporádicas de uno u otro sector, había inducido a no pocos indígenas a mirarla lo mismo que a un insólito timo. Paladín de las maltrechas libertades nativas y, gracias a ello, beneficiario ocasional de la munificencia de sus compatriotas, el magro éxito de sus labores no había tardado en determinar que éstas cobraran, frente a la opinión pública, los ribetes de una rebuscadísima impostura. Desde ese peculiar ángulo, Plutarco y el exiguo grupo de estudiosos llano a seguirle representaban, a despecho de sus nutridos créditos, una empresa no disímil de ciertos efímeros consorcios afectos a surgir, de tiempo en tiempo, en las periferias urbanas. No eran raras, en estrictez, las entidades vecinales que buscaban hermosear el paisaje, promover algunas adquisiciones o planificar giras a comarcas fabulosas y que, el día menos

previsto, esfumábanse junto a todos los fondos recolectados para su buen funcionamiento. Poco o nada diferían dichos núcleos de una flora fugaz que, en lugar de tintes encendidos o aromas penetrantes, saturara el alrededor de puros sueños y que, tras agostarse éstos, desapareciera hasta la llegada de otra estación más propicia a su reemergencia. Organismos propensos a nacer y morir a veloz ritmo, quizá hubiesen gozado de esa misma simpatía con que los osmanianos contemplaban toda evasión de la realidad si su abigarramiento no hubiera incluido, asaz frecuentemente, habilidosas tentativas de estafa.

Por desgracia, en la práctica se hallaban lejos de merecer tanto aprecio y, al contrario, múltiples defraudaciones pronto habían llevado al hombre de la calle a clasificarlas, al par del bandidaje y la voracidad estatal, como una de las fuerzas nefandas a través de las que su ambiente intentaba destruirle. Y, en consecuencia, cuando uno de esos centros era aventado, dejaba un recuerdo que, pudiendo haber tenido la vagamente conmovedora absurdidad de una chistera o un enorme globo, sólo hermanábase al resquemor con el cual la ciudadanía acostumbraba considerar las amenazas directas a su patrimonio. Dado lo anterior, resultaba obvio que Plutarco batallara noche y día por sustraerse a tan adverso juicio y no escatimara energías para elevar los mítines, las proclamas y los libelos de su secta a un nivel donde cesasen de sugerirle al país algún embeleco inédito. Empero, a raíz de la imposibilidad de optar a esta decorosa categoría sobre la base de los frutos de su guerra con el régimen, había acabado por no cerrar-

se a la idea de que los osmanianos lo encasillasen, junto a todos sus adherentes, en un género muy próximo al de los espectáculos pintorescos. No cabiéndole a nadie desconocer el carácter improductivo de su cruzada, paso a paso él había aceptado la noción de que simplemente integraba, en compañía de sus contadísimos partidarios, una de las facetas coloridas del existir autóctono.

Derrotado en la brega por romper las cadenas de sus compatriotas, no le molestaba que su colectividad, en vez de disolverse, escogiera subsistir a modo de una peregrina manifestación folklórica y, a falta de un pueblo libre y digno, ofreciese al viajero un vistoso despliegue de marchas, cánticos y guisos nativos. Impedido de alcanzar los fines de acuerdo a los cuales creara su tienda, con los años se había resignado a que ella no perdurase sino como una curiosidad local y, a analogía de dólmenes o formas exóticas de prostitución, fuese apta especialmente para surtir el anecdotario de turistas ricos. A la cabeza de su bandería, Plutarco no negábase hoy a mostrar ésta a manera de una atracción vernácula más, susceptible de rendir dividendos óptimos y lista siempre para que la utilizaran, mezclada con majestuosos panoramas y antiguos monumentos, en la confección de cursillonas tarjetas postales. Y en esa renuncia a desempeñar un papel importante en el concierto nacional, en ese consentimiento a intervenir en el acaecer del país únicamente como un elemento decorativo, residiera quizás el mayor triunfo logrado por Anastasio a lo largo de su ominoso mandato.

Hasta ahora, una de las razones por las cuales Plutarco

podía justificar su inoperancia estribaba en sostener que el gobierno aún no le había hecho objeto de provocaciones extremas. Los osmanianos, sometidos a cacicazgos centenarios, todavía ayer veían en Anastasio una parte normal de su tradición y lo identificaban, pues, con cierta variedad cotidiana de infortunio a la que ellos encontrábanse completamente adaptados. En el cercano pasado, Anastasio no solía resistirse a que cronistas o historiógrafos anhelosos de definirlo le incorporaran al vetusto panteón de los déspotas lugareños, donde nada inducía entonces a temer que su línea futura divergiese alguna vez de la de esos torvos y tranquilizantes predecesores. Cuando, no hacía mucho, él incurría en algún desborde, poco costaba mirar éste igual que a las innúmeras tropelías de mandamases extintos y asimilarlo, en último término, a esa vasta gama de caracteres nativos dentro de la cual figuraban desde los agentes climáticos hasta la proclividad a la bebida y al hurto. Al despotricar antaño contra los vicios del régimen, los indígenas comportábanse como si su clamor fuera el eco de lo que, a semejanza de los sismos o la humedad, resultara sólo otro constituyente de la compleja fisonomía patria; un poder destructivo viejísimo respecto de cuya acción ellos habrían desarrollado, a partir de remotas épocas, cierta silenciosa y eficaz mecánica de acondicionamiento.

En suma, los osmanianos acostumbraban inscribir sus autocracias en la peculiar fenomenología emanada de la estructura misma de su suelo, ponderándolas como un ineluctable producto telúrico frente al que la mejor alternativa consistiría no en un cambio de sistema, sino en la

contemporización o el exilio. Y Plutarco, a la fecha en que fundara su movimiento, había adherido asimismo a esta inconfesa creencia, según la cual nunca cabría esperanzarse excesivamente acerca de la probabilidad de llegar a librar al país de gobernantes rapaces e inicuos. Todos los organismos formados para abolir la tiranía funcionaban, como los comités de ayuda al huérfano o al alcohólico, en el sobreentendido de encarar un aspecto de la realidad nacional no menos indisociable de ella que las nubes de borrachos y de niños vagos.

Desde el principio, Plutarco y sus acólitos habían sabido que atacaban a un flagelo ante el cual Osmania siempre permanecería indefensa; que sus opciones en esa batalla eran mínimas, y que su ingreso al ruedo sólo obedecía, en rigor, a un imperativo íntimo de sus turbadas conciencias. Tratábase de un gesto cuya naturaleza infructífera aproximábalo mucho al impulso que, en otro plano, les llevaba a conceder limosnas y que derivaba no tanto de la compasión o de la solidaridad, como del deseo de atenuar ese oscuro sentimiento de culpa aunado corrientemente al espectáculo de la desdicha ajena. En lugar de la derogación de un vasallaje al cual, sin admitirlo, suponían inmutable y eterno, les lanzaba a tan deslucida lid una suerte de secreto juez existente en el interior de todos ellos y que, a la vista de la prepotencia gubernativa, no cesaba de remecerles con sus condenatorios dictámenes. Por turnos amargo, lapidario e irónico, aquel crítico oculto jamás se cansaba de asediar a los miembros del frágil grupo, desgranando ininterrumpidas sentencias en torno a los males

de la patria y a su ineptitud común para contribuir a subsanarlos. Al filo de exhortaciones que empezaban con elogios al heroísmo y remataban en vituperios por su febledad y pacatería, esa voz recóndita incitábales continuamente a luchar, anunciadora de un mañana en cuya forja ellos intervendrían si no como directos artífices, como mártires venerados y fecundos.

Y cuando Plutarco aceptaba, pues, que lo zamarrearan en múltiples asambleas o lo erigieran en destinatario de cartas amenazantes, tal conducta, lejos de responder a ansias sacrificiales, arraigaba únicamente en su necesidad de acallar los reclamos de ese subrepticio acosador. Poco inclinado, en el fondo, a inmolarse por sus coterráneos, no eludía, sin embargo, la eventualidad de chocar con un polizonte, sufrir despojos o pernoctar en un calabozo; y siempre la causa última de que se prestara a aquella mortificación residía sólo en su empeño de acreditarla luego ante tan incisivo espíritu para obtener de éste, en justo pago, una breve e indispensable tregua. Empero, el equilibrio así establecido entre la coerción oficialista y esos pruritos rebeldes exigía, a fin de prevalecer, que Anastasio no rompiera el familiar molde de los señores autóctonos y se circunscribiera al arquetipo dictatorial vigente en Osmania desde hacía siglos.

Nada habría empujado a Plutarco a hastiarse de la futilidad de tal brega si Anastasio, indiferente a las innovaciones, le hubiese permitido seguir inmerso en la atmósfera habitual de su régimen y acomodarse a ella lo mismo que un enfermo a una conocidísima dolencia cró-

nica. Mas los acontecimientos recientes daban fe de que el jerarca distaba de sujetarse a normas conservativas y que, a la inversa, no le amedrentaba sobrepasar las barrabasadas de quienes antecediéranle en la larga serie de los tiranuelos locales. Exento de toda clase de escrúpulos, Anastasio, en un santiamén, había ido mucho más allá de lo que varias hornadas de osmanianos se acostumbraran a sufrir bajo el yugo estatal, franqueando un límite cuya violación semejara suficiente para centrar en él la cólera conjunta de Dios y los hombres. Y porque, pese a haber sido colmada la medida, Plutarco y sus adeptos cultivaban aún una rutina de escaramuzas menudas, ciegos aparentemente a la urgencia de radicalizar aquella pugna, el primero no evitaba hoy contemplarse a sí mismo con cierta mezcla de ira, desprecio y amargo desencanto.

En efecto, el país hallábase en una coyuntura en la cual los sectores que denigraban a la autoridad sin osar combatirla con el necesario brío, carecían ya de fundamentos morales para persistir en su confortable actitud. Si hasta ayer muchos osmanianos gruñían contra el gobierno, pero vacilaban en pasar de vulgares rezongones a protagonistas de una epopeya homérica, siempre habían podido aducir a su favor la ausencia de un agravio máximo por el que requirieran perentoriamente lanzarse a la lid. Ahora, sin embargo, habiéndoseles asestado el golpe preciso para trocar su descontento en abierta insurrección, su inactividad, imposible de ser confundida todavía con la prudencia, empezaba a adquirir, a ojos del país entero, los visos de una esencial y sintomática endeblez.

Gozoso de insertar su propia persona en el fragor de una gesta imaginaria a la cual, junto con sus adherentes, se incorporaría apenas el régimen le moviera a ello, Plutarco debía reconocer ogaño que, a despecho de la nueva ofensa, su estilo anodino de oposición no registraba variantes sustanciales. Y cuando, de acuerdo a su hábito de examinarse a veces desde afuera, enjuiciaba la conducta débil, rayana casi en la tolerancia, que hasta entonces observara respecto de Anastasio, irreluctablemente su situación exhibía, pues, colores muy distintos a los de la víspera. Tal pasividad, estimada otrora por él como una donosa espera pronta a derivar hacia el desafío vibrante y heroico, hoy mostrábasele, en cambio, a guisa de cierta veta que creyera finita y que, a partir de algún tiempo, revelase poseer extensiones siempre mayores.

Plutarco había subestimado, al parecer, su capacidad de soportar los desmanes oficialistas, ya que esas tragaderas, lejos de ser como un filón al cual los peritajes pronosticasen rápido agotamiento, día a día evidenciaba, a la inversa, una amplitud insospechable. A la luz de la reciente transgresión gubernativa, él emergía frente a sí mismo con caracteres análogos a los de una mina que, en lugar de metales o piedras preciosas, consistiera en cierta cantidad prácticamente irrestricta de ademanes cohibidos, sumisos y resignados. Los últimos sucesos nacionales le bañaban de un claror en el cual destacábase su casi ilimitada pusilanimidad, que, poco advertida antes, ofrecía a quienquiera que deseara explotarla una reserva fabulosa de venias tímidas y concesivos silencios. En ese sentido,

Anastasio le recordaba a un descubridor que hubiese detectado en él y sus adictos, como en un peladero reseco, valiosos productos aptos para el afianzamiento de la autocracia indígena. Idéntico a un zapador que supiera ubicar en los campos menos promisorios el material de cuya existencia dependiese su fortuna, el tirano no había fallado en entrever en tan patéticos antagonistas un potencial nutridísimo de posturas claudicantes.

Quizás a contar de lejanas épocas, Anastasio había sabido percibir en ellos disposiciones propicias a su peculiar designio, de las cuales no hiciera sino servirse luego según la misma metódica con que un empresario aprovecharía un altamente rentable yacimiento natural. Todo cuanto aconteciera en la Osmania moderna podía reducirse, en síntesis, a una simple secuela de dicho hallazgo, en virtud del que Anastasio sólo habría actuado como el frío beneficiario de un patrimonio de cobardía y molicie, sumamente útil a sus miras despóticas. No era difícil enfocar la historia contemporánea del país sobre la base exclusiva de su primer atisbo de esas riquezas y de su magnífica cosecha ulterior; una cosecha de temores, abdicaciones y ruindades que se habría prolongado hasta hoy mismo y que, ignominiosa acaso en un contexto ético, garantizaríale, sin embargo, un futuro de ininterrumpida bonanza.

—Les he convocado, señores consejeros, con el objeto de estudiar un problema nuevo surgido en relación a nuestra revolucionaria industria de sucedáneos energéti-

cos. En nuestra época, ha quedado particularmente de manifiesto la desproporción existente entre la demanda de combustibles de todo tipo y la finitud esencial de los recursos con que podemos satisfacer tamaña necesidad. Y eso ha tornado a patentizarse, en los últimos días, en los trabajos que diversas firmas especializadas efectúan en nuestras necrópolis, las cuales, consideradas ayer como lógica salida al desabastecimiento de carburantes clásicos, ahora están, a su vez, exhaustas casi por completo. Nos enfrentamos a la siempre creciente importancia de un producto que, negado primero a nosotros en su forma original y luego sustituido temporariamente por nuestros caros difuntos, hoy vuelve a hacernos sentir su escasez a raíz del veloz término de la disponibilidad de aquéllos. Se trata, en otras palabras, de la carencia de un elemento vital que nuestros extintos parecían suplir de modo apropiado, pero cuyo masivo consumo amenaza con gastar en los cementerios vernáculos una reserva a la cual, poco tiempo atrás, creímos inacabable. Urge, en consecuencia, hallar una segunda fuente posibilitada de surtirnos de tan preciosa materia y salvarnos, a analogía de nuestros muertos, del quiebre que sin duda conllevaría la estagnación de Osmania íntegra.

"Y lanzados a elegir en la larga lista de tesoros a través de los cuales la naturaleza nos asistiría en tal búsqueda, me permito señalar a ustedes un manantial que, además de servirnos para emerger de la presente crisis, cumpliría, en caso de decidirse su uso, con un claro objetivo comunitario. Me refiero, en buenas cuentas, a nuestra numerosa y abigarrada población mendicante, que de resultas de esta

medida dejaría de constituir un lastre y un peligro para el resto del país, trocándose de la noche a la mañana en dispensadora de un suministro clave. Notorias son las legiones de desharrapados que, en las urbes y el agro, importunan sin tregua a la ciudadanía y, fuera de originar un espectáculo asaz depresivo, se erigen en protagonistas de continuos actos delictuales. Para nadie es un secreto la básica impotencia estatal frente a dicha plaga, ya que todo proyecto conducente a absorber ese oleaje humano en centros laborales, orfelinatos, cárceles y entidades filantrópicas no evitará verse sobrepasado por el afán popular en cubrir nuestro territorio de emisiones siempre mayores de compatriotas menesterosos. Los planes gobiernistas encaminados a promover el país nunca cesarán de estrellarse contra el carácter prolífico de nuestros sectores modestos, que poco tardarán en frustrar esas iniciativas bajo nuevas y cada vez más densas avalanchas de osmanianos requeridos de educación, empleo y víveres.

"Dado tal cuadro, pretendo, pues, que la calamitosa fecundidad de nuestros pobres, en lugar de recordar una espada de Damocles pendiente encima de todas las cabezas, sufra un encauzamiento capaz de convertirla en el depósito gigantesco de energía imprescindible a estas alturas para la marcha normal de la nación. Siendo las mujeres de los desposeídos una especie de incubadora infernal cuyos frutos prometen saturar nuetro ámbito dentro de breves décadas, yo sugiero que el gobierno racionalice esa pujanza funesta y la transforme en la proveeduría de fuerza motriz sin la cual Osmania no se sustraería hoy de un seguro

descalabro. Creo no equivocarme al considerar a los enjambres de indigentes habideros en nuestras calles como un acopio fabuloso de calorías al que toda la colectividad debería tener pleno acceso, y auspicio, por ende, la expedita eliminación de esos grupos con miras a reducir tanta riqueza a su estado más práctico y aprovechable".

—Pese a reconocer las ventajas económicas de la nueva etapa patrocinada por el señor presidente en su programa, le plantearé algunas objeciones que nacen no del empeño de descalificarlo, sino sólo de un espíritu de elemental cordura. Y contrariamente a lo que ustedes podrían asumir, mis reparos no derivarán del humanitarismo, pues si bien una profesión de fe nutrida en aquél acreditaría mi sanidad ideológica, poco armonizaría ella con un mundo de guerras, amedrentamientos y despiadadas pugnas por la supervivencia. Intentaré, antes bien, rebatir la ponencia del jefe de estado con arreglo a un criterio pragmático no muy diverso del suscrito por él mismo, y en vez de cifrar mi alegato en la escasa viabilidad moral de su proyecto, enfatizaré cuán inconveniente sería éste para sus aspiraciones a mantenerse indefinidamente en su alto cargo.

"Imagino no incurrir en ninguna actitud sediciosa al afirmar que una de las peculiaridades de nuestro régimen ha sido una línea de marcada dureza, admisible a ojos de los osmanianos únicamente mientras les parezca un preventivo eficaz de la anarquía y la demagogia populista. Habituados a una vigilancia sistemática, al control de los canales de difusión y a abruptas pérdidas de su libertad, nues-

tros conciudadanos distan, sin embargo, de adherir a este tren en forma incondicional y, a la inversa, nunca lo aceptarán sino en la medida en que lo juzguen cierta terapia apta para protegerles de zozobras mucho mayores. Y nada cuesta anticipar el término de esa sumisión cuando, de aplicarse la teoría de nuestro mandatario, los osmanianos comprendan que la recompensa de tanta docilidad, en lugar de consistir en un orden y un sosiego mínimos, sería simplemente su entrega a una escalada de masacres colosales.

"Resignado desde los inicios de nuestra independencia a dejarse dirigir por una mano de hierro, el nativo prototípico no tardaría, empero, en mudar de postura el día en el cual constatara que su obedecimiento, lejos de reportarle paz o seguridad, ni siquiera lo salvaría, en estrictez, de los horrores de un eventual genocidio. Porque, en las presentes circunstancias, resultaría el colmo de la ceguera no inferir que la receta de Su Excelencia, apoyada en múltiples ejemplos foráneos, persigue finalidades enteramente distintas a las de aquéllos. En efecto, las no insólitas purgas desatadas en diferentes regiones y épocas siempre han respondido al deseo de velar por el bienestar de una específica clase, y todas comparten, pese a su inhumanidad y saña, los caracteres de un vastísimo operativo de limpieza. Sea cual sea el marco histórico, étnico o ambiental de tan cruentos episodios, su común denominador es el afán de autoconservación de algún grupo mayoritario que se presume amenazado por una minoría, y el término de ellos no puede sino coincidir con el desaparecimiento de esos

ominosos núcleos. Teniendo como escenario casi todo el orbe e insertos en un tiempo cuyo curso va de lo remoto a lo actual, nunca estos cometidos se exceptúan de la misma causalidad por la que cesa el dolor inherente a una caries al arrancar el dentista la muela enferma. En cambio, el plan del señor presidente rompe con dicho esquema, dado que se tornaría difícil creer en declaraciones formularias según las cuales sólo procuraríamos, a través de él, desembarazar al país de la parte más conflictiva de sus habitantes. Los rótulos tranquilizadores de esa campaña serían insuficientes para impedir que aun los osmanianos excluidos del holocausto sintieran franca alarma y, a despecho de figurar como beneficiarios nominales de tal acción, temiesen convertirse, a corto o largo plazo, en sus no anunciadas víctimas.

"De concretarse la iniciativa presidencial, hasta el menos perspicaz de nuestros coterráneos rehusaría ver en ella una simple batida a antisociales y la consideraría, antes bien, como cierta ilimitada degollina en que acaso pronto estuviese en juego su propia subsistencia. Más que el testigo de inescapables represalias, cada osmaniano pensaría haberse vuelto el objeto de una monstruosa consumición, la cual, tras agotar su cuota originaria de vidas ajenas, poco demoraría en elegirlo a él mismo como su próximo alimento. Sin importarles el modo en que el gobierno pintara este cuadro, nuestros connacionales adquirirían plena conciencia de haber llegado a asemejarse a las legumbres de un huerto y de gozar, pues, de una indemnidad que sólo sería, en buenas cuentas, la distancia

existente entre ellos y el ávido recolector.

"Dudo, de consiguiente, que quepa tildarme de agorero únicamente por vislumbrar la situación descrita y alertar a nuestro mandatario sobre la básica incompatibilidad de aquélla con sus no ocultos anhelos continuistas. Por convencido que se encuentre el presidente de sus aptitudes para conservar el poder, me atrevo a señalarle, no obstante, cuán infundada devendría su confianza si mañana sus súbditos renunciasen a catalogarlo como el custodio de un sistema de relativa coherencia y estabilidad. No se le escapará al jefe de estado que, fuera de su acuciosa policía, sus privilegios emanan del consenso ciudadano en estimar su régimen como el resguardo imprescindible para acometer, dentro del ámbito patrio, cualquier género de labores constructivas. Y a la luz de un futuro capaz de disipar esa certidumbre y sustituirla en todo individuo por la mera idea de ser la leña de una pira gigantesca, nadie sino un loco apostaría a favor de las probabilidades de Su Excelencia de perpetuarse en su elevado sitial".

—Tras oír al consejero Críspulo, no me resisto a pensar que él busca desentenderse de las leyes inmanentes del cosmos y, muy en especial, del exacto fundamento de las relaciones establecidas en toda sociedad humana. Aun cuando no se machaque bastante sobre el particular y el señor presidente sea una de las contadas personas llanas a hablar de ello sin tapujos, resulta obvio que el móvil capital por el cual un hombre convive con sus prójimos es sólo la perspectiva de utilizarlos en una u otra forma. Apenas

desahuciamos la moral de las lecturas escolares y enfocamos descarnadamente la rutina comunitaria, no dejamos de advertir que si los miembros de una grey aceptan integrarse, pocas veces lo hacen por altruismo y, al contrario, la razón entronca casi siempre con el designio de emplear a los demás en el logro de determinadas ventajas. Se traduzcan éstas en confort, nombradía o simple solaz, el afán de alcanzarlas es lo único que nos acerca a nuestros semejantes, y los tropiezos en su obtención, de no conducir a enfrentamientos violentísimos, aun en el mejor caso originan tiranteces y frialdades ineluctables.

"Quienquiera que, ciego a tal panorama, rechace el proyecto de nuestro mandatario, calificándolo de una explotación llevada hasta las últimas consecuencias, olvidaría, pues, cuán ajustadamente se ciñe la entera actividad social a la misma metódica inmisericorde. Porque si el sacrificio de grupos desadaptados de la ciudadanía a un imperativo temporario puede constituir, en opinión de muchos observadores, un aprovechamiento extremo de nuestros congéneres, ¿no se orienta acaso toda la vida en común hacia metas análogas? Examinemos un momento la pauta según la cual los integrantes de todo conglomerado reglan su mutuo trato, y veremos de inmediato que éste, si bien ajeno aún a las prácticas sugeridas por nuestro superior, no cesa de prefigurarlas en virtud de idéntica frialdad y dureza.

"Cuando se analizan las relaciones del gobierno de un país con el grueso de los pobladores, abruma la implacable utilización que el primero hace de los segundos, raramente exentos de gabelas exorbitantes y forzados, a lo largo de

no infrecuentes guerras, a verter su sangre en aras del interés de codiciosos clanes oligárquicos. En cualquier civilización o era, los nexos entre las distintas personas jamás se han establecido sino sobre la base del pago o el servicio específico que cada una de ellas representa para el resto, al punto de que, en caso de proceder la misma asistencia de sofisticados autómatas, ningún hombre se libraría de ocupar, a juicio de sus prójimos, un plano de gratuidad absoluta. E incluso los propios ámbitos familiares, donde en teoría rigen únicamente el amor y la abnegación, no demoran en confirmar a todo aquel que los ausculte su sometimiento irrestricto a ese principio de universal inclemencia. Estando los hijos unidos a sus padres por lazos hereditarios y afectivos, tan entrañable vínculo no impide, empero, que al mismo tiempo se valgan de ellos en procura de sustento y educación y, tras obtener esto, se marginen, brusca o gradualmente, del antiguo hogar.

"Por su parte, los progenitores, a trueque de la terneza y el esmero desplegados en la formación de sus descendientes, tampoco renuncian a plantearles demandas concretas, entre las que no suele faltar la expectativa de una senilidad a prueba de zozobras. ¿Y qué diríamos del matrimonio, compromiso suscrito por los cónyuges para alcanzar seguridad, ingresos regulares o aplacamiento sexual y que, al no cumplir con esos requisitos, caduca a corto plazo en medio del rencor y el tedio? Hay, sin duda, innúmeros ejemplos que yo podría citar en apoyo de la moción de Su Excelencia; mas sea cual sea el ángulo desde donde la consideremos, siempre ella resultará sólo la

lógica e indefectible secuela de un cuadro de inexorabilidad cuyo curso parece generarla espontáneamente.

"En tal contexto, no cabe rechazar el proyecto de nuestro mandatario sin que antes se le pondere cuidadosamente y se demuestre, si eso es posible, la improcedencia de convertir a capas sociales estimadas hasta hoy como un estorbo y un peligro en una reserva inmensa de materias aptas al desarrollo de Osmania. Los que discrepen con el señor presidente necesitarán explicar, en forma muy clara, por qué malhechores y vagos a quienes de todos modos eliminarán pronto los policías o comités de vecinos furiosos, han de ser preservados en la única coyuntura en la cual rendirían al país un efectivo beneficio. Gentuza acostumbrada a sacar partido de connacionales dignos, ora despojándolos a viva fuerza, ora comercializando su caridad, ella sería al fin puesta a contribución y, en vez de significar una mera presencia parasitaria, auxiliaría a la ciudadanía toda en una de las más agudas crisis de nuestra historia. En lugar de cuestionar nuestro derecho de suprimir a esos gandules, corresponde preguntarnos, por el contrario, si podemos permitirnos la continuación de su tren delictuoso en circunstancias de que poseemos herramientas para superar, a través de ellos, un momento sumamente difícil del acaecer patrio.

"Situados en el dilema de contemplar impasibles cómo tantos forajidos amedrentan a nuestros coterráneos o, a la inversa, reducirlos a una condición en que salvarían al país de su inminente quiebre, yo no trepido, pues, en inclinarme, de manera enfática, por esta última alternativa.

Pero no sería adecuado que concluyera mi alegato sin intentar desvirtuar los temores del consejero Críspulo acerca de la impopularidad a la cual condenaría a nuestro mandatario la realización cabal de su programa. De acuerdo a las palabras del consejero Críspulo, él, al dudar de la capacidad del señor presidente para retener el poder, semeja guiarse por el erróneo concepto de que la supervivencia de un régimen depende de su mayor o menor arraigo en el ánimo de las masas. Según el consejero Críspulo, la dilatada permanencia del jefe de estado en su cargo sería emanación directa del respaldo de sus súbditos y, en cuanto se le retire aquél por la natural ansiedad que concitaría la medida en estudio, el suelo bajo sus pies no evitaría comenzar a registrar crecientes fisuras.

"Yo me atrevo a replicarle, al resguardo de nutridas experiencias históricas, que la durabilidad de un sistema no la da su ahínco en ganarse adeptos, sino su inventiva para montar una maquinaria cuyos mecanismos contrarresten el versátil y descontentadizo espíritu inherente a toda multitud. De cifrarse la longevidad de los gobiernos sólo en el beneplácito ciudadano, probablemente nos sustituirían en esta reunión otros distinguidos repúblicos, tampoco muy seguros, por su parte, del disfrute de prebendas supeditadas siempre a un comicio o referéndum próximo. Si nuestro equipo gubernativo aceptara someterse a la sanción del pueblo, habría caído ya mucho antes de las negras horas actuales, víctima de su afán de conquistar a seres en esencia veleidosos y listos continuamente para abandonarlo al primer descalabro.

"En vista de que el consejero Críspulo se muestra escéptico respecto de la firmeza del presente status, sugiero consolidar éste no tanto en la búsqueda de una fugaz adhesión cívica como a través de un aumento del rigor gracias al cual hemos conservado hasta hoy nuestros rentables puestos. Ya que preocupa al consejero Críspulo una hipotética merma en la resistencia de los pilares sustentadores de nuestra autoridad, deseo aliviarle de tamaña congoja; mas mi fórmula para ello no es sino la acentuación de los métodos empleados por todo estadista indígena a fin de perpetuar su liderazgo.

"En otros términos, recomiendo que perseveremos en cuanto ha sido nuestro canon desde los inicios de esta administración y que intensifiquemos, por ende, la censura de los órganos informativos, la vigilancia del grueso de la ciudadanía y los castigos a quienes tratan de alterar la normalidad institucional. Han jugado acertadamente tal carta gobiernos que ensayaron pasos todavía mucho más drásticos, y cuyos personeros fueron conscientes de su completa libertad frente a un ámbito falto hasta de armas mínimas con las cuales combatirlos. Y de asimilar nosotros la moraleja implícita en la biografía de esos sagaces políticos, se me antoja que el consejero Críspulo, pese a su nerviosismo, carecerá en lo sucesivo de razones para no dormir tranquilo".

—La defensa que el consejero Pancracio hace del predicamento de nuestro mandatario me inspira melancólicas reflexiones acerca de la ley conforme a la cual los extremos

tienden a tocarse. Pues aun cuando, erigido en un espantoso apologista de la modernidad, él exige sacrificar un multitudinario sector de nuestra población a los requerimientos tecnológicos de esta era, su postura no es, en ningún caso, tan avanzada como parece. Al contrario, la actitud del consejero Pancracio se me revela como paradójicamente retrógrada y en nada disímil a un empeño inconfeso de anular, a rajatabla, progresos alcanzados por nuestra especie a lo largo de milenios de dificultosa evolución.

"Si examinamos la ruta del hombre desde los albores de la historia, no se nos escapará que una de las características más significativas de su desarrollo es la paulatina suavización de las normas según las cuales transcurre su lucha por subsistir. Apenas nos remontamos a los orígenes de la estirpe humana, encontramos una densa oscuridad donde el derecho de cada individuo a ver el día venidero residía sólo en la fuerza para abatir al prójimo y arrebatarle su mujer, su vestuario y sus útiles; empresa a menudo complementada, en tiempos de caza exigua, por el frenético devoro de sus restos. En aquel entonces, un hombre tallaba para los demás simplemente por la posibilidad de matarlo, despojarlo y comerlo, y, a no mediar dicha perspectiva, pronto su presencia se tornaba tan superflua como la de la arenisca en los caminos. Muchos adelantos se han registrado a partir de ese período tenebroso, y quizás el mayor de ellos sea un cambio en la anterior valoración por el que propendemos a considerar a todo miembro de nuestra raza no ya en su calidad de potencial botín, sino con arreglo a su inteligencia, su don organizativo o su aptitud para

asistimos en circunstancias específicas. Y aun cuando el respeto al ser humano está todavía lejos de constituir una conquista cabal, hoy resulta vano desconocer la trascendencia de esa mudanza gracias a la que cesamos de interesarles a nuestros congéneres únicamente como el blanco de una eventual agresión, ubicándonos en categorías fundadas, antes bien, en nuestros distintos niveles de destreza o creatividad.

"Mayúscula es, pues, mi alarma frente al plan auspiciado por nuestro mandatario y suscrito por el consejero Pancracio, ya que, al aplicarlo con miras a paliar la escasez de cierto producto básico, de la noche a la mañana desecharíamos un logro de la civilización no inferior en magnitud a la rueda y los antibióticos. Ansiosos de mantener en funcionamiento las maquinarias en las cuales se refleja la ciencia contemporánea, no eludiríamos el absurdo de tirar por la borda importantes etapas previas de nuestra trayectoria y regresar a una época en que estos mismos artefactos hubiesen sido considerados como obra de brujos o demonios. Pese a la sofisticación del mundo moderno, él deriva de edades que no excluían la práctica regular de la antropofagia; y a trueque de conservar las ventajas inherentes a nuestro alto grado de perfeccionamiento, Su Excelencia semeja llano a embarcarse hoy en un franco retorno a esos comienzos atroces.

"Hijos de una centuria ultrarrefinada, poseemos, sin embargo, ancestros caníbales hacia los que el señor presidente parece complacerse en volver por su disposición a inmolar a sus prójimos a las necesidades de mecanismos

claves. Y aunque estos mecanismos no sean ya nuestros propios cuerpos, la situación actual es, en estrictez, casi idéntica, por cuanto consumaríamos el holocausto en aras de engranajes igualmente voraces e investidos, a analogía de nuestras vísceras, de la facultad de reducirnos a una acerba esclavitud. Habiendo sido los antiguos ocupantes del planeta vasallos incondicionales de su hambre, todos quedaríamos sujetos a una insólita reedición de tal servidumbre y, en vez de nuevamente sacrificar a hermanos o vecinos al clamor de nuestras entrañas, los ofreceríamos ahora al no menos ávido vientre de ingenios complejísimos. Señor presidente, señores ministros; sé muy bien que todo sistema prevaleciente en el orbe debe su solidez no tanto a su racionalidad como al mero poderío físico del grupo cuyas armas lo apuntalan.

"Nuestro régimen cifra su viabilidad mucho más en la eficacia de su ejército y su policía que en el acato de los principios del buen sentido, y no cometeré, por ende, el error de invocar aquí esquemas lógicos nunca aplicados, en el fondo, a su verdadera estructura. El orden instituido en Osmania, a similitud del de los otros países, dista bastante de adherir a los dictados de la mente juiciosa y sólo trasunta el arbitrio de fuerzas que, en un momento crucial, contaron con los mayores medios de presión para imponer sus planteos. Empero, en vista del peculiar contexto de la iniciativa en estudio, no puedo sino invitar a nuestro mandatario a que se abstraiga de la impunidad conferida a él por sus tanques y despliegue, siquiera en esta ocasión, un mínimo de tino. Le ruego, pues, que por unos

instantes deje de ser jefe de estado, patriota y cristiano, y que se comporte simplemente como un hombre a quien una dosis módica de lucidez disuadiese de ejecutar un acto lamentable.

"No es mi ánimo obtener su renuncia a tal proyecto a través del sencillo expediente de calificarlo de genocidio, por cuanto, de tratarse sólo de esto, poco diferiría de múltiples cometidos afines y, tarde o temprano, engrosaría esa hojarasca de masacres semiolvidadas a las que, en archivos y bibliotecas, prestan cobijo polvorosas crónicas. Quiero recalcarle, en cambio, la manera en la cual el cumplimiento de su resolución sentaría un precedente ajeno hasta hoy aun a los peores excesos del currículo humano; precedente que, de suyo nefasto, lo sería todavía mucho más si consideráramos cómo repercutiría en el inmediato futuro. Lo que pensamos hacer marcaría, harto literalmente, el tránsito del hombre de individuo a materia prima de nuestros grandes ciclos fabriles; su ingreso a una política de utilización total dentro de cuyo conjunto adquiriría un valor no superior al de un producto aprovechable común y corriente.

"En nuestra historia, jalonada de sojuzgamientos inmisericordes, nunca hemos inscrito, sin embargo, tamaña iniquidad, que, de perpetrarse, eclipsaría todas las degollinas y torturas del ayer al trocarnos, en un abrir y cerrar de ojos, en vulgares artículos de consumo diario. Cada hombre se constituiría, en el criterio de sus semejantes, en una especie de recién descubierta riqueza, al lado de la cual ellos deambularan la víspera sin atribuirle la menor relevancia y que, a raíz de las demandas de nuestro desarrollo indus-

trial, alcanzase de súbito cotizaciones fabulosas. En un breve lapso originaríamos cierto cuadro no distinto del configurado respecto de desapercibidos frutos de la tierra a los que, de tanto en tanto, un repentino hallazgo científico acredita como asaz susceptibles de capitalización.

"Y apenas se inicie tal faena, ella, al igual que la extracción de un metal precioso o cualquier otro menester capaz de despertar nuestra codicia, no podría ya ser detenida y asumiría, para horror de muchos, caracteres de franca irreversibilidad. A despecho del vertiginoso crecimiento demográfico, no pasaría entonces mucho tiempo sin que nuestrra raza llegara a evocar las innúmeras variedades zoológicas puestas hoy, de resultas de una explotación desatada, al borde mismo del exterminio. Pronto nos arrastraría una vorágine cuyas meras vislumbres hielan la sangre; y para conjurarla, me permito insistir, de consiguiente, en que Su Excelencia, por lo menos en esta coyuntura, actúe como si aún aceptara la obsoleta convención según la cual la estolidez, la malignidad y la torpeza jamás logran evitar un ejemplarizador castigo".